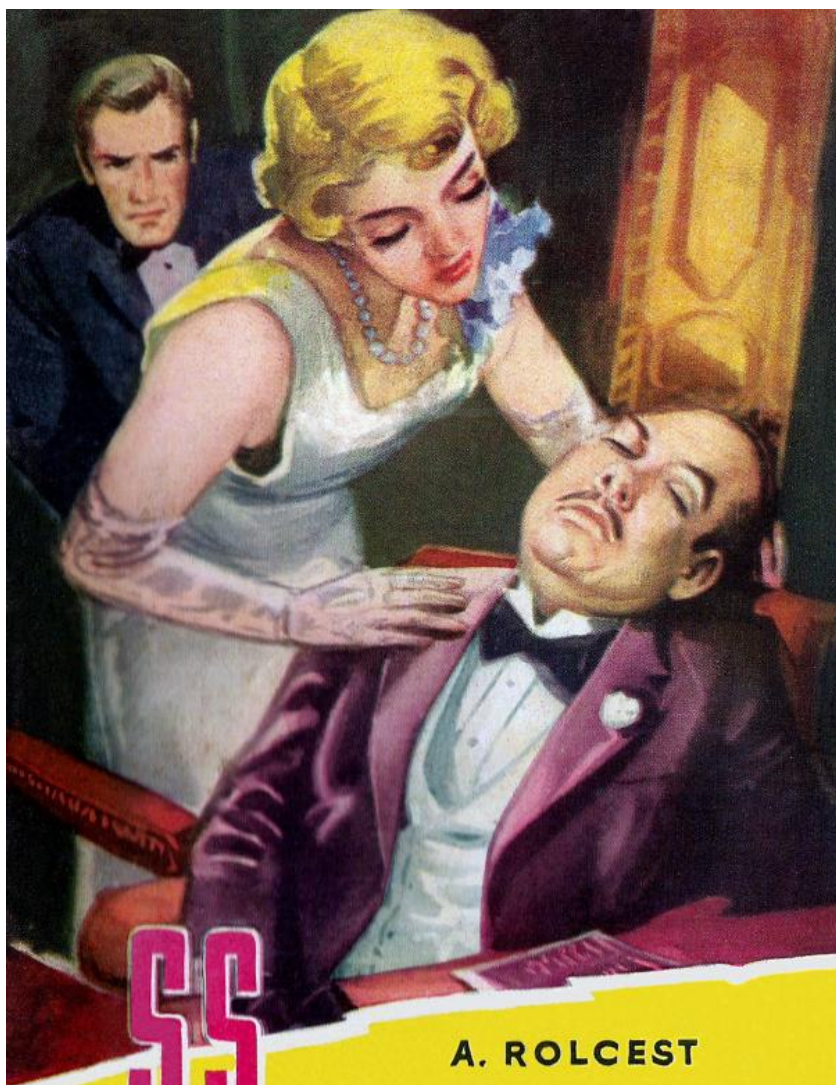




SS

**SERVICIO
SECRETO**

A. ROLCEST

MISION EN EXTREMO ORIENTE



A ROLCEST

Misión en
EXTREMO ORIENTE

1ª EDICION
ENERO - 1940

EDITORIAL

Proyecto, 2 T. 284453



BRUGUERA

BARCELONA (6)

Colección
SERVICIO SECRETO

Obras publicada del mismo autor:

La noche de Bright Carden.

Reservados los derechos
para la presente edición

Impreso en
GRÁFICAS BRUGUERA
Barcelona

Misión en EXTREMO ORIENTE

por A. ROLCEST



Capítulo Primero

GRAN GALA EN EL “METROPOLITAN OPERA”

Alex Bartley temía que de un momento a otro bajase el telón, terminando el segundo acto de *Lohengrin*. Sin embargo, no es que la obra le tuviese tan entusiasmado para que le disgustase la interrupción.

Pero es que precisamente en el segundo entreacto tenía convenido con el inspector Rowley ir a saludar en su palco al general Glemser. Y esto es lo que a Alex Bartley le molestaba. Recientemente, Bartley había acompañado al general en su misión especial por la China nacionalista. Más que como capitán de aviación, fue en calidad de agente del F. B. I. como Alex acompañó al general.

La misión del viejo Glemser era procurar al Departamento de Defensa un informe de la verdadera situación en Extremo Oriente. La tarea era bastante difícil, pues infinidad de intereses contribuían a enrarecer la situación; pero Glemser era tenaz, con un golpe de vista acerado, y sabía saltar sobre la broza que surgía a su paso. Ese su temperamento seco, severo, cerrado para toda otra cuestión que no fuese la tarea a la que se hallaba entregado, fue lo que hizo que sus relaciones con Alex Bartley no tuviesen la cordialidad que una misión como la de ellos precisaba. Todo lo contrario del viejo general era el carácter de Bartley: dicharachero, frívolo, en

ocasiones con una volubilidad tan extremada, que el general había exclamado más de una vez: “Usted es agente especial, Bartley, vuelva a la aviación. Pelear con los vientos va mejor con su carácter”.

Últimamente, las relaciones de ambos tomaron un cariz insostenible. Hasta que un día, hallándose en Formosa, el general desapareció. Al día siguiente supo Bartley que se hallaba en Nueva York. Él, el agente especial encargado de su custodia, tuvo que saber por los periódicos que se hallaba en otro continente. La ironía no podía ser más hiriente.

Cuando el general dio por terminada su misión en Formosa y decidió marcharse, Alex se hallaba en pleno *flirt* con una distinguida dama china, esposa de un alto cargo del Cuartel General de Chiang-Kai-Chek. Todo, en apariencia, parecía acusarle de abandono de su deber. Sin embargo, Alex sabía que no era así. De esa misma opinión era su superior del F. B. I., el inspector Rowley, quien ahora había emplazado a Alex para, tan pronto terminara el segundo acto de *Lohengrin*, ir a saludar en su palco al general Glemser y a su hija.

El aspecto de la sala era de verdadera solemnidad. Todas las localidades estaban ocupadas, en un conjunto severo, solemne, en el que la mayor parte del público vestía de etiqueta. Era una de las primeras funciones con que la alta sociedad americana abría su vida de relación, después de la guerra.

Apenas bajó el telón, Alex, sin aguardar a que los aplausos cesaran, se puso de pie. Una butaca más allá, el inspector Rowley había hecho lo mismo, dirigiéndose hacia el pasillo central.

Momentos después, los dos se detenían en el *hall*.

— ¿No sería más oportuno esperar a que termine la representación? —insinuó Alex Bartley.

— ¿Qué te ocurre? —preguntó, riendo, el inspector—. Te veo nervioso. Cualquiera diría que vas a presentarte a un examen.

Bartley no intentó disimular:

—Me da desasosiego el tener que verme otra vez delante de ese hombre.

—Vamos, no seas rencoroso. Después de todo, la jugarreta del viejo Glemser no ha estado del todo mal. Conseguir desorientar a uno de nuestros más sagaces agentes, es cosa que no se ve todos los días,

Alex le miró seriamente.

—Eso es, búrlese encima. Usted sabe por qué pudo escabullírseme.

—Lo sé, Bartley, lo sé—repitió. Rowley, conciliador—. Y eso es lo que vamos a explicarle al general.

Subían por una ancha escalera de mármol, profusamente iluminada. En uno de los rellanos enfilaron por un largo corredor, atravesando un ir y venir de caballeros vestidos de etiqueta y damas con trajes lujosos, enormemente escotados.

En el palco número 5 se acababa de abrir la puerta en el momento en que el inspector y Bartley llegaron. Un caballero estrechaba la mano al general Glemser, en despedida.

El general, al reparar en el inspector Rowley, sonrió con cordialidad.

— ¿Qué hay, Rowley? Pase, pase usted... —dijo, mientras le estrechaba la mano efusivamente. Aún no había visto a Alex Bartley.

—Aquí, mi amigo, a quien ya conoce usted —empezó Rowley, con sorna.

Glemser hizo más pequeños aun sus ojos, una mirada todavía más afilada en el momento de clavarla sobre el rostro de Alex.

— ¡Hum! —gruñó el viejo militar—. Nos conocemos...

Agrandó los ojos, en un gesto sumamente sarcástico, y miró a Bartley de frente.

—Qué, ¿ya ha presentado la dimisión como agente especial? Creo haberle aconsejado que pidiera su reingreso en la aviación. Los vientos le irán mejor, hágame caso...

Y súbitamente, cambiando de tono, agregó, con cordialidad:

—Pero pasen ustedes...

Instantes después, Alex Bartley se inclinaba un poco confuso ante Livia Glemser, la bellísima hija del general gruñón. El inspector se enzarzó enseguida en conversación con el general, y como lo esencial de lo que decía era precisamente en defensa de Bartley, este creyó oportuno permanecer aparte, y se dedicó a atender a Livia. Después de todo, siempre resultaba más agradable.

Alex no era de los que se cohibían ante una mujer hermosa. Si acaso, pecaba de excesiva audacia.

De esta opinión era por lo menos el viejo general, cuando lo vio

enzarzado con la distinguida y, todo había que decirlo, hermosa dama china.

— ¿Le gusta Wagner? —empezó Alex.

Livia encogió un poco sus bellos hombres desnudos, antes de responder fríamente:

—En parte, sí.

Permanecieron un momento callados.

—A mí me gusta cuando hace mucho ruido —explicó Bartley, queriendo iniciar un tono jovial que rompiera aquella frialdad.

Ella no dijo nada. Parecía muy distraída, mirando a la sala. Tal como se hallaban, Bartley la veía de perfil, y por unos instantes se entretuvo contemplando su espléndida cabellera rubia, que volcábase en una explosión de rizos sobre su hermosa garganta. Sus ojos, de un azul indeciso, a veces casi verdes, esplendían por momentos más y más, como si estuviesen cargándose de los brillos de la sala.

Por instantes, la conversación entre el general y Rowley iba siendo más animada.

—No, desistan ustedes —decía Glemser, con voz terca—. Agradezco su buena voluntad, pero me basto solo. Desde un principio indiqué que era innecesaria su protección, y ya han visto ustedes como al final no han tenido más remedio que convenir en ello. Todo lo más tardar pasado mañana, me hallaré en Washington, llevando personalmente el informe al Departamento.

—Sin embargo —objetó Rowley—, ese informe podría ser valorado por ciertos datos que alguien, aquí presente, podría facilitarle, si usted, mi general, tuviese a bien escucharle.

— ¿Quién?

—Mi amigo Bartley.

— ¿Este? —gritó el general, al tiempo que señalaba a Alex, quien en ese momento acababa de realizar otro intento de conversación jovial, con Livia—. Serán datos para la manera de galantear en la sociedad china. Durante el tiempo que hemos estado allá, no le he visto hacer otra cosa que mariposear, reconozco que con bastante eficacia.

—No lo sabe usted bien, general —rio el inspector—. Considerando que la mujer y el hombre, de cualquier continente o raza, tienen, en esencia, idénticas reacciones, no resulta del todo

baldío galantear a la esposa de cualquier alto funcionario. A su manera, mi amigo Alex ha hecho también su labor, que pone a su completa disposición. Le garantizo que posee cosas de sumo interés para su informe.

Glemser pareció meditar.

—Puede —dijo, tras una pausa—. Tal vez ese muchacho tenga razón... y entonces yo no tendría inconveniente en dar mi brazo a torcer. ¿Cuándo podríamos entrevistarnos? ¿Le parece después de la función, en mi casa?

—Perfectamente —contestó Rowley, al tiempo que se ponía de pie, porque se acababa de dar la señal de que la representación estaba próxima a continuar.

—Podían quedarse aquí —ofreció el general.

—Tengo en la sala a unos cuantos agentes en servicio, a los que preciso darles instrucciones antes de marcharme —objetó el inspector—. Tan pronto termine, esperaremos a ustedes en el vestíbulo. ¿Vamos, Bartley?

Instantes después, mientras descendían por la ancha escalera de mármol, Alex decía, como si pensara en alta vez:

—Es una mujer bellísima... Creo que no he visto nunca otra tan hermosa. Pero su carácter me desespera. Es lo mismo que me ocurre con su padre. Nada de lo que a mí me atrae les gusta a ellos.

Ya entrando en el patio de butacas, remachó:

— ¡Tampoco con ella haría yo muy buenas migas!

— ¡Cállate! —advirtió Rowley.

La orquesta acababa de empezar.

Durante la representación del tercer acto, Alex apenas si prestó atención a lo que ocurría en escena. Por momentos su asiento resultaba más incómodo, tal era la frecuencia con que cambiaba de postura. De vez en cuando, se volvía con disimulo hacia el palco del general, y quedaba unos momentos observándoles. Veía en primer término el magnífico busto de Livia, absorta en la representación. Un poco más atrás, casi anulado por la penumbra del palco, entreveíase la silueta erguida, escueta, del viejo general, cuyo frac le daba todavía una presencia más severa.

Por un instante, Alex pensó en la misión que el Departamento de Defensa bahía confiado al general Glemser, y sonrió. Presentía los estropicios que su informe iba a producir, la polvareda que

levantaría cuando su batería, enormemente cargada de acusaciones, empezase a disparar inexorablemente.

Una ovación le despertó. Dos grandes cortinas acababan de cerrar la escena y se iba a proceder al cuadro último. Oyéronse sonar las trompetas tocando llamada en el patio del castillo. Cuando se volvieron a descorrer las cortinas, volvió a aparecer la pradera a orillas del Escalda, tal como estaba en el primer acto. De un momento a otro, Lohengrin iba a realizar su prestidigitación, haciendo descender una paloma, convirtiendo al cisne en un niño... Ortruda, en medio de convulsiones de rabia y desesperación, moriría. Elsa, al ver desaparecer la nave, gritaría llamando a su esposo, y moriría también, en brazos de su hermano.

Nunca como entonces se había sentido Bartley tan fuera de situación. Ajeno al embrujo de la música, cuanto se desarrollaba en escena le parecía absurdo, infantil. En vano intentaba explicarse que toda aquella multitud de personas serias encontrase justificada la tortura de sus cuerpos por aquellas indumentarias incómodas, especialmente las damas, con sus complicados tocados. Aquí quería ver la severidad de juicio del viejo Glemser enfocando todo aquel tinglado lleno de absurdos.

De pronto, sobre el ruido de la orquesta y las voces de los cantantes, sonó un grito agudísimo que pareció clavarse como un puñal en el ánimo de la multitud. El grito lo había lanzado Livia, y precisamente en aquel momento Alex Bartley se hallaba mirando hacia su palco. La había visto volverse, en actitud distraída, hacia donde se hallaba su padre, y, de súbito, la vio incorporarse casi de un salto y lanzarse sobre el viejo Glemser. Entonces fue cuando gritó. Y enseguida, un llanto convulso y unas palabras henchidas de dramatismo:

— ¡Mi pobre papá!

Todas las caras se habían vuelto hacia el palco número 5. La acción en el escenario se hizo lánguida, desconcertada, y un vendaval de nerviosismo pareció agitar toda la sala. Muchos espectadores se habían puesto de pie, y corrían hacia los pasillos.

A todo correr Alex Bartley y el inspector Rowley subieron la ancha escalera de mármol, pero cuando llegaron al palco número 5 la puerta se hallaba obstruida por un grupo de curiosos. Bartley se abrió paso a empujones, y cuando estuvo dentro encontró a Livia

arrodillada junto al sillón en que se hallaba su padre. El general Glemser tenía el cuerpo inclinado a un lado, la cabeza doblada, y gruesos regueros de sangre descendían desde el cuello sobre su pechera blanca.

En el rápido examen a que procedieron los agentes, pudieron apreciar en el cuerpo de Glemser cuatro perforaciones producidas por bala. Indicaban una trayectoria de arriba abajo. Los disparos estaban seguramente producidos desde las localidades altas situadas enfrente. Al parecer, utilizaron pistola ametralladora, con el silenciador puesto, y aprovechando el ruido de una ovación.

Capítulo II

LA SEÑORA MCCULLERS SUELE TENER PRESENTIMIENTOS

Muy avanzada la madrugada, las diligencias efectuadas en el “Metropolitan Opera” habían llegado a unos puntos concretos. Tal como se creyó en un principio, los disparos se habían hecho desde las localidades altas, pero no de frente, sino desde un ángulo del tercer piso, en que cogía abajo, y un poco de través, al palco número 5. El aposentador de la lateral izquierda del tercer piso declaró haber visto llegar a última hora, cuando ya había empezado el tercer acto, a cuatro caballeros elegantemente vestidos, con la particularidad de que los cuatro llevaban el gabán echado al brazo. Apenas permanecieron unos minutos en sus asientos. Al terminar el primer cuadro, se pusieron de pie, aplaudiendo entusiastamente, y enseguida se marcharon.

Tal como en el momento de ocurrir el atentado se hallaban situados el general y su hija, parecía inconcebible que ninguno de los impactos hubiese alcanzado a la joven.

En uno de los saloncillos de la Dirección del “Metropolitan” permaneció Livia, hasta que el cadáver de su padre fue sacado del teatro. Durante este tiempo, estuvo acompañada por sus tíos McCullers, quienes, tan pronto se conoció el hecho, fueron avisados por decisión de su sobrina. Tía Henrietta era hermana de la madre de Livia, y, pese a su manera de hablar, un poco desquiciada tal vez, resultaba una persona agradable. Así, por lo menos, le pareció a Alex Bartley, unos momentos en que quedó a solas con la señora McCullers.

— ¡Qué desgracia, Dios mío! —exclamó la señora, apenas salieron su marido y su sobrina, llamados por el inspector Rowley—. Y, sin embargo, yo sabía que mi cuñado terminaría así. Yo se lo tenía pronosticado a mi hermana, desde que él era teniente... ¿Le conocía usted, señor...?

—Bartley. Alex Bartley.

— ¿Alex? Alexis. Siempre me ha gustado ese nombre. Si Dios me hubiese concedido la dicha de tener hijos, uno se hubiera llamado

Alexis. Sí, es bonito... Pero no me ha dicho usted si conocía a mi cuñado.

—Algo. Operé a sus órdenes en la campaña de Normandía.

La señora McCullers hizo un gesto de estupor.

— ¡Cómo! Pero ¿no es usted policía?

—Antes fui soldado.

—Aviador, ¿verdad?

— ¿Cómo lo ha adivinado?

—Ah, no sé —replicó, encogiéndose de hombros—. Presiento las cosas, pero no sé por qué: Usted no podía ser otra cosa que aviador... tal vez porque se llama Alexis. Mi hijo Alexis también hubiera sido aviador... pero yo no lo hubiera dejado, porque sé que se hubiera matado. Por eso casi me alegré de no haber tenido a Alexis. Yo sé lo que hubiera padecido.

Había momentos en que Bartley no podía evitar un gesto de sorpresa ante la volubilidad de aquella mujer. Cualquiera diría que en nada le había afectado lo ocurrido a su pariente, y, sin embargo, a poco que profundizara, se veía bien claro que todas aquellas banalidades eran efecto precisamente de su afectación.

En un momento en que la señora McCullers pareció quedar reconcentrada, Bartley se atrevió a hacer una pregunta que hacía rato pugnaba por salir.

— ¿Querría usted decirme... ese señor que ha estado antes con ustedes, la relación que existe entre ustedes y él?

—Ah, muy sencillo. Es mi marido.

—Me refiero al que ya estaba aquí cuando ustedes vinieron. Se encontraba en la sala cuando ocurrió el hecho, y fue de los primeros en acudir al lado de su sobrina. Al parecer, existe bastante intimidad entre ellos.

—Usted se refiere a Scovell, lo estoy presintiendo. ¿No conoce usted a Herbert Scovell?

—Sé que pesa mucho en las finanzas. Pero yo me refiero a la relación existente entre la familia de su cuñado y él.

La señora McCullers permaneció unos instantes callada, como recogiendo sus pensamientos dispersos. Luego, dijo:

—Scovell quiere a mi sobrina, desde que era una niña. Ya antes estuvo enamorado de mi hermana, pero mi cuñado, el teniente, pudo más. Scovell y mi cuñado habían sido grandes amigos, pero

por mi hermana riñeron, y reñidos estuvieron hasta que ella murió. Livia tiene toda la cara de mi hermana.

En el ánimo de Bartley se había despertado un malestar bastante confuso.

— ¿Y cómo, existiendo esa relación, no se encontraba Scovell en el palco del general?—inquirió Alex.

— ¿No decía usted que conocía a mi cuñado? —preguntó, a su vez, la señora McCullers—. Él ha sido militar hasta durmiendo. De joven ya me lo imaginaba encerrado en un fortín, todo erizado de cañones, sin dejar pasar a nadie a su círculo íntimo. Al morir su mujer, aún se hizo más reservado. Él, su hija y su carrera. Todo lo demás no existía para él. Y aun creo que antepone su carrera a su hija.

Bartley no pudo evitar una protesta.

—No. Yo soy testigo de que su hija ha sido siempre su mayor obsesión... o por lo menos en el tiempo que yo le conocí. Yo he tenido ocasión de sorprender conversaciones sostenidas con fotografías de su hija, que siempre llevaba consigo.

—Sí, eso es verdad —concedió la señora McCullers, sintiéndose de pronto conmovida—. No sé cómo se me ha ocurrido pensar eso de mi pobre cuñado...

En aquel momento entraron el inspector Rowley, el señor McCullers y Livia. El señor McCullers traía cogida de la cintura a su sobrina, quien lloraba en fuertes estertores. La señora McCullers, se levantó, y fue al encuentro de su sobrina. Esta se le abrazó.

— ¡Tía Henrietta!... ¡Se lo han llevado!... ¡Mi pobre papá!

— ¡Cálmate, hija mía! —exclamó la señora, sin poder ella misma contener los sollozos—. Hay que hacerse el ánimo... Dios lo ha dispuesto así...

— ¡Mi papá!... ¡El hombre más bueno!...

El inspector Rowley y Alex se habían situado aparte y hablaban en voz baja. Un momento después, los agentes se dirigieron al grupo.

—Cuando ustedes quieran, les acompañaré a sus casas —dijo Alex.

El matrimonio McCullers, teniendo a su sobrina en medio, echó a andar por los largos y silenciosos pasillos del teatro. Alex iba unos pasos tras de ellos.

En la puerta del teatro les esperaba Scovell junto a un soberbio “Chrysler”. Scovell era un hombre corpulento, rubio, de ancha frente y facciones enérgicas. Al verles, acudió a ellos.

— ¿Cómo te encuentras, pequeña? —preguntó, con voz extremadamente cariñosa, cogiéndole una mano a Livia.

La joven iba seguramente a decir algo, pero un golpe de lágrimas se lo impidió.

Las crestas de los altos edificios parecían, en efecto, rascar el firmamento, apartando estrellas y rayar la noche con hendiduras de un azul cada, vez más claro, de amanecer.

A la invitación de Scovell para que subieran en su “Chrysler”, Bartley objetó:

—Lo siento, pero la señorita Glemser tiene que venir en mi coche.

Y sin preocuparse del efecto que producían sus palabras, se volvió e hizo un ademán a un lado de la calle, y uno de los coches que había apostados muy próximos avanzó hasta situarse delante de ellos.

— ¿Es que la señorita va detenida? —preguntó, con voz irritada, Scovell.

—Va protegida —contestó, sencillamente, Bartley.

Livia miró con hostilidad al agente. En aquel momento acudió a su memoria la opinión que su padre tenía de aquel frívolo policía, cuando, en vez de protegerle en Extremo Oriente, se dedicaba a galantear a las damas chinas.

— ¡Qué sarcasmo! —exclamó.

Un momento Scovell y Bartley se miraron frente a frente. Los dos se sintieron enseguida firmemente enemigos. Scovell iba seguramente a manifestar algo, pero Bartley se adelantó.

—No discutamos. Son órdenes.

Y dirigiéndose a los McCullers, les indicó que subieran al coche que acababa de llegar, del que se apeó un hombre, que quedó aguardando teniendo portezuela abierta.

— ¿Y a dónde me lleva? —preguntó Livia, fríamente.

—A su casa... si no prefiere a casa de sus tíos.

—Mejor a la nuestra —dijo la señora McCullers.

En el momento en que Bartley iba a subir al coche, se volvió a Scovell.

—Si desea usted seguirnos, le agradecería que lo hiciera a alguna distancia.

Scovell no replicó.

Enfilaron Broadway, hacia el este, y momentos después atravesaban la Sexta Avenida. Durante un rato marcharon en silencio. Exceptuando el momento en que el señor McCullers indicó la dirección, no se habían pronunciado más palabras dentro del coche. Alex iba sentado en el *baquet*, y de vez en cuando volvía la cabeza. Un coche pequeño les seguía, en el que iban tres agentes del F. B. I.

—Es preciso hacer ciertas diligencias en el domicilio del general —dijo de pronto Bartley, volviéndose a medias—. Pero podemos dejarlo para más tarde, si ustedes lo prefieren...

Las palabras iban dirigidas a Livia, pero quien contestó fue McCullers.

—Si a ustedes les es lo mismo, déjenlo para más tarde... Mi sobrina está agotada,

—Lo comprendo —dijo Al ex.

Atravesaban la Quinta Avenida, y al llegar a la altura de la calle Veintiséis torcieron a la izquierda, dejando a la derecha Madison Square. Ya el día era casi concreto, y sobre la palidez de las altas fachadas los letreros de neón, todavía encendidos, parecían colorete restregado e inoportuno, en rostros de *cocottes* al amanecer.

Momentos después, apenas cruzaron la Avenida de Lexiton, se detuvieron frente a una casa cuya fachada tenía el anuncio de unos almacenes, con el nombre de McCullers. Acababan de apearse los que iban en el coche de Alex, cuando llegó el otro vehículo. Dos hombres sallaron a la acera. Bartley les hizo seña de que se aproximaran.

—Para mayor seguridad de su sobrina —dijo Alex, dirigiéndose exclusivamente al matrimonio McCullers—, estos dos hombres quedarán de vigilancia.

—Pero ¿es que teme usted que ocurra algo más? —exclamó la señora, al tiempo en que instintivamente cogía a su sobrina de un brazo y la atraía.

—Conviene estar prevenidos. Por lo menos mis compañeros les serán útiles para impedir el asalto de los periodistas, que indudablemente se dejarán caer aquí.

— ¿Cree usted? —inquirió McCullers. E involuntariamente pensó en el anuncio que para su tienda podía servir todo aquello.

—No quisiera verme en la necesidad de tener que echarlos de mala manera —manifestó su esposa, súbitamente indignada—. Espero que no se atreverán a venir a molestarnos con sus impertinencias. Deben, respetar nuestro dolor.

Livia permanecía callada, como ajena a cuanto le rodeaba.

En el momento de despedirse, Alex dijo, dirigiéndose a la joven:

—A media mañana vendremos por usted. Hágame caso y no salga hasta entonces.

Ella siguió encerrada en su mutismo. Los McCullers, Livia y dos agentes se metieron en el portal, cerrando inmediatamente la puerta. Alex se volvió al coche, cuyo conductor le aguardaba con el motor en marcha.

Instantes después rodaban a toda velocidad por la calzada de East River

Se dirigían al domicilio del general Glemser. Tal como los acontecimientos se habían desarrollado, era preferible que Livia no hubiese querido ir entonces a su casa. Al mismo tiempo que en el “Metropolitan Opera” se producía el atentado, tres desconocidos forzaban la puerta del jardín y se aproximaban a la casa del general. El añejó matrimonio que estaba al servicio de la casa, aquella noche había salido de visita a unos parientes, un matrimonio joven que acababa de tener el primer crío. El nacimiento de este pequeño ser había, sin duda, salvado la vida de los viejos criados. Cuando regresaron, el asalto de los desconocidos ya había terminado. Pero los criados advirtieron enseguida señales de su visita, y avisaron a la policía. Fue en el preciso momento en que Jefatura transmitía a todos los distritos el atentarle en el “Metropolitan”.

Parecía que los desconocidos, en su primera visita, no habían conseguido todo lo que se proponían, y volvieron una segunda vez. Pero en el momento en que se disponían a entrar en la casa llegó el primer coche de policía. Se enzarzó un pequeño tiroteo, y, en el resto de la noche, no pareció ocurrir nada más.

De todo esto Bartley y el inspector Rowley estuvieron al corriente mientras efectuaban diligencias en el teatro. Estimaban en lo que valía la colaboración que en un asunto como aquel podría en los primeros momentos prestarles la policía local, pero los del F. B.

I. temían, y con razón, que la policía obrase obsedida en la persecución de los asaltantes y cayese en algún amago que les hiciese descuidar el principal objetivo: el domicilio del general Glemser. El hecho de que los desconocidos hubiesen intentado volver, parecía indicar que su primera visita no había tenido el resultado apetecido.

Con respecto a los que ejecutaron el atentado, desde los primeros momentos Bartley tuvo el convencimiento de que, más tarde o más temprano, caerían. Con una mínima parte del reguero de huellas que dejaron bastaba para seguir una pista acertada. Pero lo esencial de aquel hecho eran los documentos que el general Glemser conocía, y que sin duda guardaba ocultos en su domicilio. Eso era lo que había que salvar. Nadie mejor que Alex sabía la importancia que tenían. El viejo Glemser dejó de existir sin haber llegado a comprender el verdadero carácter de Bartley. En su apariencia superficial, frívola, Alex llevaba una táctica, tan férrea como pudiese ser la de Glemser. Eso lo hubiese podido comprobar el vicio militar aquella misma noche, de haberse celebrado la entrevista convenida con el inspector Rowley. Entonces Bartley hubiese demostrado al general que conocía, hasta en su más mínimo detalle, cuantos datos poseía, en tanto que Glemser era seguro que no sabía nada de cosas que Alex había averiguado por su cuenta.

Ya era completamente de día cuando el coche en que iba Alex pasó junto a Queensboro Bridge. Nueva York ya había desperezado sus miembros, y la circulación empezaba a engrosar; pronto iba a tener aspecto de torrente, con los fuertes remolinos que de trecho en trecho se formaban en las bocas de los *subways*.

Siguiendo por la calzada de East River, llegaron a una especie de parque, dentro del cual se elevaban varios edificios, de estructura achatada. Una de aquellas casas era la del general Glemser.

Capítulo III

LOS DOCUMENTOS

En el momento en que Bartley se disponía a intentar abrir la caja fuerte empotrada en la pared, y oculta tras los gruesos tomos de una enciclopedia, en una de las estanterías de la biblioteca, entró Úrsula, la vieja sirvienta.

— ¡La señorita acaba de llegar! —anunció, con voz alterada.

Alex se apresuró a dejar los libros como estaban al principio, y corrió hacia una de las ventanas, desde la que se dominaba la entrada del jardín. Un grueso cordón de policías tenía tomados los alrededores, y, si los elevados árboles no lo impidieran, Bartley podría ver desde la ventana el nutrido número de curiosos y reporteros, que a medida que la mañana avanzaba se iba haciendo más grande.

Livia llegaba, sin cumplir la recomendación de Alex. Hacía una media hora los agentes situados en casa de los McCullers le habían telefonado que Livia, utilizando una estratagema, había conseguido salir, cruzando varias azoteas de las casas inmediatas. Luego la vieron entrar en un garaje próximo. En ese momento telefonaron a Bartley.

—Déjenla. Seguramente se dirigirá aquí... Sígana a alguna distancia.

Alex no se equivocó. La inmediata reacción de Livia era salvaguardar aquellos documentos por los que, sin duda alguna, su padre había sido asesinado.

Pero algo ocurrió de pronto que hizo saltar a Bartley. Los policías que guardaban la puerta de la verja estaban advertidos que de un momento a otro llegaría la hija de Glemser. Cuando Livia llegó a las inmediaciones, no se extrañó de la expectación despertada, ni del alarde de precauciones. Sonriendo, pensó que, aquella vez, como siempre, las precauciones habían sido tomadas cuando ya no había remedio.

Aquella mañana habían aparecido todos los periódicos anunciando a grandes titulares lo ocurrido en el “Metropolitan”, y

casi todos coincidiendo en el motivo del atentado. Se publicaba una profusa información gráfica, en la que se veía al glorioso general Glemser en distintas facetas de su vida. Pero particularmente algunos periódicos subrayaban una reciente fotografía en la que aparecía el general americano rodeado de varios personajes del Extremo Oriente. “De aquí salieron los disparos”, era la expresión de uno de los periódicos.

El señor McCullers había dado orden de que subieran a su piso todos los periódicos, a medida que fueran apareciendo. Y únicamente uno, a media mañana, daba la noticia de que, al mismo tiempo que se cometía el asesinato en el “Metropolitan Opera”, el domicilio del general era asaltado. Esa fue la primera noticia que tuvo Livia.

Bartley, desde la ventana, observaba las maniobras que hacía el coche siguiendo la tortuosa pista que atravesaba el jardín, cuando, de pronto, de detrás de unas matas, vio surgir a alguien que, cojeando, se situó en medio de la pista y, apuntando con un revólver, conminó a Livia a que se detuviera.

Alex comprendió en seguida. Al llegar oyó al sargento Watson algo sobre las pesquisas que algunos de sus hombres estaban efectuando en los alrededores. Habían descubierto varias aberturas en las verjas, por las que fácilmente podía pasar un hombre. Se habían observado huellas de sangre, y todo hacía suponer que era alguien tocado en la colisión habida durante la noche, apenas llegar la policía. Posiblemente no había podido escapar en momentos en que la obscuridad le amparaba, y menos iba a poderlo hacer durante el día. De un momento a otro, el sargento Watson confiaba atraparle. Todas las medidas estaban tomadas. Pero el tono enfático con que le hablaba el sargento, le fue antipático a Bartley. Además, el inevitable prejuicio que existía entre los del F. B. I, y los demás organismos policíacos hicieron que Alex apenas atendiera las explicaciones de Watson. Lo que a Alex le preocupaba era saber si la documentación se había podido salvar. De un momento a otro esperaba a su superior inmediato, el inspector Rowley, y quería poder presentarle a su llegada un concepto concreto de la situación.

El desconocido, todo desaliñado, manchado de sangre y barro, acababa de saltar sobre el *baquet*, apuntando sobre la garganta de Livia. El coche se había detenido, y comenzó a hacer maniobras

para volverse.

Se hallaban a alguna distancia de donde estaba Bartley, pero, así y todo, este sacó el revólver y apuntó. En aquel memento el desconocido saltaba dentro del coche y se agazapaba entre el asiento y el parabrisas.

Desde distintos puntos del jardín irrumpieron rociadas de pistola ametralladora. Watson y los suyos acababan de aparecer, y, medio ocultos tras los árboles, disparaban contra las ruedas del coche. Bartley comprendió que se hallaban en un momento crítico. El enemigo tenía todas las salidas cerradas, pero precisamente ahora, en su desesperación, es cuando podía hacer daño. Aquel bárbaro de Watson debía comprender que con su táctica no haría más que sacrificar a Livia.

Alex se lanzó a todo correr hacia la puerta que daba al jardín. Al llegar allí, vio que el desconocido y Livia retrocedían hacia la casa. Se habían apeado del coche y el hombre tenía sujeta, a la joven de tal forma, obligándola a evolucionar con tal rapidez, que si alguien intentaba disparar sería inevitablemente a la mujer a quien alcanzaría.

Pero en el momento en que se disponían a subir la escalera para replegarse al interior de la casa. Livia, como si supiese que a unos pasos había alguien aguardando ese instante, lanzó un grito, y al mismo tiempo hizo un ademán violento con los brazos, consiguiendo con la sorpresa que el arma del desconocido quedase unos segundos desviada. Alex Bartley salió. En el momento de hacer fuego, su propósito era desarmarlo, pero el enemigo seguramente le advirtió antes que él apareciera, y el primer disparo de uno y otro salió casi al mismo tiempo. Un oportuno retroceso del agente permitió que la bala solo le rozase un brazo. Y sin pararse a mirar si el otro había quedado desarmado, volvió a disparar. Entonces lo vio caer, replegándose contra los primeros escalones, y todavía empuñando el arma. Un momento pareció hacer ademán de levantarla, pero una bocanada de sangre se le agolpó sobre la barbilla, y quedó inerte.

Livia, intensamente pálida, dio unos pasos atrás, cubriéndose el rostro con las manos.

—Si alguien tiene que reprocharle algo, no seré precisamente quien lo haga. Ya veo cómo atiende mis recomendaciones —dijo

Bartley, sin mirarla.

Iba a agregar: “Lo mismo que su padre”, pero se contuvo a tiempo. Se agachó a recoger el arma del muerto, cuando oyó una carcajada del sargento Watson...

— ¡Estupendo trabajo!... —exclamó, con satisfacción.

—Pudo no haber salido tan bien —repuso el agente del F. B. I., mirándole con severidad.

Cogió a Livia de un brazo.

—Vamos, tranquilícese —y la empujó cariñosamente hacia el interior de la casa.

La vieja Úrsula apareció, toda demudada.

— ¡Mi pobre señorita!

Las dos mujeres se abrazaron, llorando. La criada ya conocía la muerte del general.

Bartley indicó con un gesto a la criada que se llevara a la señorita, y él y Watson se pusieron a examinar al muerto. Luego recorrieron todo el jardín, aproximándose por último a la puerta de entrada. El grupo de curiosos había engrosado enormemente, pero ahora permanecía más distanciado que al principio, precaviéndose sin duda de la última refriega.

Un poco después, cuando Alex se dirigía a la casa, se cruzó con dos subordinados de Watson que se llevaban el cadáver casi a rastras. Subiendo la escalera que precedía la entrada, asomó la sirvienta.

—La señorita me envía a buscarle. En la biblioteca le espera.

Encontró a Livia atareada en ordenar un puñado de papales que iba sacando de una carpeta, de cuero. Al ver a Bartley, le dirigió una sonrisa triste.

—Se han llevado el borrador del informe —dijo, con voz apagada.

Quedó inmóvil, mirando hacia un extremo de la estancia.

—No hace aún veinticuatro horas papá y yo estábamos trabajando en ese borrador.

Se interrumpió, porque, de seguir hablando, un sollozo le hubiera roto la voz.

—No piense en eso —cortó Alex.

Se puso a examinar los papeles de la carpeta de cuero, y frunció el ceño.

—Si no tiene usted más que esto, veo que se ha perdido algo más que el borrador. Faltan papeles de navegación.

Livia le miró extrañada.

— ¿Cómo lo sabe?

Alex rehuyó contestar directamente.

—Noto la ausencia de unos documentos referentes a determinados cargamentos de armas transportadas por el “Little Sea” y el “Yellow”. En ellos se indica un curioso cambio de rumbo.

Los preciosos ojos de Livia parecían todavía más grandes.

— ¡Y papá que creía que solamente él conocía la existencia de esos documentos!

Bartley guardó silencio.

—Están ocultos bajo el tablero de esta mesa. Hay que apretar fuerte en ese ángulo y en este otro para que el tablero pueda correrse.

Se situaron a un lado y otro de la mesa, y cuando se hallaban presionando, Livia reparó en el brazo izquierdo de Alex.

— ¿Qué le ocurre a usted?

Y corrió hacia él. Varios hilillos de sangre se enroscaban a su muñeca, y algunos le resbalaban por el dorso de la mano.

—No es nada. Un rasguño todo lo más —explicó Alex, despreocupadamente.

—Quítese la americana.

Bartley obedeció. Y él mismo reparó enseguida en el agrado que le producía obedecer aquella voz.

Al remangarse la camisa, apareció un corte que le cruzaba el antebrazo.

—Para no ser nada más que un rasguño... —empezó a decir Livia. Y por lo afectada que estaba, diríase que era ella la paciente.

—Por esta vez, el hueso se ha escapado —comentó, humorísticamente, Alex.

Livia salió corriendo de la biblioteca y apareció enseguida trayendo un bote de esterilizados. Le aplicó unos cuantos trozos de gasa sobre la herida, y le obligó a que se sentara, mientras ella iba a preparar lo necesario para hacer una pequeña cura.

Cuando la hija de Glemser volvió, encontró a Bartley limpiándose el pantalón con un trozo de gasa.

—Pero ¿qué hace usted?

—Me he manchado... y el caso es que esta ropa no es mía —dijo, riendo, el agente.

Aun llevaba el traje de etiqueta de la noche anterior.

—Veo que está práctica en estas cosas —manifestó, observando la destreza con que la joven manejaba los utensilios de un pequeño botiquín—. ¿Enfermera?

Ella asintió con un movimiento de cabeza.

— ¡Qué lástima no habernos encontrado antes! A lo mejor hemos estado en el mismo frente... ¿Estuvo usted en Europa? Cuando el desembarco, yo estuve operando en el mismo sector que su padre...

—Yo fui a Europa casi al final, cuando la contraofensiva de Von Rundstedt —explicó Livia.

—Entonces yo me hallaba hospitalizado, en París. En enero me trasladaron a Inglaterra. Me hubiera gustado tropezarme con usted, de veras. El saber que usted y yo hemos estado casi juntos y no nos hemos visto, me produce el efecto de haber estado durmiendo durante un viaje que nunca más se podrá repetir.

—Cállese —le advirtió ella, cariñosamente, esforzándose por no reír—. Ya tenía referencias de su carácter, y veo que eran exactas.

Bartley guardó silencio. ¿Referencias? Claro, las que le habría dado su padre, el escueto y severo Glemser. De seguro que Livia tenía formado de Alex el mismo concepto que el general.

El inspector Rowley asomó en la puerta de la biblioteca.

— ¡Bien, Bartley! Siempre el mismo hombre de suerte — exclamó, viendo que Livia le tenía cogido de una mano, acabándole de pegar el último trozo de cinta que le sujetaba el vendaje.

Bartley miró a su superior con rostro torcido: otro que venía a remachar el clavo. El inspector adivinó lo que ocurría a Alex, y aun insistió:

—Es de veras. Lo que te ha ocurrido a ti, le pasa a otro, y de seguro se desangra, sin hallar a nadie que le ayude. ¡Ah, pero es Alex Bartley quien ha sufrido un arañazo! Entonces no faltan hadas que aparecen de improviso...

Rowley venía de muy buen humor, pero se dio cuenta de que la situación no era muy adecuada para manifestarlo, y cambió.

—Señorita Glemser: si esto puede servirle de consuelo, sepa que los asesinos de su padre han sido localizados. Dos han sido ya

detenidos... aunque muertos.

A la mirada ansiosa de la joven, el inspector explicó:

—No. Han sido ellos mismos los que se han dado muerte. Los teníamos acorralados... Dos han podido escapar, pero nos van a indicar caminos interesantes.

Se entretuvo unos momentos observando la estancia; luego, inquirió:

—Y bien: ¿qué novedades ha habido aquí?

Lo ocurrido en el jardín, ya lo conocía Rowley. Había presenciado el informe que el sargento Watson le daba al jefe de policía del distrito. Si bien el asunto del general Glemser entraba de lleno en las facultades del “Federal Bureau of Investigation”, de momento había sido imprescindible la colaboración a fondo de la policía local. Pero con la captura de los que tomaron parte activa en el atentado no terminaría, seguramente, el asunto.

—Señorita Glemser. Se me olvidaba decirle —cortó de pronto el inspector— que conmigo ha venido un amigo de usted. Es el señor Scovell que espera ahí fuera... Si no tiene usted ningún inconveniente, le haremos pasar. Parece muy preocupado por usted.

Y el tono de voz con que pronunció estas últimas palabras dio a entender que conocía la devoción que existía en Scovell hacia Livia. Bartley iba a objetar que aguardasen hasta tener clara la cuestión de los documentos, pero de repente cambió de parecer, y no opuso nada a que Scovell entrase.

En el mismo marco de la puerta, Herbert Scovell se detuvo. Su figura corpulenta, poderosa, quedó unos instantes inmóvil, dominando la estancia. Un rayo de luz, venido desde la ventana situada a su izquierda, le caía sobre su ancha frente, encendiéndola. Durante unos segundos, su mirada fría, gris, pareció estar acuchillando cuanto tenía a su alrededor. Únicamente al fijarse en Livia aquellas pupilas parecieron saturarse de calor humano. Avanzó decidido, con pasos llenos de seguridad.

— ¿Cómo te encuentras?... —preguntó, cogiéndole una mano y reteniéndola unos instantes entre las suyas.

Había pasado muy cerca de Bartley, pero no pareció verle. Alex, por su parte, tampoco prestó atención al recién llegado. Poco a poco fue distanciándose del grupo, hasta situarse junto a una de las ventanas. Allí permaneció algún tiempo, mirando al jardín, hasta

que oyó que le llamaban.

—Bartley: acércate y escucha esto.

Pero en el momento en que Alex iba a volverse, fue cuando Livia gritó:

— ¡Los documentos!... ¡Han desaparecido!

Rowley y Scovell, siguiendo las indicaciones de la joven, acababan de hacer funcionar el resorte de la mesa. El tablero había girado, dejando al descubierto un gran boquete que atravesaba una de las patas.

Pero el agujero estaba vacío.

Capítulo IV

BARTLEY ES UN IMPULSIVO

Miraron, más detenidamente, pero el resultado fue negativo.

—Nunca he sido partidario de ocultar mucho las cosas —comentó el inspector—. Pero es que aquí nos encontramos en el término medio: no se puede decir que la cosa estaba a la vista, pero, vamos, el escondite no creo que quebrara muchas cabezas. ¿Quiénes conocían el resorte?

—Papá y yo solamente —respondió Livia.

— ¿Los criados no?

Ella negó con un movimiento de cabeza.

—Pero esto hemos visto que es muy fácil abrirlo... Un día, limpiando...

—No es tan fácil como parece —interrumpió Livia—. Los resortes no funcionan mientras los cajones no estén en la posición en que se encuentran ahora.

Entonces repararon en que el primero y cuarto cajón del lado izquierdo estaban un poco abiertos, el primero un poco más que el último. En el lado derecho era el segundo cajón el que permanecía abierto hasta casi la mitad.

—A pesar de todo —insistió Rowley—. ¿Utilizaban muy a menudo ese escondrijo?

—Que yo sepa, nunca. Por lo menos, últimamente he sabido que existía, porqué papá me lo hizo conocer, al regresar de su viaje.

Tras un breve silencio, el inspector Rowley manifestó:

—Una cosa resulta bien clara, y es que mientras se realizaba el atentado en la “Opera”, otros habían ya entrado en esta casa y se habían llevado unos papeles capaces de engañar a cualquiera. Pero seguramente el alma de este asunto es un experto y sabe lo que busca. De ahí que volviera a mandar a los asaltantes por segunda vez, sin reparar en que la policía podía estar sobre aviso. Sabemos que lo que se llevaron era el esqueleto de un informe en el que un militar opina sobre una situación determinada. Pero en ese borrador, ¿se citaban nombres?

—Algunos —respondió Livia.

— ¿Nombres de norteamericanos? ¿Nombres de militares? ¿Políticos, tal vez?

La hija de Glemser pareció vacilar.

—La mayoría estaban en clave... Papá era muy reservado en sus cosas, y ni siquiera a mí se me confió. Únicamente me hizo conocer que la clave de los nombres estaba en uno de los documentos guardados en ese escondite.

—Yo tengo la impresión —intervino Bartley— que quien mandó a los asaltantes por segunda vez no era precisamente la clave de los nombres lo que buscaba, sino otras pruebas más acusadoras. Por ejemplo, ciertas hojas de navegación en las que se especifica el transbordo de unos cargamentos de armas, en el Golfo de Liaotung, hecho a barcos de significación distinta a la de los que iban destinados cuando zarparon de los Estados Unidos.

—Muy posible —agregó el inspector.

E inmediatamente cambió el tema.

—Viniendo me decía el señor Scovell la conveniencia de que usted estuviera alejada algún tiempo de la curiosidad que inevitablemente aquí la asediará.

—Esta mañana he tratado con tus tíos esta cuestión —dijo Herbert Scovell—. Tu tía está conforme en acompañarte, si accedes a venir a “Cottage”.

Era la esplendorosa finca que Scovell tenía en Nueva Jersey.

Livia vaciló en contestar. El inspector, la animó:

—Yo creo que un poco de tranquilidad no le vendría a usted mal. De todas formas, si precisáramos de usted, fácilmente nos pondríamos en contacto.

—Lo lógico es que tú permanezcas alejada de todo este jaleo... —insistió Scovell, súbitamente animado.

— ¡Pero, Herbert! —exclamó Livia, mirándole estupefacta—. ¡Se trata de mi padre!

—Lo sé, lo sé —se apresuró a decir el otro—. Pero tú necesitas descansar, y, al fin y al cabo, no creo que remediaras nada permaneciendo en este recinto, asediada por la curiosidad de todos... si es que no corres también el riesgo de alguna represalia. Si algo hay que hacer, ya lo harán estos señores, que, después de todo, entienden más...

—Eso está muy puesto en razón —intervino Alex—. Después de todo, es nuestro oficio —terminó, remedando a Scovell de una manera tan particular en la voz y en el gesto, que este se le quedó mirando, dudando si el agente hablaba en serio.

* * *

Una hora después, el inspector Rowley y Alex Bartley dejaban el domicilio del general Glemser. Acomodados en el asiento trasero del coche en que les aguardaba un agente del F. B. I., apenas el vehículo empezó a rodar por la calzada de East River, el inspector se quedó mirando a Bartley.

— ¿Puede saberse qué te propones simulando el robo de los documentos?

Ahora fue Alex quien le miró intrigado.

—Al girar el tablero —aclaró Rowley—, vi una mancha, de sangre fresca junto al boquete. Primero supuse, que era una treta que tenías convenida con Livia, pero luego vi que ella cree de verdad que los documentos han desaparecido. ¿Cómo acertaste con el resorte?

Bartley explicó que fue Livia precisamente quien se lo estaba indicando, incluso ya había empezado a mover el tablero, cuando reparó en su herida. Un momento en que quedó solo decidió apoderarse de los papeles. Luego, al ver entrar a Scovell, se alegró de haber obrado así.

—No doy un centavo por la simpatía que le tienes a Scovell.

— ¿Y cree usted injustificada mi actitud?

El inspector Rowley se acababa de quitar el sombrero y permaneció unos momentos entretenido en alisarse sobre la coronilla los escasos cabellos.

—Creo que eres demasiado impulsivo, amigo Bartley. Siempre te lo he dicho. Cuando me pediste que te preparara el ingreso en el F. B.I, el primer reparo que te puse fue que tu temperamento acaso no fuese el más adecuado. La sensación que produces en quien no te conoce, es que te dejas llevar del primer impulso. Ya sé que no es así. Pero...

Y se volvió a mirar a Bartley.

—Tenemos el caso de Glemser. El general ha muerto teniendo un mal concepto de ti, lo sé... Pero, veamos: juzgada la cosa con

frialdad, ¿crees tú que tu comportamiento, durante el tiempo que acompañaste al general, era el adecuado?

—No —respondió, rápido, Alex.

Iba seguramente a agregar algo, pero se contuvo, viendo que el inspector continuaba.

—Esta mañana he conferenciado con Washington. Esto, de mí a ti: tengo la impresión de que este asunto va a ser yugulado. Reducido a lo más mínimo. Temen que ciertos sectores lo utilicen como campaña política. En cuanto a ti, se me ha insinuado la conveniencia de trasladarte a Europa.

Bartley pareció movido por un resorte:

— ¿Por qué?

El inspector dudó unos momentos, como si no encontrara la manera adecuada de expresarse:

—No hay en ello ninguna medida de censura a tu comportamiento. Allá saben demasiado, y así todo yo les he insistido esta mañana que en nada se te puede culpar por lo ocurrido al general. De sobra conocido de todos es el carácter del viejo Glemser, su terquedad cuando se empeñaba en una cosa. Tu servicio con él terminó tan pronto salió de Formosa sin avisarte. Todos se hacen cargo de que tu situación era difícil teniendo que desenvolverte junto a un superior que se te había colocado en una actitud de completa incompatibilidad. Lo reconocen... pero ya sabemos lo que ocurre en estos casos. Y lo mejor que puede desear uno es no verse nunca mezclado en un asunto así.

Alex, un poco nervioso, se acababa de despegar una de las cintas que le sujetaban el vendaje. La pegó de nuevo, para enseguida volverla a arrancar. Le distraía ver que, al tirar de la cinta, la piel parecía querer seguirla.

—Amigo Rowley —empezó a decir Alex, pausado y súbitamente grave—. Acaso me excedí utilizando la amistad que un tiempo tuvieron usted y mi padre, pero yo estoy seguro que cuando solicité su ayuda para ingresar en el F. B. I. mi ánimo era esforzarme porque usted quedara siempre en buen lugar. No he dejado nunca de tener presente que gran parte del éxito del F. B.I. reside en la escrupulosa selección de sus hombres. Y es por usted, más que nada, por quien sentiría, al final de cuentas, no aprovechar.

Rowley soltó una carcajada.

— ¿Ves como eres un impulsivo? ¿A qué viene todo esto? Serénate.

El coche acababa de entrar en la Ruta Veintitrés, buscando el extremo norte de la ciudad. Era ya mediodía, y tanto Rowley como Alex se sentían un poco cansados. Cualquiera que los viera a aquellas horas, pálidos de no dormir y vestidos de etiqueta, tomaría de ellos un concepto poco serio.

—En cuanto almorcemos, nos entenderemos mejor —comentó Rowley.

Y callados permanecieron hasta que llegaron al hotel.

Capítulo V

LA BARBARIE

Después de almorzar, en el cuarto del inspector Rowley, se reanudó la conversación. Fue Alex quien la inició.

—Cuando usted dice que le tengo poca simpatía a Scovell, parece que quiera darme a entender que mi actitud no tiene más fundamento que el de una apreciación puramente personal. ¿Es eso así?

El inspector Rowley acababa de encender un cigarro y se había repantigado en un sillón. Antes de responder, miró el reloj.

—A las tres he de estar en el barrio de Greenwich. Dispongo poco más de una hora. ¿No sería mejor que echáramos un sueñecito? A ti tampoco te vendría mal.

—Amigo Rowley, le agradecería que no soslayara mi pregunta.

El inspector se encogió de hombros, resignado.

—Bueno, pasaremos el rato conversando... Y empezaré confesándote que anoche, cuando, poco después del atentado, apareció Herbert Scovell, te vi enseguida erizarte de púas contra él. Naturalmente, no me había pasado desapercibido el efecto que desde el primer momento había producido en ti la hija de Glemser. Y voy a serte sincero: un momento en que, sintiéndome abrumado por la situación, miré en torno buscando un poco de respiro, al ver que todo tú transpirabas animadversión hacia Scovell, se me antojaste un gallo farruco embravecido ante la proximidad de la hembra, y que no tolera competidores. El asunto en que nos hallábamos metidos era demasiado serio, y, créeme, estuve a punto de llamarte la atención de mala forma. No sé cómo me contuve.

—¿Y después? —inquirió tranquilamente, Bartley.

—Creo que voy compartiendo tu antipatía hacia ese hombre —confesó, sonriendo, el inspector—. Pero ¿no estaremos equivocados? ¿No nos habrás contagiado?

—¡No! —exclamó Bartley, poniéndose de pie—. No, inspector. Yendo contra ese hombre, llevamos una pista segura.

Rowley soltó una carcajada.

— ¿Una pista de qué?... Amigo Bartley, eres muy joven todavía. Algún día te convencerás de que hombres como Herbert Scovell, muy rara vez dejan rastro de sus pasos. Y si por acaso esto ocurre, y hay incauto que sigue sus huellas, cuando se da cuenta se halla al borde del precipicio. Indudablemente que los que anoche dispararon en la “Ópera” contra el general Glemser son carne de cañón manejada por tipos que quedan atrás, bien resguardados, y que ellos mismos se encargan de delatar a los ejecutores, para desembarazarse de ellos. Al amanecer ya teníamos confidencias de dónde se habían refugiado: calle Gansevoort, en el bar que hace chaflán... La cosa no puede estar mejor planeada: se elimina a Glemser, y, antes de que la opinión reaccione, se hace caer a los “culpables”. Luego, el aviso llegado de Washington: “Hay que tener prudencia...”. ¿Te das cuenta, Bartley?

Y al tiempo que hacía esta última pregunta, el inspector huyó encontrarse con los ojos de Alex, y se quedó mirando la columna de ceniza que se sostenía íntegra en su cigarro.

—Me doy cuenta de lo que pretende usted, inspector. No siga en ese aparente escepticismo, porque yo sé, como usted, que podemos llegar al final de este asunto si no nos falta voluntad. Respecto a Scovell, confieso que mi primera reacción fue un poco instintiva. Ahora, no. Ahora tengo el convencimiento de que Herbert Scovell es el hombre que durante años voy buscando.

— ¿Qué?

Y tan brusco fue el ademán del inspector, que el bloque de ceniza se desprendió, estrellándose contra sus rodillas.

—Cuando se habló de acompañar al general Glemser en su misión, recuerde con qué insistencia pedí a usted influencia para que me confiaran ese servicio. Yo le engañé a usted cuando le manifesté que quería ingresar en el F. B. I. porque, habiendo llegado la desmilitarización, la aviación civil no me interesaba. Había algo de verdad cuando le dije que deseaba una vida activa, con aventuras a cada paso, para aturdirme un poco. Pero mi principal objetivo era introducirme en un organismo como el F. B. I., que me permitiera perforar en el subsuelo de la sociedad.

Y notando algo de alarma en los ojos de Rowley, Alex se apresuró a aclarar:

—Mis propósitos en nada rozan los estatutos del “Federal

Bureau"... Por el contrario, creo que encajan perfectamente en ellos. Y yo hubiese solicitado mi ingreso en el F. B. I. mucho antes, si los Estados Unidos no hubiesen tomado parte en la última conflagración.

Se quedó mirando fijamente al inspector, buscándole los ojos, y agregó:

—Yo estuve un tiempo a punto de renegar de mi patria.

Alex Bartley comenzó a referirse a un período de su vida que el inspector Rowley conocía muy vagamente. Fue en los días precedentes a la última contienda mundial, cuando el Japón, en una guerra que no había declarado oficialmente, trataba de estrangular a China, bloqueando sus costas, bombardeando sus ferrocarriles y haciendo matanzas monstruosas de la población indefensa. Mientras, América cedía a las absurdas pretensiones del Japón respetando su bloqueo y haciendo desembarcar los aviones americanos que los chinos habían pagado al contado; barcos norteamericanos atracaban en el puerto de San Diego para vaciar sus vientres repletos de armamento que iba a quedar inactivo, llenándose de moho, en tanto, más allá, una población indefensa soportaba la agresión más monstruosa.

Fue entonces cuando Alex Bartley y su amigo Cording decidieron tomar parte en la lucha. Acababan de efectuar las últimas prácticas como pilotos, y su juventud sana, de espíritu limpio, les hizo percibir la llamada angustiosa de aquel pueblo tan injustamente tratado. Pero América, además de embarcar los barcos cargados de material, impedía que instructores americanos pudieran ir a China, negándoles el pasaporte. No obstante, Alex y su amigo consiguieron llegar. Por entonces fue cuando una ráfaga romántica había empezado a cosquillear en la conciencia de un mundo apático. China acababa de producir una heroína más. Una intrépida muchacha de exploradores que, desafiando un nutrido fuego de ametralladoras, granadas, bombas; cercada por fusiles con sus bayonetas insaciables, lograba cruzar, arrastrándose, las líneas japonesas, llevando la bandera nacional del "Batallón de la Muerte", el cual había preferido luchar hasta morir en Chapei, Shanghai, antes que rendirse a los nipones.

El Japón estaba extirpando a la población China con metralla y narcóticos. Como la guerra no había sido declarada, el Japón

prescindía de las leyes internacionales y humanas, proyectadas para proteger a los no combatientes. Ni siquiera los neutrales eran respetados. Y muchachas que se acogían a las misiones, eran sacadas a rastras por los soldados japoneses, para ser ultrajadas. Y una vez pasada la avalancha de fuego, lo que pudiera quedar de vital en los supervivientes, era depauperado por la solapada distribución de drogas, en gran escala.

Esto vieron en todo su horror Bartley y su amigo, a poco de hallarse en el lejano Oriente. Pero lo que más les impresionó fue comprobar que, de todos aquellos crímenes, eran seres pertenecientes a la raza blanca, a países que pasaban por civilizados, quienes más contribuían a que se cometieran y quienes con ello más pingües negocios realizaban.

—Tomamos parte mi amigo y yo en algunos combates aéreos —siguió refiriendo Alex Bartley—. Eran aparatos norteamericanos precisamente, entrados de contrabando, y pagados a precio de oro. Material defectuoso, antiquísimo, como hecho adrede para colaborar con el enemigo, pues en cuatro días los pilotos quedaban exterminados. Mi amigo y yo nos desesperamos. “¡Esto es una infamia!”, gritábamos, con lágrimas de impotencia.

Bartley hizo una pausa, para serenarse.

—Ya conoce usted el temperamento chino —siguió Alex—. Ese gesto impertérrito, como si toda la raza estuviera hecha con mascarillas guardadas siglos y siglos. Nuestra impaciencia se estrellaba. Pero si desesperante era la impasibilidad oriental, más irritante nos resultaba la teatralidad de los técnicos militares extranjeros, con sus loas y aspavientos al estoicismo de aquel pueblo indefenso. En todo rostro blanco nos parecía ver un santurrón hipócrita.

Siguió refiriendo Bartley que durante algún tiempo él y su amigo estuvieron fraguando un plan, y, tan pronto lo tuvieron terminado, lo comunicaren a uno de los Estados Mayores del ejército chino. No lo rechazaron, pero tampoco parecieron alentarles. Se trataba de conseguir material de guerra modernísimo a mucho menos de la mitad de precio que costaba el otro.

Alex y su amigo se trasladaron a Hong-Kong.

—Aquella misma noche, mi amigo era asesinado. Y todas las huellas que a través de los años he ido recogiendo, me llevan a un

tipo de la catadura de Herbert Scovell.

Bartley cogió una cartera de cuero que había sobre la cama, y la abrió. Sacó varios papeles, entre los que se hallaban los documentos ocultos en la mesa del general Glemser.

—Antes de bajar al comedor, he estado en un cuarto examinando estos papeles. He visto con sorpresa que el general llegó a averiguar muchísimo más de lo que yo suponía. No sabe usted cuánto lamento ahora que él y yo no llegáramos a comprendernos. El viejo Glemser había calado en lo más hondo del problema chino, y la tenía preparada a muchísimos personajes de la vida americana.

Hubo un breve silencio. El inspector, preguntó:

— ¿Encontró algo contra Scovell?

Bartley ya esperaba esta pregunta.

—Herbert Scovell es el alma de toda esta trama. Por segunda vez el Destino impedía que estos dos hombres pudiesen ser amigos... Pero esta vez Scovell es quien parece llevar ventaja.

Hizo una pausa, y agregó, con otro tono de voz:

—Aunque, si usted me ayuda, yo creo que esta vez también perderá.

—Sabes demasiado que puedes contar conmigo —contestó el inspector Rowley.

Y, dando una última chupada al cigarro ya casi consumido, tiró la colilla a un lado de la habitación. Enseguida miró el reloj y se puso de pie.

—Es hora de marcharnos.

Capítulo VI

MAWI FEI

Cuando la bellísima bailarina asiática Mawi Fei entró en el camerino, su doncella Wan le entregó la tarjeta.

Mawi leyó:

“Quiere saludarte y suplicarte que le perdones, el indigno gusano Alex Bartley.”

Un gesto de risa hizo que pus rasgos orientales se acentuaran, y su graciosa naricilla pareció un poquitín más achatada y los ojos más oblicuos.

— ¿Dónde está?

La vieja doncella china Wan, ser reconcentrado, convertida al cristianismo, pero sujeta aún a la tradición de su raza, respondió con un gesto a lo que preguntaba su ama.

— ¡Dile que pase! —mandó la bailarina.

Pero antes de que la doncella se moviese, Mawi corrió hacia la puerta, dispuesta a salir en busca de Alex. Al abrir se encontró a este que aguardaba, recostado contra el marco del camerino situado enfrente.

Bartley inició en broma una reverencia estilo oriental, pero Mawi le cogió fuertemente de un brazo, precisamente donde tenía la herida.

— ¡Pasa! —y al ver el gesto de dolor que había hecho él—: ¿Qué te ocurre?

—No es nada.

Pasaron al camerino. Alex se sentó, mientras Mawi se colocaba tras de un biombo para desprenderse de aquel extraño vestido que parecía hecho de luz de luna, y que cuando los reflectores la captaban sobre la pista, el maravilloso cuerpo de Mawi Fei surgía desnudo, velado tan solo por una tenue lluvia.

—Sé que estás aquí hace días —dijo la artista.

Aquellas palabras encerraban un reproche a Bartley.

—Un par de días —respondió Alex, en un tono vago.

Pero ella le rectificó enseguida:

—Cuatro, para ser más exactos. Yo comprendo que para un hombre tan atareado como tú, resulté difícil poder venir a verme antes. Y más todavía, si el espectáculo del “Gala” no es de tu agrado. Si fuera la ópera...

En ese momento Alex estaba pensando en algo que otras veces ya le había ocurrido con Mawi: lo dulce que resultaba la palabra más vulgar pronunciada con la corrección y un matiz especial que la artista sabía insuflarle a cada sílaba. Pero al oír la mención a la ópera, hizo un movimiento de sorpresa.

— ¿Qué quieres decir?

—Eso —contestó Mawi, en tono superficial—. Que te gusta la ópera, y que anoche estuviste en el “Metropolitan”...

— ¿Cómo lo sabes?

—En todos los periódicos va.

Era verdad. Bartley se puso otra vez a pensar en la extraña y agradable perfección con que pronunciaba Mawi el idioma inglés. Aunque él no desconocía la formación occidental que ella había recibido. Conoció a Mawi en Shanghai, cuando los japoneses comenzaban el asedio de la gran ciudad. Era en los momentos trágicos en que los nipones, con bases aéreas situadas a unas seis millas, hacían funcionar cuatrocientos aviones en un ir y venir constante, descargando sobre un Shanghai desguarnecido, que apenas podía oponer un débil fuego antiaéreo.

Bartley y su amigo Cording acababan entonces de llegar, impulsados por un sentido romántico y juvenil de la justicia. Allí se encontraron con un movimiento de vida nueva que intentaba cohesionar, vertebrar a un pueblo que era como un puñado de arena. A uno de estos movimientos renovadores pertenecía Mawi. Acababa de suspender sus estudios en el “Wellesy College”, de Massachusetts, para incorporarse a la urgente labor patriótica.

Alex se dio cuenta de que Mawi existía cuando, en plena calle, cayó rodando, y, medio aturdido, notó que su cara quedaba pegada a la de otra persona, que también se hallaba echada en el suelo. La polvareda que las explosiones levantaban avanzaba hacia ellos, y un momento quedaron cubiertos por una nube de tierra. Arriba, la huella ronca de los aviones, en un ir y venir impune, como

lanzaderas que estuviesen tejiendo el gran sudario del pueblo chino. Fue entonces, echado como estaba sobre la calle, boca abajo, besando casi la sucia calle china, ciego, por el nubarrón de polvo, que oyó decir al rostro que tenía junto al suyo, en breve pausa que dejaron las explosiones: “¡Cochinas democracias!”. Era una voz de mujer que lo decía en un inglés perfecto, demasiado perfecto para que no se notara que era exótico. Una voz de niña, que maldecía, al tiempo que lloraba.

Cuando la alarma y la nube de polvo hubieron pasado, Bartley se incorporó un poco, y se sentó en el suelo. Se quedó mirando al ser que había junto a él. Dentro de las características de la raza, el rostro de aquella chiquilla no pedía ser más hermoso.

— ¿Te puedo ayudar en algo? —preguntó, temiendo que la muchacha no pudiese levantarse.

Pero, recordando su apostrofe, agregó, irónico:

—Aunque soy americano.

—Ya sé que eres americano —replicó, desabridamente la joven, incorporándose, y quedando también sentada, pero sin mirarle.

Comenzaron a oírse otra vez grandes explosiones, pero lejos, en dirección al puerto.

—Lo que ametrallan esos cerdos no es nuestra carne, sino las esperanzas que teníamos en vosotros —dijo lentamente, mientras se sacudía la tierra que tenía en el vestido.

Y Alex Bartley, que entonces tenía un alma de muchacho todavía, se figuró que aquella niña encarnaba a aquel pueblo lleno de siglos y de sabiduría, y se erguía en su debilidad física ante él, acusándole de que la raza joven no saliera a defenderles.

Alex y Mawi se vieron otras veces. Llegó a haber entre los dos el idilio, pero de un sabor áspero, inquieto. Lo que menos perturbaba su serenidad era la diferencia de razas, a pesar de las ironías del amigo Cording, que cuando los hallaba juntos infaliblemente había de silbar *Madame Batterfly*. Era la fiebre del momento, la vorágine que les envolvía y que, pese a la afinidad de anhelos, por ley natural la reacción que en uno y otro producía era distinta.

Mawi, a veces, llegaba a Alex desalentada.

— ¡Pobre patria mía! Cuando esto acabe, quedará como un perro esquelético, sarnoso, a merced del puntapié del primero que pase.

Otras, sus ojos oblicuos parecían reflejar un mundo maravilloso:

— ¡Nos salvaremos! Dejaremos de ser el puñado de arena individualista...

Pero aquel movimiento al que Mawi se hallaba entregada, había veces que tenía carreras de potro indomado, llevando tras de sí a sus jinetes. En una de estas arrancadas, Mawi desapareció. Por otro lado, Bartley se hallaba entonces en su momento más difícil como aviador. Por dos veces había sentido cerca el aliento de la muerte, como avisándole de la inutilidad de su sacrificio. Muy poco después, fue cuando, terminado el plan que él y su amigo Cording habían concebido, marcharon a Hong-Kong.

Pero allí les aguardaba un enemigo solapado. Por tercera vez Bartley percibió el aliento de la muerte. Su amigo fue el que no pudo escapar.

—Hace tiempo —dijo Mawi Fei, saliendo de detrás del biombo, con el traje de calle a medio abrochar— que tengo el capricho de ir a un restaurante en el que estuve hace años, en una escapada que hice a Nueva York, en mi época de estudiante. Iré esta noche, si tú me acompañas.

—Con mucho gusto —respondió Bartley—. Aparte de que yo tampoco he cenado... Pero ¿es que no trabajas esta noche?

—El gruñón Koestler ha accedido por fin a concederme dos noches por semana.

El que tan temprano pudieran salir de allí, favorecía a Bartley. Aun quiso hacer otra pregunta:

— ¿Y tu “amigo”?

—No viene esta noche. Telefoneó hace un rato.

Eso ya lo sabía Alex. Aquella noche, Herbert Scovell no se sentaría en la primera mesa de la izquierda del escenario, con la bella Mawi Fei, porque se hallaría en su soberbia villa “Cottage”, en Nueva Jersey, asistiendo al acomodamiento de Livia Glemser y su tía Henrietta.

Un poco después, por la puertecilla trasera del escenario, la más sugestiva artista del club “Gala Night” salía arrebujada en su costoso abrigo, cogida del brazo de Alex Bartley.

Arriba, en el camerino, la vieja doncella Wan guardaba las últimas prendas de su ama. Luego, arrastró un sillón hasta colocarlo muy pegado a un diván que había en un extremo de la habitación.

Después de mullir dos almohadones, colocó uno encima del otro, en un extremo del diván; un afelpado batín que colgaba de una percha, lo extendió sobre la improvisada cama. Enseguida, fue hacia donde estaba el biombo, y, después de plegarlo, lo trasladó fácilmente al otro extremo de la habitación.

Terminado esto, la vieja Wan miró en torno. Su rostro asiático tenía la impasibilidad de una mascarilla de siglos, que dijo Bartley.

Lentamente se dirigió a una pequeña puerta que había en un ángulo del camerino, y la abrió. Era el cuarto de aseo. Encima de la cabina que formaba la ducha, se veía una especie de hornacina, por la que asomaban dos grandes y viejos baúles. Allí miró la vieja Wan.

—Yuan Kai —dijo la vieja, en una voz muy apagada, pero que parecía cantar.

Un ruidillo de ratones comenzó a oírse tras los baúles. Un poco después asomó un rostro de hombre joven, de rasgos acentuadamente asiáticos.

—A primera hora de mañana vendré a abrirte la puerta.

— ¡Gracias, mamá Wan! —respondió el joven, con una vocecilla que también parecía cantar—. Que tu Dios te lo premie.

Un poco después, saliendo por la misma puerta trasera en que antes saliera Mawi, la vieja Wan no oyó el saludo del portero, obsesionado su espíritu en torturas: “Solo el Único Dios sabe —murmuró— por qué sus criaturas no pueden andar si no traban sus piernas...”

* * *

Mawi Fei sufrió un desencanto yendo al restaurante que conservaba en su recuerdo. Nada tenía el sabor del pasado; ni los platos, ni la música, ni el local, ofrecían el menor interés. Hasta el dueño, tras el mostrador, en la misma postura que años atrás, parecía otro. Imposible que un hombre, en tan pocos años, pudiese envejecer tanto. Aquello estaba triste, mohoso. Un ramalazo de la guerra lo había apagado. En la pared del mostrador había una gran fotografía de un muchacho vestido de marino. En un extremo del marco, grabado en la madera, un nombre: Borneo. En el otro extremo, una fecha.

A mitad de la cena, Mawi y Alex se quedaron sin apetito.

Decidieron marcharse. Ya en la calle, la bailarina propuso marchar un rato a pie. La noche no era muy fría.

Al salir de la calle Spruce, siguieron andando bordeando el City Hall Park. Sin ninguno de los dos proponérselo, iban metiéndose por los sitios donde la circulación era más agobiante. Andaban en silencio, como succionados por el fragor de vehículos y esplendor de luces, remolineando en la próxima desembocadura de Brooklyn Bridge.

De pronto Mawi se detuvo en medio de la acera y se quedó mirando a su amigo.

—Y bien, ¿cuándo empiezas?

Alex comprendió enseguida a qué se refería, pero quiso disimular.

— ¿Empiezo qué?

—Las pesquisas.

Bartley guardó silencio.

—Esto es un poco triste —siguió Mawi, pronunciando lentamente—; pero cuando se ha vivido de una manera convulsa, luego, al andar sobre los mismos caminos, solo se encuentran ruinas. Cuando nos encontramos en Hong-Kong... ¡Cómo había yo soñado este encuentro!... Cuando nos volvimos a ver después de unos años tan intensos, sin saber uno del otro, me di cuenta de que lo nuestro había quedado también en ruina. Queda solo una amistad, acaso no muy profunda... ni leal...

Esto le hizo daño a Bartley. Posiblemente a ella también. Sin embargo, los dos sabían que, por mucho que hicieran por evitarlo, las cosas, fatalmente, rodarían del mismo modo.

También él se dio cuenta, cuando, hacía unas semanas, la encontró en Hong-Kong, que la imagen que guardaba de Mawi era totalmente distinta a la que bailaba. No obstante, esta de ahora era, sin duda, de una configuración más atrayente a aquella chiquilla en plena formación aún, moral y físicamente, en la que una cultura extraña, no asimilada todavía, pugnaba con atavismos raciales.

Fue al entrar en el “American Club”, yendo con el general Glemser. Acabañan de cruzar el vestíbulo, cuando alguien que se disponía a salir se dirigió, efusivo, al general:

— ¡Mi querido amigo!

Era Herbert Scovell. La dama que iba con él quedó un poco

rezagada. Era Mawi Fei, pero Alex no la reconoció. Un poco después, los cuatro se hallaban sentados en uno de los salones del club. Mantenían una conversación lánguida, indiferente, cuando, de pronto, como si la presencia de la dama y de Bartley estorbase otra conversación más interesante, Scovell y el general se consultaron un momento en voz baja, y enseguida Herbert se dirigió a la dama... Pero ella apenas le dejó hablar.

—Sé lo que quieres decirme: que estorbo —manifestó con voz resuelta, pero sin enfado—. Acaso con este caballero también ocurra lo mismo.

Y se quedó mirando a Bartley con una alegría y un interés que él no se podía explicar.

—Esto puede quedar resuelto enseguida... ¿Conoce usted la ciudad? Me ofrezco como guía.

— ¡Acepto! —exclamó Alex, sin apenas pensarlo y poniéndose de pie como por un resorte.

— ¡No iba usted a aceptar! —masculló el general, al tiempo que observaba detenidamente a la coqueta dama china, reconociendo que, además de bella, sabía llevar con naturalidad los aires de la aventurera occidental.

El Hong-Kong de después de la guerra era una sala de espectáculos atiborrada de público, en la que se oían gritos, exabruptos, risas, canciones, olor a sudor, emanaciones nauseabundas y vaharadas de los más refinados perfumes; todos los idiomas, todas las contexturas raciales pululando en un codo a codo por calles sucias, con el griterío de los vendedores pregonando las más absurdas mercancías; el vocerío de los que arrastraban los cochecitos con que transportaban a turistas de conciencia sorda, solo atentos al pintoresquismo del espectáculo; el plañir inmenso, como una hoguera, de los mendigos; la baraúnda de cláxones y bocinas anunciando el paso de coches flamantes, último modelo...

Aquel espectáculo, para Bartley, apenas si tenía novedad. Pero yendo con aquella dama hermosa, revestida de los más delicados refinamientos, la situación tenía un nuevo incentivo. Hong-Kong era el conglomerado donde más brutalmente destacaba el taimado contacto occidental con el Oriente. Inmensas fortunas con un preclaro cuño inglés o americano, habían sido formadas en estos arroyos turbulentos, negociando con el opio.

En un cruce de calles, se vieron de pronto con todo el tráfico detenido. En las aceras, en los balcones y ventanas, centenares, miles de espectadores miraban hacia un punto determinado de la calle. Allá abajo había dos furgonetas de la policía. De una casucha situada enfrente, estaba saliendo una hilera de hombres. Alex comprendió enseguida: un fumadero. Antes de la guerra el opio estaba legalizado. Ahora, no. Pero el mismo número de fumaderos que había antes en la ciudad, existían ahora, si no más. La prohibición servía solo para que los ingresos de los traficantes y del Gobierno fuesen mayores.

— ¡Cochinas democracias!... —oyó exclamar a la dama.

Bartley se volvió sorprendido, y se encontró con los ojos oblicuos fijos en él.

— ¡Mawi!...

Y al reconocerla en todo el esplendor de su belleza, del lujo y dominio de la vida, le dio pena. Él hubiera querido encontrarse con aquella otra, la chiquilla tumbada en medio del arroyo, que levantaba su cara llena de tierra y se quedaba mirando a un cielo lleno de gruñidos de motor. Entonces su exclamación sí que hacía daño.

Solo estuvieron juntos aquella tarde. Lo suficiente para que uno y otro se dieran cuenta de que hubiera sido mejor no volver a encontrarse. Quedaron en verse al día siguiente. Ella le dio, además, sus señas en Nueva York, donde iba a actuar de bailarina en uno de los más elegantes clubs de Broadway.

Pero al día siguiente no pudieron verse. Inesperadamente el general le manifestó la necesidad de trasladarse al interior del país con toda urgencia. Esto contrarió a Bartley, No por Mawi en sí, sino por la relación que existía entre ella y Scovell. Algo que no sabía concretar le había advertido por primera vez que se estaba acercando al hombre tanto tiempo buscado.

* * *

Fue ella misma quien planteó la cuestión directamente:

—Tú quieres saber de Herbert.

—Sí —confesó Bartley—. Quisiera conocer qué clase de asuntos pueden hacer que un hombre de la posición de Scovell se desplace a puntos como Hong-Kong y a sitios todavía más incómodos.

—Me permito aconsejarte que no intentes ponerte en el camino de hombres como Scovell. Es muy peligroso.

Alex replicó, sonriente:

—Me siento tentado a aplicarte las mismas palabras, Mawi: te hallas metida en un mal paso... aliándote con hombres como Scovell.

Él parecía esforzarse en no dar importancia a las palabras. Sin embargo, Mawi no ocultó que aquello le había afectado.

— ¿Qué quieres decir?

Y se le había colocado delante, reteniéndole de un brazo y escrutándole el rostro.

—Quiero decir —contestó Bartley, sonriendo todavía, y queriendo rehuir la respuesta— que me siento ya cansado de andar. Llevo dos noches sin dormir. ¿No podíamos sentarnos en cualquier sitio? ¿No tienes otra preferencia por cualquier rincón de tus tiempos de estudiante?

—No. Todo lo encuentro triste y feo. Vayamos a cualquier club.

Tomaron un taxi, y durante un largo trayecto los dos permanecieron callados.

—En tu país he llegado a tener bastante relación con una gran amiga tuya —dijo él—. Esposa de un jefe de Estado Mayor de la fracción nacionalista. Una mujer muy interesante. Se llama... A ver si me acuerdo... Madama Wu So Lin. ¿La conoces?

— ¿Qué clase de amistad has tenido con ella? —preguntó, sin volverse a mirarle.

Dentro del taxi, apenas si podían verse los rostros, pero antes de contestar él hizo un cómico guiño lleno de picardía, como si Mawi pudiera verlo.

—Bastante interesante, puedes creerme.

Desde luego Mawi le creía, tal vez más de lo que Bartley hubiese deseado.

Momentos después, el taxi se detenía en el punto que Mawi había indicado. Cuando se apearon, Bartley se detuvo unos instantes observando el abigarrado exotismo con que estaba vestida la fachada de aquel club. Pero a medida que fueron introduciéndose en el establecimiento, los exornos más dispares les salían al paso, en una confusión que en Bartley comenzó a producir malestar, como sintiéndose bajo la concepción de un loco. Era como si, queriendo

responder al título de la casa, “Race’s Club”, hubieran agrupado las características de cualquier manifestación artística, sin importar raza ni tiempo.

Al final del espacioso vestíbulo, erguía-se un monstruo quimérico, de aspecto horrible, de cuyo tronco surgían varios brazos, y cada uno de ellos indicaba un camino.

— ¿Cuál escogemos? —preguntó Mawi.

—El tuyo —respondió Bartley, sin vacilar.

Y se introdujeron por el florido corredor que conducía al salón del lejano Oriente. Cuando llegaron a la última puerta, dos lindas chinitas les quitaron el calzado y les pusieron una especie de babuchas de seda. La sala estaba dividida en varios compartimientos con tabiques de cañas de bambú entrelazadas. En un ángulo de la sala sonaban unos instrumentos, muy apagadamente, como la musiquilla de un reloj que sonase desafinada.

Mawi y Alex se sentaron en uno de los reservados, sobre mullidos almohadones. La muchacha china que al entrar les había llevado hasta allí, quedó aguardando, esperando órdenes.

— ¿Me dejas que sea yo quien decida lo que hemos de tomar? —preguntó Mawi, mirando a Alex... súbitamente ilusionada.

Él se encogió de hombros. Entonces Mawi se dirigió a la muchacha y le habló en su propio idioma. A cada palabra de Mawi la empleada hacía una leve reverencia y poco a poco en su rostro impasible fue plasmándose un gesto risueño. Un momento la chinita se atrevió a levantar la mirada del suelo para fijarla en Alex. Su alegría pareció acentuarse.

—Espelen los dignos señoles —dijo la chinita, haciendo una profunda reverencia y marchándose a saltitos.

— ¿Qué le has pedido? —preguntó Bartley, que no había entendido nada, y parecía intrigado por los gestos que hizo la empleada.

—Confíate a mí —contestó Mawi Fei, cada vez más alegre.

A Bartley no le pasó desapercibida la transformación que se acababa de operar en su amiga. A poco de salir del “Gala Night”, uno y otro habían estado viendo como languidecía aquella entrevista, como uno y otro se iban sintiendo más extraños. Lo que Bartley en un principio había considerado una ventaja, el creer que,

por haber tenido relación íntima, con Mawi, su misión sería más fácil, en el momento de realizarla sucedía lo contrario. De no ser Mawi, Bartley ya la hubiera detenido. Tenía medios suficientes para hacerlo. Y motivos. El solo hecho de figurar como amante de Herbert Scovell y acompañarle en sus extrañas escapadas a Oriente, bastaba. Pero Alex tenía la seguridad de que en ella existía algo más grave que el ser despreocupado cómplice de aquel hombre.

En Bartley se estaban produciendo dos corrientes contradictorias, y él mismo se daba cuenta. Por un lado le desagradaba la posibilidad de llegar al convencimiento de que aquella Mawi romántica, cuando la invasión de los japoneses; aquella que parecía todo espíritu, una llama encendida en la reincorporación de la patria, hubiese desaparecido definitivamente, y la única realidad fuese esta: la muñeca de lujo de un aventurero, completamente captada por la frivolidad de Occidente.

Pero, por otro lado, en momentos tan decisivos, no querría encontrarse con aquella otra Mawi, la que ardía en holocausto a un ideal, porque entonces, él mismo, Alex Bartley, agente especial al servicio del Estado norteamericano, sería uno de los que contribuirían a llevarla a la silla eléctrica.

Apareció la chinita trayendo una bandeja en la que llevaba dos tacitas y varios jarritos de porcelana. El jarrito más grande tenía debajo una especie de infiernillo, en el que ardía un algodón empapado de alcohol.

—Pero ¿qué es esto? —preguntó Alex, sorprendido de tanto cacharro.

Mawi, mientras se ocupaba de ir volcando en las tazas el contenido de los jarritos, contestó a Bartley en chino.

—Pues me he quedado igual —replicó él, cruzándose de brazos, un poco fastidiado. Además, aquello de sentarse en el suelo, si bien otras veces le pareció muy cómodo, ahora no.

—La traducción aproximada... —empezó a decir Mawi, muy lentamente— es... regresar... La alegría. No quiere decir la alegría precisamente, ni tampoco la felicidad... Pero en vuestro idioma no encuentro vocablo más adecuado.

Del último jarrito que puso en las tazas fue el que tenía el algodón encendido. Mawi cogió una y la ofreció a Bartley. Pero este vaciló.

—No pensarás que voy a envenenarte —manifestó ella, soltando una carcajada.

Era la risa más entera que Alex le había sorprendido aquella noche.

—Elige la que tú quieras —y dejó las dos tacitas juntas.

—Vamos a ver qué pasa —exclamó Bartley, contagiado de la alegría de Mawi.

Y cogió la taza que la artista le había ofrecido.

* * *

Al intentar cambiar de postura, notó en las piernas una laxitud extraña. No era aquel un estado de embriaguez; más bien su hiperestesia era semejante a la de ciertos consumidores de drogas, y especialmente los fumadores de opio: un trastorno orgánico casi imperceptible, solo notado por el bienestar, la lucidez intelectual y el refrescamiento de ideas y afectos que parecían definitivamente cubiertos de herrumbre. Ese estado eufórico logrado en su medida exacta: ni más allá, ni demasiado acá: lo que los expertos fumadores llaman “el punto del opio”.

“Me he dejado intoxicar por Mawi... —resumió Alex, con una prontitud relámpago—. Y mi propósito era sondearla, y luego llevármela detenida.”

La cosa debía de tener mucha gracia, porque, de repente, Alex prorrumpió en carcajadas. La bailarina le miraba atentamente. Sus ojos oblicuos tenían ahora un brillo extraordinario.

— ¿De qué te ríes, Alex? —preguntó, dulcemente, Mawi.

Y al tiempo que hacía la pregunta, ella pensaba: “Sí, regresa la alegría... ¡Mi querido Alex! Veo otra vez en tu rostro aquella risa de niño...”

En el círculo alfombrado que había en medio del salón, acababan de irrumpir tres hermosas muchachas semidesnudas, que empezaron a evolucionar al compás de una extraña música.

—Si tú bailarás aquí, desplazarías a todas esas —manifestó de pronto Bartley—. ¡Hazlo! Tu cuerpo es más bello... y tienes más arte que todas juntas.

Había aproximado su rostro hasta casi tocar el de ella. Un instante los ojos de ambos parecieron estar buscando una comunicación lejana, imposible.

—Un tiempo —empezó a decir Mawi— yo trabajé aquí. Pero entonces conocí a Scovell...

Por la actitud, y por la voz, parecía que iba a referir algo muy extenso. Pero de repente cambió de parecer. Fue en el preciso momento en que un hombre asiático, elegantemente vestido, se aproximó a donde estaban ellos. Se quedó mirando a Mawi y la saludó con una leve inclinación de cabeza.

Algo muy importante debió de comunicar el recién llegado, porque la artista pareció impresionarse mucho. Bartley, mientras, miraba a ambos, queriendo descifrar lo que se estaban diciendo en aquella incomprensible jerga.

Cuando, por fin, tras otra leve reverencia, se marchó el desconocido, Alex preguntó:

— ¿Qué habéis estado hablando?

Él hubiera querido que su voz saliera enérgica, reflejando todo el enfado que sentía, pero nada de eso ocurrió. Su voz, incluso su actitud, no podían ser más amables.

—Tengo que irme —dijo Mawi.

—Voy contigo.

—No. Espérame aquí... No tardaré.

—Tú no puedes separarte de mí —insistió Bartley,

Y, al decir esto, en su ánimo tenía la intención de darle a entender que ella estaba supeditada a la voluntad de él, por algo más que por el afecto que en ambos pudiera existir. Él, Alex Bartley, agente en misión especial... Pero ¿era posible que tan estúpidamente lo hubiese echado todo a rodar? ¿A que resultaría, a fin de cuentas, que el difunto general Glemser tenía razón? Todo parecía de repente colocársele delante para acusarle de irresponsable, manejable por cualquier viento. Ya antes de entrar en el "Race's Club" Bartley advirtió que su entrevista con Mawi no se desarrollaba como él hubiera querido. Y, no obstante, no hizo ningún esfuerzo por que las cosas tomaran otra trayectoria. Sin motivo que lo justificase, tenía la esperanza de que todo cambiaría. Más concretamente, las huellas que apuntaban hacia Mawi, sin saber por qué, esperaba que de un momento a otro cambiaran de dirección, quedando ella indemne. ¿Por qué esto? ¿Es que de veras estaba enamorado de ella?

—Iré contigo —repitió Bartley.

Ella clavó sus brillantes ojos en él, escrutándole en silencio. Algo muy vivo se acababa de encender en los ojos oblicuos. Una idea irrumpida en su cerebro como una llamarada, irradiando a todos los rasgos de su rostro, transfigurados en una rara exaltación.

—Sí, acompañante. Vamos a casa.

Y, poniéndose de pie, le tendió las manos, para ayudarle a levantarse. Bartley quiso incorporarse por sus propios medios, pero no pudo, y riendo a carcajadas, aceptó la ayuda que le ofrecía Mawi.

Si Bartley hubiera sabido con quién iba a encontrarse en casa de Mawi Fei, hubiera preferido cualquier cosa antes que presentarse en aquel estado.

Capítulo VII

LA SOSPECHA

Aquella mañana Bartley había ganado mucho en la estimación de Livia. Su intervención para librarla del peligroso desconocido había sido lo suficientemente arriesgada para que quedase encuadrada como un hecho fuera de lo vulgar.

Durante el rato que los dos permanecieron solos en la biblioteca, mientras Livia le curaba iba estudiando el temperamento de aquel hombre, esforzándose por distinguir lo que había de ficticio, de banal en aquella vivacidad que parecía demostrar, y lo que de espontáneo y noble pudiese haber en su fondo.

Livia adoraba a su padre. Casi lo tenía convertido en un dios. Siempre lo había considerado infalible en sus juicios, pero esta vez Livia se sentía propensa a creer que, tal vez, su padre había sido excesivamente severo juzgando a aquel joven.

Esto ocurría en el momento en que terminaba de vendarle el brazo a Bartley. Entonces entró el inspector, y un poco después, Scovell.

El estado de ánimo de Livia cambió de repente. Y no porque al hacer funcionar el resorte de la mesa comprobase que los documentos habían desaparecido.

En realidad, aquello le preocupaba poco, porque lo esencial, el documento que indicaba los puntos dónde se podían conseguir pruebas en cualquier momento, se había salvado. Así por lo menos lo suponía Livia, pero guardó silencio, no queriendo comprobarlo delante de testigos. Los datos estaban plasmados con letra menudita en las márgenes de determinada página de cuatro tomos de la voluminosa enciclopedia. Aquello había sido dispuesto por su padre, sin que Livia interviniera para nada. Solamente le dijo, cuando hubo terminado: “Si llegase a ser precisa tu intervención, recuerda esto: página correspondiente a las tres últimas cifras del año en curso. Tomos, los de tu nombre”.

Mientras Scovell. Alex y el inspector Rowley partían muy intrigados por la desaparición de los documentos, Livia, con un

acertado gesto de desaliento, permanecía callada, pero toda su atención se hallaba en observar a escondidas la posición de los tomos de la enciclopedia, alineados en la enorme estantería. Su interés iba dirigido a los primeros tomos, correspondientes a las letras A, I, L y V.

Casi se alegraba Livia de que hubiesen llegado el inspector y Scovell, porque a solas con Alex posiblemente no hubiese sabido mantener aquella reserva. Una de las máximas de su padre era: “No es bueno desconfiar de todos. Pero sí es prudente no fiar mucho en nadie”.

Cuando Scovell le propuso trasladarse a “Cottage”, la primera intención de Livia fue negarse rotundamente. Luego, optó por una respuesta, ambigua.

Livia nunca había llegado a apreciar del todo a Herbert. Ni siquiera de pequeña, cuando tan asiduamente él iba por casa, recién muerta su madre. Aparecía cargado de regalos, y ella, se le abrazaba, le llamaba “tito”, pero siempre en su afecto, había una tara que la impedía quererle sin reservas. Luego, ya mayor, supo por tía Henrietta lo que había sucedido con sus padres y Scovell. Esto pareció conmoverla profundamente, y durante algún tiempo su inclinación hacia Herbert llegó a tener un tono apasionado. El primero en sorprenderse fue Scovell. Y un día en que la muchacha, en uno de sus arrebatos, le cogió fuertemente de la cabeza y le besó, Scovell, el omnipotente Herbert Scovell quedó cabizbajo, temblando lleno de azoramiento. Sus ojos grises tuvieron un instante vidrio de lágrimas. “¡Cuán tarde llega este beso!...”, murmuró.

No tardó mucho en apagarse aquella hoguera, con la misma rapidez que había brotado. Y de nuevo la situación de antes, el afecto incómodo, sentido con reservas.

Y últimamente, aquella relación entró en una etapa todavía más fría. Sin que ella ni su padre hicieran comentarios a este respecto, tácitamente ambos parecieron distanciarse de Scovell. Sin embargo, Livia ignoraba todo cuanto pudiera haber de punible en las actividades de Herbert.

Precisamente ahora, en el momento en que Scovell insistía para que se trasladase al “Cottage”, y permaneciera aparte del barullo que la muerte de Glemser iba a producir, al replicar Livia: “¡Pero Herbert! ¡Se trata de mi padre!”, fue cuando recordó algo ocurrido

la noche anterior, y en la que hasta este instante no se había fijado.

Fue en la Opera. Al terminar el primer acto. Livia se volvió a su padre: “Ahí está Herbert, y creo que va a venir a saludarte.” “No deseo que lo haga”, replicó el general. Un momento después, Herbert entraba en el palco de Glemser. Su padre lo recibió con una frialdad tan acusada, que a Livia misma le fue penosa, y trató de desvirtuarla. No obstante, Scovell no pareció afectarse lo más mínimo. Muy al contrario, su afectuosidad era extremada como nunca. Un rato permaneció sentado junto a la boca del palco, medio de cara al público, y por la cosa más nimia reía estruendosamente.

Cuando Scovell se fue, Livia sorprendió en su padre este comentario: “De poco te va a valer que nos hayan visto juntos.”

¿Por qué Livia no le pidió entonces a su padre que le aclarara el sentido de este comentario? Acaso el general no hubiese sido reservado tratándose de Herbert, cuyas inclinaciones hacia Livia no desconocía su padre. O posiblemente por ello, por no hallarse seguro de los sentimientos de su hija con respecto a Scovell, es por lo que tal vez no le hubiese revelado nada. De todas formas debió intentarlo. Ahora lo comprendía, cuando ya no había remedio.

Allí, en la biblioteca, delante de los agentes y de Scovell mismo fue cuando Livia tuvo la primera sospecha.

—Decídete, Livia —insistía Herbecí—. En “Cottage” estarás magníficamente.

Y Livia hacía unos movimientos vagos de cabeza, queriendo ocultar la turbación que aquel principio de duda acababa de producirle. Lo que más deseaba en aquellos instantes es que la dejaran sola, para poner orden a la avalancha de ideas que la estaban atormentando. ¿Por qué insistía tanto Herbert en que fuera a su finca? Él no ignoraba que ella había intervenido en la preparación del informe. ¿Temía que supiera demasiado?

Un momento Livia se sintió débil. De súbito Herbert se le aparecía un monstruo lleno de poder, a merced del cual iba a quedar ella. Herbert la quería, y hasta en este sentimiento ella vio un motivo para acusarle. Los disparos habían ido exclusivamente a su padre. ¿Por qué no, también, a ella?

—Sí, Berberí. Seguramente iré... pero más tarde... Ahora estoy muy fatigada... Quisiera quedar sola.

—Lo que dice la señorita está muy puesto en razón —intervino

Bartley.

—Sí, vámonos —dijo el inspector Rowley—. De momento no tenemos nada que hacer aquí. En cuanto a usted, señorita, descanse tranquila. Dejaremos vigilancia en torno a la casa... Pero no vaya a gastarnos otra jugarreta.

Scovell no parecía muy decidido a salir con los agentes.

—Quiere estar sola —recordó Bartley— y usted debe mirar por complacerla.

Esta vez Scovell sí que percibió la ironía que encerraban las palabras de aquel entrometido agente.

Alex procuró ser el último en despedirse de Livia:

—Haga caso de la recomendación del inspector. Le pedía costar cara cualquier imprudencia... y hay quien no se consolaría nunca.

Y un momento permaneció suspenso, contemplando la hermosura que encerraba el rostro de Livia.

—En cuanto a la desaparición de los documentos, no se preocupe mucho. Tal vez nos arreglemos sin ellos.

Y salió precipitadamente porque ya afuera llamaba el inspector, con sorna:

— ¿Todavía no, Bartley?

* * *

Horas después, Alex Bartley hacía las confidencias de su romántica intervención en la contienda china, a su amigo el inspector Rowley.

Antes de las tres salieron del hotel y se dirigieron al barrio de Greenwich.

En el bar que hacía chaflán a la calle Gansevoort se detuvieron. El establecimiento estaba cerrado, y frente a la casa veíase algún corrillo de curiosos que comentaban la refriega habida aquella, madrugada en los sócanos del bar.

Un agente se hallaba de guardia. Al ver a Rowley abrió media puerta del establecimiento.

— ¿Alguna novedad? —inquirió el inspector.

—Nada... Únicamente los dueños, que por momentos parece que van a morirse. Masters está ahora con ellos. Nos dan la impresión de que en realidad no tienen nada que ver en el asunto.

Y se quedó mirando el rostro de Rowley, para leer en él. Pero el

inspector había puesto un gesto ambiguo.

Rowley y Alex entraron en el bar. Luego subieron por una estrecha escalera situada en el fondo del local.

Antes de llegar al departamento grande que servía, de vivienda a los dueños, había una habitación utilizada como almacén. Entre dos pilas de cajones se veía un camastro.

El inspector y Alex estuvieron unos momentos en la habitación, y enseguida salieron. Un tramo más arriba les aguardaba el agente Masters.

— ¿Qué hay, inspector?... ¡Hola, Bartley!

— ¿Qué tal esas buenas personas? —preguntó Rowley, súbitamente jovial.

—Esperan a usted como si aguardasen a Dios. Están desesperados. Yo no sé ya que decirles...

—Vamos a ver.

El matrimonio dueño del bar, al oír la voz, del inspector, había saltado de sus mecedoras, armando gran estruendo, y corría al encuentro de Rowley. Los dos eran muy altos, de bastante edad, y parecía inverosímil que pudieran correr tanto con lo gruesos que estaban.

— ¡Señor inspector! ¡Por fin!... ¿Qué?

El hombre se atragantaba, y ponía unos ojos tan desorbitados, que casi daba horror.

— ¡Díganos! ¡Díganos!... ¡No se nos cree cómplices! ¿Verdad?

— ¡Por favor... diga que no iremos a la silla eléctrica! —gimió la mujer.

Y las dos montañas de grasa, a la sola mención de la silla, vibraron con la elasticidad del alambre.

Los tres agentes se miraron.

—Así estoy aguantándoles más de dos horas —suspiró Masters.

Rowley sonrió:

—Vamos, señores. Ya son ustedes mayorcitos para no comportarse como niños... Siéntense.

—Pero... —y la voz del marido sonó aplastada por una angustia de muerte.

—Siéntense y callen mientras no les pregunten... El hecho de no haber sido ustedes detenidos debía darles a entender que no hay nada en contra suya... Pero de momento es necesario tenerlos

aislados, por conveniencia de ustedes mismos. Vamos, a ver: Esta mañana me han dicho ustedes que el camastro que hay en la habitación de abajo lo utilizaba un muchacho....

—Nuestro criado Yuan —dijo la mujer.

—Yuan Kai, un muchacho chino—amplió el hombre—. Lo teníamos recogido. Era huérfano.

—Sí —asintió el inspector—. ¿Y podrían ustedes decirnos cómo murieron su padre y sus hermanos?

—En la guerra —contestaron los dos casi a un mismo tiempo.

— ¿Qué guerra?

—Pues en la de China —y al ver el gesto de inspector, el hombre agregó—: Eso por lo menos nos tenía dicho Yuan...

— ¿Qué no es cierto, señor inspector? —inquirió la mujer—. Pues Yuan era un buen chico... a pesar del disgusto que nos ha traído a casa. ¿No lo han cogido todavía? ¡Pobre muchacho! ¡Por qué se metería en esto!

— ¡Déjate de preocuparte por él! —cortó el marido secamente—. Bastante tenemos con lo nuestro. Si escapamos de esta, al diablo el bar. Nos marchamos a Kansas, quieras tú o no quieras. ¡En mala hora salimos de nuestra aldea!

—A tiempo te lo dije, Henry.

Rowley comenzaba a impacientarse:

— ¡Por favor! De sus planes ya tratarán luego. Ahora me interesa saber si siguen ustedes sin recordar haber visto nunca en su establecimiento a los dos individuos que se han suicidado en los sótanos.

Las dos montañas de grasa comenzaron de nuevo a agitarse.

— ¡No, señor inspector! ¡En la vida los hemos visto! Lo estamos diciendo todo el día... Sería Yuan quien los metería allí...

Rowley miró el reloj.

—Bien. Voy a dejar a ustedes. Aquí el amigo Masters seguirá acompañándoles, incluso podrá aconsejarles con respecto a sus futuros planes. ¡Vamos, Bartley!

Y socarronamente, simuló mayor prisa de la que tenía, rehuyendo la mirada furibunda que le dirigía su subordinado.

Ya bajando la escalera, dijo:

—Masters: De momento que siga todo lo mismo. Ya recibirá instrucciones...

Rowley y Alex estuvieron unos momentos en los sótanos.

—Cuando íbamos a entrar, dos habían escapado escaleras arriba, en busca de las azoteas, mientras otros dos, apostados en la entrada del sótano, nos mantenían a raya. Desde luego se portaron bravamente —refirió el inspector.

—¿De veras se suicidaron?

—Sí. Cuando ya los habíamos malherido. Creo que ya tengo idea a qué secta pertenecen... Gente fanática que cuando se les indica un objetivo se vuelcan sobre él, sin reparar en medios.

—Que taimados como Scovell aprovechan para sus fines.

—Exacto.

Ya en la calle, el inspector y Alex se dispusieron a tomar rumbos distintos. Antes del anochecer, el inspector, con varios de sus hombres, tenían que hallarse en las inmediaciones de la villa “Cottage”, en New jersey, donde Livia y tía Henrietta iban a disponer de un esplendoroso alojamiento que galantemente les había ofrecido Herbert Scovell.

—Me hubiera gustado que me acompañaras allá. Es extraño que no intentes un pretexto para venir —dijo el inspector, teniendo en cuenta la atracción que Livia ejercía sobre Alex.

—No sea usted malo —rio Bartley—. No quiero ocultarle que, de no creer importantísimas las gestiones que pienso realizar esta noche, inventaría cualquier excusa por acompañarle.

Alex tenía que ir al “Gala Night”, para entrevistarse con Mawi Fei.

—Vas a estar con la amante de Scovell, mientras él mete en su guarida a tu adorada —bromeó el inspector.

—Pero estaré tranquilo porque confío en que usted sabrá guardármela.

Sin embargo, en el momento de estrecharse la mano, en despedida, parecía un poco nervioso.

El inspector le golpeó en un hombro:

—Vete tranquilo... ¡Ah! Y puedes estar seguro de que no me chivaré a Livia.

—¿De qué? —preguntó sorprendido Alex.

—De que vas a hacerle el amor a la bella Mawi Fei.

Capítulo VIII

LA SECTA

Cuando el inspector Rowley casi afirmó conocer la procedencia de los dos hombres muertos, no hizo más que repetir un concepto que él y Bartley ya habían compartido, a poco de ocurrir el atentado.

Un hecho como aquel, en la forma que se desarrolló, solo unos fanáticos podían cometerlo, ciegos totalmente a las represalias que de aquello se podían derivar.

Infinidad de huellas parecían indicar a Scovell como inductor. Pero si Scovell tenía poco de idealista, era, sin embargo, bastante poderoso y hábil. No obstante, Alex y el inspector estaban convencidos de que más pronto o más tarde Herbert quedaría envuelto en sus mismas redes.

Otra cosa era lo que se refería a los locos idealistas. Antes de que la guerra terminara, Norteamérica comenzó a sentir la presencia de infinidad de sectas, todas con su objetivo más o menos ilusorio, como una descarga a la brutal realidad en que la guerra les había sumergido.

Una de las que más se hacían sentir, a medida que la postguerra avanzaba y se perfilaban las diferencias de unos y otros Estados, era la secta que combatía la política norteamericana en Extremo Oriente.

No eran solo los asiáticos residentes en los Estados Unidos los que se apasionaban y entregaban su vida por la reivindicación de sus derechos, sino elementos de raza blanca, norteamericanos cien por cien pertenecientes a distintas clases sociales se sentían arrastrados a tomar parte en esa embrollada empresa.

Mientras tanto, en China, vencido el Japón, el ejército nacionalista se enfrentaba con un inmenso pueblo depauperado, fraccionado en poderosos núcleos rebeldes.

Un gran sector de la vida norteamericana combatía al general en jefe nacionalista. Consideraban que su táctica no tenía un sentido de la realidad del pueblo chino. Les parecía tan falsa y llena de

errores como la empleada hasta entonces por los blancos. Importantes periódicos norteamericanos no dudaban en poner en primera plana el contraste de los despilfarros de madame Chiang-Kai-Chek, en el más lujoso hotel de New York, con la miseria del pueblo que decían conducir. Todo esto no podía más que favorecer la influencia soviética. Y eso era lo peligroso.

El inspector Rowley sabía que si tenía que enfrentarse con estas sectas, la labor estaría erizada de dificultades. Sus organizaciones estaban montadas sobre un sistema tan fragmentado, que el apresar un eslabón no suponía tener la pista de toda la cadena.

El espíritu de sacrificio, la mística que imbuía a estos individuos era en algunos casos tan extremada, que el inspector solía decir en broma, pero en realidad impresionado:

—Tanto hablar del espíritu asiático... Quitada la coleta, el blanco resulta más chino que el chino...

* * *

Blancos eran precisamente los que habían caído en el atentado del general Glemser, y blancos los que suponían la vértebra de aquella secta.

Por lo menos, en la reunión secreta que tuvieran a las pocas horas de ocurrir el atentado y de conocerse el aniquilamiento de dos que habían tomado parte, los que llevaban mayoría en los reunidos eran blancos.

De los ocho que componían la reunión, solo figuraban dos asiáticos. Tres, contando aquel muchacho dormido sobre el jergón que había en un ángulo del sótano. Era Yuan Kai.

Se hallaban en el sótano de un modesto restaurante emplazado cerca del puerto.

Lo Ta Wei, un joven chino de indumentaria perfectamente occidental y correcta pronunciación yanqui, acababa de tomar la palabra, apasionándose a medida que avanzaba en su peroración.

—Lo advertí a tiempo —y se dirigía principalmente a un individuo un poco calvo, de cara ancha y facciones rudas, llamado Read—. Kent era demasiado impulsivo y no quiso hacerme caso. Tú tampoco, Read. Recuérdalo.

El individuo de la cara ancha permaneció impasible.

—Yo ya sabía que a Scovell empezábamos a estorbarle —siguió

Lo Ta Wei—. Y cuando Kent me habló del atentado que habían planeado él y Scovell, me convencí que era una trampa preparada por Herbert. De un mismo golpe aplastaba dos cabezas. Conozco su táctica. A nosotros nos designa para atacar al general. Él, mientras tanto, reserva para los suyos el asalto al domicilio, para hacer desaparecer los documentos que le conviene. Aseguró que guardaría la retirada a los nuestros. Scovell tenía convenido con Kent ir a recogerles en el momento oportuno. Solo él conocía su refugio de la calle Gansevoort... Allá duerme otra víctima de Scovell.

Y señaló al jergón en que se hallaba echado Yuan Kai.

—Su padre y sus hermanos fueron aniquilados por él. Entonces la situación nos obligaba a permanecer pasivos. Scovell era insustituible para burlar los controles y aportar armamento a los nuestros.

Hizo una pausa, para agregar enseguida:

—Pero ya todo ha cambiado. Por un lado, el difunto Glemser ha puesto a disposición de los poderes americanos suficientes datos para que las rutas de Scovell queden cerradas, y por otro, los nuestros ya no se encuentran en la situación de inferioridad en que se hallaban al principio. Scovell tratará por todos los medios de lanzar sobre nosotros las represalias. Herbert va a lanzar sobre nosotros a todos sus hombres, aparte la acción de la policía. Yo creo que es el momento de que nos adelantemos.

Hubo un pequeño silencio.

—Lo Ta Wei —dijo Read, lentamente, y con voz fosca—. Yo estoy conforme en todo contigo. Y te felicito por tu generosidad al justificar con delicadeza que no interviniéramos cuando los familiares de aquel muchacho sucumbieron. Todo lo que has dicho, si lo hubiéramos manifestado uno de nosotros lo hubiéramos hecho con el temor de parecer egoístas, preponiendo la acción cuando eran los de nuestra raza los caídos. Pero no son momentos de detenernos en reparos tontos. La situación es como tú has dicho. Scovell va a lanzar todo su poder y mala fe sobre nosotros. Vamos a adelantarnos. Y con habilidad. Kent nos señaló la táctica. Cuando la policía nos ataque, mantenerlo a raya mientras nos sea posible. Cuando ya no quede más remedio que matar o morir, elegiremos morir. Mientras quede uno en pie, debe seguir esta norma. Lo contrario sería predisponer a los organismos oficiales a que tomaran

con nosotros una actitud más severa, y la acción de las otras sectas sería imposible.

Dejó una pausa larga, para que cada uno tuviera tiempo de medir el valor de lo que se acababa de decir.

— ¿Alguna objeción? —preguntó Read.

Todos permanecieron en silencio

—En cuanto a Scovell y los suyos —agregó, en otro tono de voz y sonriendo—, inútil es decirlo. La táctica a seguir será guerra sin cuartel.

Tiempo después esto haría repetir al inspector Rowley su frase de estupefacción: “Más chinos que los chinos.”

* * *

Tan pronto los seis reunidos salieron del sótano, el muchacho tendido en el jergón se incorporó.

Momentos antes, parecía profundamente dormido.

Yuan Kai permaneció unos instantes escuchando los pasos que se alejaban

Luego levantó una punta del jergón. Debajo apareció una pistola. Estuvo unos momentos examinándola y enseguida se la sujetó a la cintura, debajo de la ropa.

Cautelosamente se dirigió a la puerta de salida...

Capítulo IX

EL HOMBRE PEQUEÑO

Casi sin darse cuenta de lo que hacía, abrió la puerta del despacho y salió.

McCullers atravesó una espaciosa sala en la que había varias mesas-escritorio, ficheros, un fluir de máquinas de escribir y contar. Al pasar junto a la centralilla, la telefonista le llamó:

— ¡Señor McCullers!...

Se volvió a mirar a la empleada. Estaba harto de oír todos los días su monótona voz, pero nunca como en aquel momento le fue tan antipática.

— ¿Qué sucede?

—El señor Scovell pregunta por usted... Telefonea desde el Departamento número Ocho.

—Dígale que le espero en casa.

Aquello acabó de ponerle de mal humor. Más todavía: el anuncio de que Scovell iba a verle, le había puesto en el ánimo una sensación aciaga, un deprimente disgusto a la vida.

Por la mañana ya había estado Scovell a verle. El recuerdo de la entrevista le llenaba de angustia. Tuvieron una escena violenta. Scovell le había dejado entrever la posibilidad de que McCullers se viese complicado en el asesinato de su cuñado.

— ¡Pero Dios mío... eso no puede ser! ¡Di que no puede ser!

Y se había lanzado casi a los pies de Scovell, lleno de asombro y terror.

Pero el otro, imperturbable, continuó:

—Posiblemente ese informe, o las pruebas que lo apoyaban caigan en manos de la policía... Y cualquiera de los que allí aparezcan encartados, va a ser un posible autor del atentado... Acaso allí este tu nombre...

McCullers, en su vasta vida de negocios, había efectuado algunas transacciones al margen de la ley con Scovell. Esto lo sintió de pronto como si una montaña se le cayera encima.

— ¡Dios mío!

Y durante unos momentos permaneció en el suelo, como derribado. De pronto pareció sufrir una descarga eléctrica. Dio un prodigioso salto y en dos zancadas se puso en el sitio en que estaba antes, frente a Scovell.

— ¡Ya sé lo que ocurre! ¡Has sido tú... que siempre le has tenido odio! ¡Él te birló la mujer que tú querías, porque era más fuerte que tú... y siempre te plantó cara!

Pero esta energía no duró unos segundos. Enseguida pasó a su actitud de hombre vencido.

Ahora Scovell volvía a visitarlo. Le tenía amarrado.

Salió a un pasillo y siguió andando en dirección hacia una escalera que se veía en uno de sus extremos. Cerca de la escalera había una gran abertura en una de las paredes. Dos grandes pilastras y una balaustrada de mármol formaban una especie de ventanal, desde el que se podían ver varios departamentos. Un instante McCullers permaneció inmóvil, arrimado a la baranda, como queriendo aturdirse en el espectáculo que presentaba aquella multitud, yendo de un puesto a otro, levantando una polvareda de ruido, producido por sus conversaciones, sus pisadas, el funcionar de los aparatos automáticos... Nunca como entonces le pareció tan hermoso aquel espectáculo. Era su obra. Pero nunca como entonces le pareció tenerla tan insegura.

Siguió andando. Subió dos tramos de la escalera y enseguida se metió en el ascensor, donde el botones ya le aguardaba con la puerta abierta.

En el piso dieciséis se detuvo. Siguió por un largo comedor, y al ir a torcer hacia la izquierda, casi tropieza con el cuerpo de un hombre que había derribado sobre la alfombra, en medio de un charco de sangre.

— ¡McCullers... eres un canalla!

A pesar de estar herido, aquel hombre tenía una voz vigorosa, y una mirada cortante. Era Herbert Scovell.

* * *

Cuando Livia llegó a casa de sus tíos, salía el doctor que acababa de asistir a Herbert. Parecía que todos allí estuviesen esperando la llegada de la joven. Su tío principalmente pareció muy impresionado al verla entrar:

— ¡Hija mía, qué modo de hacernos padecer!

—Pero, ¿por qué, tío?

—Te estamos aguardando desde media tarde. Nos telefonearon que habías salido para venir aquí, y venga pasar tiempo y tú sin llegar, luego, también nos dijeron que allí había ocurrido otro suceso como el de esta mañana... Tu tía y yo íbamos a salir a buscarte... pero ya sabes lo que le ha ocurrido a Scovell...

Mientras decía esto, McCullers temblaba. El carácter de su sobrina —él que nunca había reparado en ella— ahora le imponía. La veía erguida, un poco pálida, pero soportando los acontecimientos llena de serenidad. Tanta era su obsesión que hasta en la delicadeza de rasgos de su sobrina veía un fiel reflejo de la energía y severidad de su padre.

Esta vez McCullers no se equivocaba. Pese al aspecto tranquilo que tenía Livia al presentarse, dentro de ella había una hoguera. Sabía a qué atenerse con respecto al asunto que había provocado la muerte de su padre. Las horas que había permanecido en casa, revisando papeles, coordinando notas, no habían sido en vano.

Al cruzar una habitación vio a dos hombres que la estaban mirando de una manera bastante impertinente.

— ¿Quiénes son?

—Amigos de Herbert —respondió tía Henrietta.

—Están de guardia —explicó su tío— por si al autor de la agresión se le ocurre volver.

Guardando la puerta de la habitación en que se hallaba Scovell, había otro individuo. Livia empujó la puerta sin preocuparse de él. Encontró a Herbert echado en la cama y, a juzgar por el aspecto, parecía que no le sucediera nada. Hablaba muy animado a dos individuos que permanecían de pie junto a la cabecera de la cama. Al ver a Livia, Scovell calló. Hizo un signo a los individuos y estos salieron de la habitación.

— ¿Habrà sido todo una farsa? —preguntó la joven fríamente, avanzando hacia Herbert.

Y sin aguardar respuesta, se volvió hacia sus tíos, que aún permanecían en la puerta:

—Déjennos solos.

Tía Henrietta, extrañada, iba seguramente a hacer alguna pregunta, pero McCullers se anticipó:

—Salgarnos.

No obstante haber quedado solos, Livia aun permaneció unos instantes callada, fijos sus ojos azules en el rostro de Scovell.

—Tan pronto me han comunicado la agresión, me he apresurado a venir. Ahora veo que está la casa llena de gente tuya. Puede que todo sea una encerrona... No importa. De todos modos, esta noche hubiera ido a buscarte.

La serenidad, la frialdad con que hablaba Livia llevó el convencimiento a Scovell de que lo que había estado temiendo se había realizado. Se le acababa de convertir en enemiga, un contrario al que Scovell le sería bastante difícil, doloroso, eliminar.

—Vaya una manera de visitar a un herido —dijo, queriendo cerciorarse de que no estaba equivocado en su apreciación.

Vio los hermosos ojos de Livia encenderse, hasta casi relampaguear:

—No sé aun si es de veras que estás herido —empezó a decir, con una lentitud forzada—; pero si ello es verdad, lo que lamento es que no te hayan matado. Me hubieran evitado el que ahora tenga que enfrentarme contigo para escupirte... ¡Asesino!

Scovell lo tenía previsto, y no obstante palideció. Miraba a Livia, y toda su entereza se desvanecía, quedando solo un pobre ser a punto de llorar. La Naturaleza parecía divertirse en repetir en Livia el mismo embrujo que ya ejerció sobre él la belleza de su madre. Nunca adivinaría ella con cuánta desesperación, con cuánta idolatría la estuvo mirando Herbert en esos segundos en que la consideró más hermosa y más imposible que nunca.

—No debes precipitarte... Escúchame...

La voz de Scovell sonaba ronca.

Pero aún más apagada sonó la de Livia, quien inclinándose sobre el lecho, buscándolo con los ojos, parecía echar fuego sobre el rostro de su enemigo, y aventarlo con el aliénelo de una misma palabra, repetida varias veces, con la misma saña:

— ¡Asesino!... ¡Asesino!... ¡Asesino!...

Scovell cerró los ojos. Sabía que Livia llevaba un arma en el bolsillo derecho del gabán. Lo advirtió apenas la vio entrar. Ahora, al acercarse al lecho, ella, se había metido la mano en el bolsillo y seguramente empuñaba una pistola. Nada hizo por impedirlo. Con los ojos cerrados aguardó a que sonase el disparo.

Herbert no podría precisar cuánto tiempo permaneció así. La única sensación que percibía era que lo estaba, arriesgando todo a una sola carta.

Cuando abrió los ojos vio que no había perdido.

Livia se hallaba sentada, un poco distante, y permanecía inmóvil, con la mirada fija en el suelo. Era el instante de aprovechar aquellos momentos de irresolución.

—Comprendo lo que pasa por ti, pequeña... pero haces mal si me crees responsable de la muerte de tu padre. Lo que le ha ocurrido a él, puedo temer que me suceda a mí... Lo que me han dirigido esta tarde es solo un aviso.

Fue en el momento de salir del ascensor, al dirigirse al apartamento de McCullers. Acaso el agresor le seguía ya abajo, camuflado en la multitud de clientes. Scovell había estado un rato yendo de un departamento a otro, curioseando. Luego, por medio de uno de los teléfonos del establecimiento mandó aviso a McCullers de que iba a verle. La telefonista le comunicó que le aguardaba en su vivienda particular. El agresor posiblemente había intervenido la conversación, y se adelantó, para esperarle arriba.

Fueron tres disparos hechos a distancia, con pistola que tenía el silenciador puesto. Scovell no tuvo tiempo de verle la cara al agresor, pero si se dio cuenta de que era de estatura baja y no muy práctico en el manejo de la pistola. Por lo menos la puntería fue pésima. De tres, solo un plomo le había alcanzado, y bastante ligeramente, en el muslo derecho. El agresor pudo haber disparado con toda impunidad, porque aquel día Scovell, previsoramente, no llevaba armas. En cualquier momento él esperaba que le detuvieran y no quería que la tenencia ilícita de armas le acarrease ninguna desventaja.

Una vez hubo hecho los tres disparos, el agresor echó a correr, pasillo adelante. Scovell se había tirado al suelo, no porque la herida le obligase a ello, sino previendo que el desconocido se volviera y disparase de nuevo.

¿De dónde partía la agresión?

Preguntarse esto fue lo primero que hizo Scovell. E inmediatamente se dio una respuesta: McCullers. Ya por la mañana le había sentido en los ojos la idea de eliminarle. Pero le consideró demasiado cobarde para hacerlo. Mas en el momento de

sentirse herido, pensó: “Los cobardes, acorralados, son fieras.” McCullers habría delegado en otro esta tarea. Afortunadamente McCullers no debía de estar muy práctico en estas empresas y no acertó al elegir al nombre que la había de ejecutar.

Pero no fue quien él pensaba. Lo comprobó después, cuando McCullers apareció. A él no le podía engañar.

Al sentirse acusado por Scovell, McCullers quedó en un azoramiento tan extremado, que resultaba cómico; diríase que acababan de sorprenderle desnudo delante de una multitud.

En realidad, era lo que acababa de ocurrir. El que Scovell le culpara de la agresión no era más que decir en alta voz una idea que por dos veces, se había insinuado en su cerebro. Y por el solo hecho de haberla pensado y verla ahora descubierta, McCullers se sentía atribulado como si en realidad hubiese cometido el crimen.

—En el informe de tu padre —dijo Herbert, mirando a Livia de frente, y poniendo en sus palabras un tono de sinceridad— existen sin duda cargos contra mucha gente, y entre esos es muy posible que esté yo. Para nadie es un secreto cuáles han sido siempre mis actividades. El contrabando es un negocio tan legal como otro cualquiera. De no ser así, ¿cómo habría podido practicarlo tanto tiempo? Tiene sus fallos, como cualquier otro negocio. Si te toca perder, pagas y aguantas. Saber perder es el quid de la cuestión... Yo he perdido muchas veces... y he sabido aguantar. ¿Por qué no iba a hacerlo ahora una vez más?...

Hizo una pausa, sosteniendo la mirada que le dirigía Livia.

—Ya cuando me encontré con tu padre en Hong-Kong sorprendí en él ciertas alusiones a determinado contrabando de armas, mejor dicho, al mal destino que se daba a algunos cargamentos de armas que, enviados al ejército nacionalista, iban a parar a manos de una fracción rebelde. Me esforcé en hacerle comprender que eso no tenía ninguna importancia. Es lo que siempre había ocurrido en China... Pero tu padre tomaba las cosas demasiado en serio, y apenas quiso escucharme. Admiro un carácter como el suyo... pero cree que estaba equivocado. Recuerdo que por tres veces deslicé en nuestra conversación la advertencia de que alguien, determinada fracción, pudiese sentirse perjudicada... y era inútil enfrentarse con fanáticos. No me hizo caso. Al día siguiente se marchó al interior del país.

Algo creyó ver Scovell en la mirada que le dirigió Livia, que se apresuró a añadir:

—No, pequeña. Cuando yo advertí a tu padre que alguien podía sentirse perjudicado, no me refería, naturalmente, a mí. La fiscalización de tu padre a mí solo podía producirme una leve reducción en mis ingresos, pero por muy poco tiempo, porque pronto hubiese encontrado otras fuentes. Mi vida ha consistido en eso: en abrir tres boquetes apenas me habían tapado uno.

Continuó, procurando una voz más grave, más convincente:

—El peligro estaba en la fracción rebelde que al sentirse perjudicada en su idealismo, podía tener una reacción fanática. Y eso es lo que ha ocurrido...

— ¿Cómo lo sabes? —preguntó Livia, sin mirarle.

—Conozco su manera de actuar. Mis actividades han hecho que sepa de ellos... tal vez demasiado. Dos de los que anoche intervinieron seguramente en el atentado de tu padre, han sido localizados rápidamente por la policía, y ya lo oíste del inspector: a primeras horas han sido reducidos... Nada ha importado que se suicidaran, seguramente para no dejar rastro; la policía los ha identificado fácilmente, y se sabe perfectamente a qué fracción política pertenecían... Que yo sepa demasiado de ellos, es seguramente lo que ha motivado la agresión de esta tarde. Sin embargo, hay otros que emplean el doble juego con mayor responsabilidad, y no les pasa nada. Por ejemplo, el agente que acompañó a tu padre en su viaje a Oriente. ¿Sabes dónde se encuentra ahora?

No mentía Scovell cuando empezó a referir la situación de Bartley en aquellos momentos. Los dos hombres que al entrar Livia salieron de la habitación, acababan de informar a Herbert de las andanzas del agente y Mawi Fei. A aquellas horas se encontraban en el "Race's Club".

Herbert se puso a referirse exclusivamente a la bailarina. Su forma artera de atacar; la fascinación que ejercía sobre cuantos hombres se le acercaban... Scovell mismo no tuvo inconveniente en pintarse como una víctima de ella... A mitad de su discurso, Scovell vio que había acertado.

Livia escuchaba intensamente pálida, y en sus ojos se había encendido un brillo extraño...

Capítulo X

EL CONDUCTO SECRETO

Al salir de “Race’s Club”, Bartley se extrañó de que Mawi Fei no quisiera coger un taxi para ir a su casa.

— ¡Pero si solo es ahí al volver! —objetó la artista.

—Olvidas que mis piernas han quedado cortadas —insistió Bartley, con aquella jovialidad que a él mismo le extrañaba—. No sé si es el rato que hemos estado sentados con las piernas cruzadas... o la bebida... ¿Cómo dices que se llama? ¿“Regreso de la risa”?... Yo diría vuelta a la vejez... ¡No puedo andar, Mawi!

Y, efectivamente, soltándose de la artista se había arrimado a un lado de la acera, quedando recostado contra la pared.

Mawi reía.

— ¡No es nada, Alex! ¡Te pasará enseguida si no paras de andar!

¡Qué extraño narcótico! Toda la torpeza que notaba en brazos y piernas se trocaba en fluidez en su vida afectiva. No era el llamear excesivamente exaltado, fugaz, del alcohol. Notaba como el pasar trepidante de un tren, formado por recuerdos enganchados unos tras de otros, hasta que al llegar a un punto determinado, a algo que se refiriera a Mawi, el tren se detenía para que Bartley volviera a vivir aquella etapa. Y veía de nuevo la callejuela sucia de Shanghai, la nube de polvo avanzando, el ronco paso de los aviones japoneses... y él y Mawi en el suelo, notando hasta aquel regusto de tierra...

Bartley no se dio cuenta de que hacía unos momentos él y la artista se acababan de meter en el ascensor. Precisamente cuando ascendían, él estaba pensando en un combate aéreo, el último que efectuó contra los nipones. Un aparato enemigo venía cara a él buscando el choque. Por unos segundos, Alex tuvo tiempo de soslayarlo...

Pero ya se hallaban dentro del piso de Mawi. Apenas entrar, dos hombres que aguardaban tras la muerta, cerraron de golpe y quedaron de guardia. Mawi pareció sorprendida.

— ¿Qué significa esto, Marlowe? —preguntó la artista,

dirigiéndose al individuo más alto.

Este hizo un encogimiento de hombros.

—Cosas del jefe —y con la cabeza indicó la habitación que se veía de frente, cuya puerta estaba un poco abierta.

Mawi pareció sacudida por una descarga de nervios.

— ¡Pero es que también va a intervenir mi casa!

Y se dirigió hacia la habitación, abriendo la puerta de golpe. Bartley, sin darse aún cuenta de la situación, echó a andar detrás. Cuando entró, Mawi acababa de gritar:

— ¡Herbert! ¿Desde cuándo te atreves a entrar así en mi casa?

Scovell estaba medio echado en un diván, las dos piernas extendidas. Al ver a Mawi, no intentó moverse siquiera. Había en su cara un gesto contraído de dolor que una sonrisa forzada no acababa de borrar.

—No grites —dijo—. Tienes visita.

Y con los ojos indicó al ángulo de la habitación que quedaba al lado de la puerta. Allí había dos mujeres sentadas: Livia, y su tía Henrietta. Al volverse Mawi, Livia, empujada por sus nervios, se puso en pie.

—Dejadme que os presente —continuó Scovell, inmóvil en el diván—. Mawi Fei. Livia, hija del general Glemser... asesinado anoche en la ópera... Al señor agente no será menester presentarlo. Se conocen ya, ¿no?...

Y cosa extraña: en esos momentos Bartley no se sentía molesto por la ironía de Scovell, ni guardaba rencor a Mawi por lo que de intencionado pudiera haber en aquella situación. Hubiera dado cualquier cosa por no encontrarse en aquel estado, y delante de Livia precisamente. Pero ya que las cosas habían rodado así, había que sacar el mayor partido posible de ellas. La droga le entorpecía los miembros, pero le daba una rapidez de percepción que ahora resultaba muy oportuna. Si Bartley hubiese llegado en estado normal y de improviso se hubiese encontrado a Livia, su inmediata reacción hubiese sido dirigirse a ella de una manera que hubiera puesto de manifiesto ante todo aquello que él mismo no se atrevía a confesarse todavía: que la quería desde el primer día que la vio; desde la mañana en que ella fue a despedir a su padre al aeródromo, cuando se disponían a salir hacia el lejano Oriente. Y tan obsesionado llegó a estar por su belleza que parecía imposible

que el general no llegase nunca a darse cuenta de los trucos que empleaba Bartley cuando Glemser se sentía algo expansivo para que la conversación fuese a parar a la cosa familiar, y entonces el general hablase de su hija, y alguna vez hasta llegase a enseñarle sus fotografías, una de las cuales el general murió creyendo que la había perdido...

Cuando sonó el nombre de Livia, la bailarina se volvió hacia ella. Las dos mujeres permanecieron unos segundos mirándose en silencio. Enseguida, Mawi se volvió rápidamente hacia Bartley. Livia también. Las dos parecían absorbidas por una misma idea.

Esto era lo que Alex tenía que agradecer a la extraña mixtura que Mawi le había dado: la prontitud con que supo encajar la situación. Cuando los ojos de las dos mujeres parecían estar triturando en su rostro hasta el menor gesto, Bartley permanecía impasible. Cerca como se hallaba de Mawi Fei, le puso con naturalidad una mano sobre el hombro:

—Sí, querida... Es la señorita Livia...

Quiso dar unos pasos hacia ella, pero sintiéndose vacilar, volvió a agarrarse al hombro de Mawi Fei.

—¿Cómo se encuentra, señorita Glemser?

Livia no le miró siquiera. Fue hacia donde se encontraba Scovell.

—Herbert, quisiera marcharme...

Scovell pareció extrañarse.

—Pero, ¿por qué, pequeña? Ten en cuenta que no hemos venido aquí para satisfacer un simple capricho. La pierna me está doliendo horriblemente, y si descansamos un rato no me vendrá mal. Mientras tanto podemos aprovechar el tiempo poniendo en orden algunas cosas.

Bartley se había dejado caer en un sillón, muy próximo a donde estaba la señora McCullers. La señora, fija su atención en su sobrina, parecía no haberle visto.

Alex pensaba: "Cuando Mawi accedió a que le acompañara, vaciló, aun después de acceder. Vi algo muy raro en sus ojos... Sin duda sabía que Livia estaba aquí, y temía la prueba... Pero, ¿qué prueba? ¿Mawi celosa de Livia?... A punto estuvo de soltar la carcajada: "¿Celosa de mí o de Scovell?" Tan jovial se sentía, que estuvo tentado de preguntárselo en alta voz. Pero súbitamente su pensamiento viró. Aun no veía claro cuál era el verdadero objetivo

de aquella situación; pero de una cosa estaba seguro: de que Scovell procuraría por todos los medios sacar ventaja, tanto en lo que se refería al asesinato de Glemser, como a las inclinaciones de Livia.

Alex se dispuso a estar alerta. De momento, su primer paso creía haberlo dado bien. Su actitud de indiferencia ante Livia le aproximaba más a Mawi Fei. Y conocía a la bailarina lo bastante para saber que no tenía a un mal aliado.

Mawi acababa de quitarse violentamente su lujoso abrigo, y lo había echado sobre una silla.

— ¡Herbert! —gritó, exasperada—. Di claramente qué es lo que pretendes... y si todo esto es una de tus tretas, te advierto de antemano que te la estropearé. ¡No me gusta nada esto!

— ¡Claro! —interrumpió Scovell, forzando una carcajada, pero que tuvo que interrumpir enseguida porque al esfuerzo, el dolor de la herida pareció despertar—. Ya supongo que no te gusta... A mí tampoco me agrada alternar con...

Se contuvo, mirando a Livia.

—Señora McCullers —dijo, cambiando repentinamente de voz—, tenga la bondad de acompañar a su sobrina a otra habitación. Algo de lo que se va a decir aquí no va a ser adecuado para oídos de personas como ustedes.

— ¡Sí, eso voy a hacer! —exclamó la señora McCullers, levantándose rápidamente—. Me llevo a mi sobrina, pero lejos de aquí. A mí tampoco me gusta esto. ¡Pero nada en absoluto! Si usted nos hubiera advertido que nos íbamos a ver en un lío donde intervenía una mujer china, no hubiéramos venido... Presiento que esto va a tener mucho misterio, y no estamos nosotros para más sustos. ¡Dios mío! ¡Una mujer china!

Mirando furiosamente hacia donde estaba Bartley agregó:

— ¡No podré explicarme nunca ciertos gustos! ¡Si mi Alex...!

— ¡Tía Henrietta! —cortó Livia, precipitándose sobre ella—. Pero, ¿es que te has vuelto loca?

— ¡No te extrañe! ¡Presiento que vamos a enloquecer todos si no salimos de aquí enseguida! ¡Vamos, una china! ¡Nunca me lo hubiera imaginado!

Quien en realidad parecía divertirse en todo aquello era precisamente Mawi Fei. La intervención de la señora McCullers había tenido la virtud de que la bailarina se diera cuenta de la

carrera desenfrenada a que la lanzaban sus nervios. Y no era esa la mejor táctica frente a un enemigo como Scovell. La extravagante intervención de aquella señora se le presentó enseguida por el ángulo cómico, y rompió a reír.

— ¡Livia! Llévatela a otra habitación, y aguardad allí —dijo Scovell, tratando de disimular su cólera.

— ¡Nos vamos a casa! —gritó tía Henrietta.

Ahora Herbert no se preocupó de ocultar su estado de ánimo.

— ¡Señora McCullers! ¡Usted saldrá en el momento que sea menester! ¡Retírese!

Livia le miró sorprendida y molesta.

— ¡Herbert! ¿Qué quiere decir esto?... No consiento que trates así a mi tía. Ella ha venido aquí porque yo la he imbuido a hacerlo, pero no creo que tengas ninguna potestad para impedir nuestros movimientos. El propósito que yo tenía al decidirme a venir aquí ha cambiado.

— ¿Por qué? —preguntó Scovell, mirándola fijamente desde el diván.

—Esas explicaciones pienso darlas en otra parte... ¡Vámonos, tía!

Salieron las dos mujeres, sin que Scovell hiciera nada por detenerlas, pero enseguida aparecieron de nuevo acompañadas de Marlowe.

— ¡Herbert! —gritó Livia, mirándole duramente—. ¡Da orden de que nos dejen salir!

Scovell intentó, en tono conciliador:

—Vamos, pequeña... Ten en cuenta que lo hago por protegerte. No olvides lo que me ha ocurrido a mí esta tarde. Lo mismo os podía suceder a vosotras si os fuerais solas. No eres experta para distinguir todavía la gente que te rodea, y el menor descuido que tuvieras sería irreparable... Hay que ir con mucho cuidado, pues el enemigo es hábil... Tú fíjate en la muestra: ¿hubieras sospechado nunca de un agente especial al que el Estado le confía tareas de la máxima responsabilidad? Tu padre sí se dio cuenta de la clase de individuo que tenía alrededor... Tal vez eso motivó su muerte...

En esto falló Bartley. Si hubiese seguido impasible, el anzuelo tirado por Scovell hubiera servido para engancharse él mismo. La serenidad que Alex demostraba desde que entró le tenía un poco desconcertado. El que no mostrase la más mínima sorpresa al verles

allí, especialmente a Livia, le había hecho temer que el agente tuviese montado un servicio de vigilancia que le hubiese advertido de su llegada. Porque cuando Scovell se dejó caer en casa de Mawi Fei, su propósito era aguardar a que el agente y la bailarina salieran del “Race’s Club”, y entonces obligarles a comparecer ante Livia. Esperaba Herbert que Bartley apareciese en peor estado. Pero había dado la casualidad —así por lo menos lo creía Scovell— que Mawi y el agente dieran por terminada la fiesta en el club, cuando Scovell y sus distinguidos acompañantes acababan de entrar en la casa.

En las condiciones en que se hallaba, Bartley debió permanecer quieto. Pero la acusación de Scovell, delante mismo de Livia, le cayó como un trallazo. Se incorporó todo lo rápidamente que pudo, pero Marlowe, que se hallaba detrás, le dio un golpe en la nuca, y cayó sin sentidos. Acto seguido, el mismo que le había, golpeado, se agachó y se puso a cachearle. Un poco después se levantó y dijo a Scovell, sorprendido:

— ¡No lleva armas!

—No es extraño —repuso Herbert—. Se ha pasado la noche revolcándose por ahí y las habrá perdido.

Marlowe se inclinó de nuevo para volver a examinar la sobaquera vacía que pendía sujeta del hombro izquierdo de Bartley.

— ¡Wan! —gritó Mawi—. ¡Mamá Wan!

— ¿Para qué la quieres? —preguntó Scovell.

Mawi no le hizo caso. En aquel momento se abrió una puerta en el lado izquierdo de la sala y asomó la doncella vieja que atendía a Mawi en el “Gala Night”. La bailarina estuvo unos momentos hablándole en su idioma nativo, y enseguida la vieja se marchó.

Al volverse, Mawi se encontró con la mirada de Livia. Esta enseguida apartó los ojos.

—Tu actitud de esta noche te va a costar cara, Herbert —dijo Mawi Fei, aproximándosele hasta el diván—. No sé qué ventajas son las que posees, pero te has precipitado en provocarme, porque lo sentirás. Cuando se actúa con individuos como tú, hay que rodarse de todas las seguridades... y eso ya hace tiempo que yo lo había hecho.

Herbert sonrió.

—Una de esas seguridades era eliminarme —dijo sarcástico, al tiempo que miraba sus piernas.

Pero Mawi no pareció comprender todo el alcance de sus palabras. Iba seguramente a interrogarle, pero como viera aparecer a la vieja Wan, teniendo un vaso en la mano, corrió hacia ella y se lo cogió. Luego se dirigió a donde estaba Bartley, quien comenzaba a moverse, todavía echado en el suelo. Le cogió la cabeza, levantándosela un poco, e intentó hacerle beber de lo que contenía el vaso, pero no pudo. Entonces quiso incorporarle medio cuerpo, pero cuando ya lo había conseguido, al ir a coger el vaso que había dejado a un lado. Alex volvió a caerse. Scovell y Marlowe soltaron la cuica jada. Entonces ocurrió algo que cortó en seco la risa de Herbert. Livia se había precipitado adonde estaba el agente y ayudaba a Mawi a levantarlo.

Cuando Mawi Fei iba a acercar el vaso a la boca de Bartley, se encontró otra vez con los ojos de Livia. Algo debió leer en ellos, porque sin que Livia hubiese preguntado nada, la bailarina se apresuró a decir:

—No tema.

Un instante después, Bartley se levantaba por sus propios medios, y un poco aturdido todavía se dejaba caer en el mismo sillón en que se hallaba, antes.

— ¿Qué le has dado? —preguntó Herbert.

—Toma, pruébalo —contestó Mawi, ofreciéndole el vaso, que todavía contenía líquido.

—Alguna porquería china.

Y Scovell se volvió riendo a mirar a la señora McCullers, esperando que ella le secundara en la burla. Pero tía Henrietta parecía anonadada. Cada vez comprendía menos lo que ocurría.

Otro individuo acababa de aparecer por la puerta que daba al pasillo, y desde allí miraba a Scovell interrogativamente. Este, al reparar en él, hizo un signo de asentimiento con la cabeza. El individuo se marchó. Un poco después volvía con dos más. Uno de ellos era de contextura pequeña, y rostro asiático. Parecía todavía un muchacho. Se le notaban en la cara señales de golpes, y en la mejilla derecha un coágulo de sangre. Tenía las dos manos atadas por detrás.

— ¡Yuan Kai! —exclamó Mawi Fei, precipitándose sobre el prisionero.

Lo sujetó fuertemente de los hombros para que mantuviera alta

la cabeza.

— ¿Qué te ha ocurrido?

Pero el muchacho cerró los ojos y no contestó.

Mawi se volvió hacia Scovell:

— ¿Ha sido cosa tuya?

— ¡Qué ganas de perder el tiempo! —exclamó Herbert, haciendo un gesto de fastidio—. Lo que debías hacer es reprenderle para que otra vez tuviera más puntería.

Mawi no acababa de comprender del todo y quedó unos instantes mirando a Scovell y al muchacho, alternativamente. Luego fue decidida a donde estaba Herbert.

— ¡Explícate! ¿Qué es lo que ha hecho Yuan Kai?

— ¡No me enfurezcas, Mawi Fei! Sé que eres tú la inductora de que ese crío disparase sobre mí... Pero ya ves que no te ha servido de nada que lo escondieras en tu camerino. Bueno, lo que has hecho ha sido favorecernos. Hemos encontrado una pistola... que a lo mejor coincide con alguna de las empleadas en el atentado de anoche. También hemos hallado una tarjeta con unas líneas de puño y letra del agente Bartley. Léela, Marlowe.

Estese apresuró a sacar de sus bolsillos una tarjeta y leyó, procurando una voz enfática: “Quiere saludarte y suplicarte que le perdones el indigno gusano Alex Bartley.”

—Es todo un poema —comentó Herbert.

Mawi se había vuelto a acercar al muchacho y le pasaba la mano cariñosamente por el cabello.

— ¿No quieres decirme lo que ha ocurrido?

—La hermosa Mawi Fei no me perdonará nunca —respondió él, siempre con los ojos cerrados.

—Tu respetable padre, y tus valerosos hermanos cayeron, Yuan Kai. Eras el último que quedaba y me juraste por su memoria que no intervendrías en estos asuntos... ¿Por qué lo has hecho?

—Kent y tres hombres más —comenzó a referir Yuan Kai— vinieron a buscarme esta madrugada para que les escondiera en los sótanos del bar. El patrón y su mujer dormían arriba y ninguno pudo darse cuenta de lo que hacía. Pero aún no habían terminado de acomodarse en los sótanos Kent y los que con él venían, cuando la policía llegó: “¡Yuan Kai! —me dijo Kent, empujándome para que saliera—. Solo un hombre sabía que veníamos aquí. Recuérдалo

bien, porque si ninguno nos salvamos, tú le dirás ese nombre a Mawi Fei...” Salí y al poco empezaba el tiroteo con la policía...

— ¿Qué nombre te dijo? —preguntó Mawi, llena de ansiedad.

—Un nombre que en el momento de morir mi respetable padre dijo a mis valerosos hermanos; el mismo que esta madrugada me dijo Kent: Herbert Sco...

No pudo terminar de decirlo, porque Scovell, lanzando como una especie de rugido, se había puesto de pie, en tanto que Marlowe daba con el puño en la boca de Yuan Kai. Iba a golpearlo otra vez, pero Mawi se interpuso.

— ¡No le pegues!

Marlowe puso entonces sus grandes zarpas sobre los hombros de la artista, y se quedó mirando a Scovell, como esperando órdenes. Este asintió. Mas cuando se disponía el otro a emplear la violencia contra Mawi Fei, se sintió cogido del cuello, en una llave que le imposibilitaba todo movimiento. Era Bartley, que, sintiendo completamente restablecidas sus fuerzas, buscaba la revancha. Muy mal le tenían que ir las cosas, o muy poco le había de conocer quien creyera que el golpe que Marlowe le había dado a traición no tendría su merecido.

Teniéndole inmovilizado por la llave, le obligó a andar de espaldas hasta el otro ángulo de la habitación, donde había más sitio. Allí le soltó, y aguardó a que Marlowe se volviera. Tan pronto lo hizo, un formidable *swing* le obligó a retroceder, y hubiera seguramente caído de no recuperar el equilibrio al tropezar con la pared. Allí quedó un momento Marlowe alentando aceleradamente, por el golpe recibido y por la ira que empezaba a brotarle por los poros, por la boca, por los ojos... Se lanzó sobre Bartley, que le aguardaba a unos pasos de distancia. Marlowe era fuerte, pero inhábil. Un rápido movimiento de Alex bastó para que los dos puños cerrados del otro, descargados con furia, fuesen solo dos mazazos en el aire. Esto desconcertó a Marlowe, y esto le perdió. Al golpear en el vacío quedó unos segundos completamente al descubierto, lo suficiente para que Bartley tuviese tiempo de encajarle tres golpes en las mandíbulas. En el silencio en que se mantenían todos, se había oído el tercer golpe sonando a hueso roto. Marlowe no pudo contener un alarido, y, conteniéndose con una mano la sangre que le brotaba de la boca, comenzó a

retroceder. Bartley le miraba atento, sin moverse de su sitio.

Si Alex hubiera podido darse cuenta de lo que ocurría en el otro extremo de la habitación cuando él se disponía a pelear, se hubiera sentido todavía más fuerte. En el momento en que se llevaba sujeto del cuello a Marlowe. Mawi Fei se había precipitado sobre Yuan Kai, que yacía en el suelo, con el rostro ensangrentado. A lo primero que procedió la artista fue a desatarle las manos. Entonces Scovell, que se había puesto de pie, intentó dar unos pasos, pero, haciendo un gesto de dolor, se dejó caer en el diván. Desde allí miró a los dos individuos que aguardaban en la puerta, y se disponía seguramente a darles alguna orden, cuando advirtió que Livia se le acababa de colocar detrás del diván.

— ¡Diles que permanezcan quietos!

El tono conminatorio de la joven hizo su efecto. Pero más todavía la firmeza de su mirada, y aquella frialdad en su actitud, y hasta la manera con que tenía metida la mano derecha en el bolsillo del abrigo....

Pero Alex no podía ver esto. Bastante tenía con Marlowe, que ahora retrocedía, con media cara rota y la frente llena de designios negros. Retrocedía rugiendo de dolor, y parecía una fiera dando coletazos ciegos. Bartley parecía estar leyéndole dentro de la frente. Le vio primeo la idea de sacar la pistola. Luego la mano derecha introduciéndose en la abertura de la chaqueta, hacia el lado izquierdo, sin prisa, casi recreándose, gozando la impunidad que le daba el saber que Bartley no llevaba armas.

Alex dejó que sacara la pistola, pero antes de que apuntara ya había disparado él su revólver. Marlowe cayó de bruces, muerto tan instantáneamente, que el gesto de sorpresa que se inició en su cara al disparar Bartley no tuvo tiempo de cuajar del todo.

Sonó un portazo y el funcionar de una cerradura. Los dos individuos que aguardaban en la puerta del pasillo acababan de retroceder, dejando a Scovell a merced de Alex. Mawi, el muchacho y la señora McCullers acababan de marcharse por donde un rato antes asomó la vieja Wan.

En la estancia, solos Livia y Bartley frente a Scovell herido.

—Poneos de acuerdo, a ver quién de los dos termina conmigo —dijo Herbert, procurando una sonrisa llena de serenidad, pero sin conseguirlo.

—No alardees en vano, Scovell —replicó Bartley—. Tú sabes demasiado que no te vamos a matar. No solo por tu situación indefensa, sino porque nos interesa conservarte vivo. Tienes que aclarar aún muchas cosas.

—Creo que vosotros no las sabréis nunca... porque ninguno de vosotros va a escapar de aquí vivo. Tengo la casa rodeada. ¿Oís? Acaba de llegar más gente.

Era verdad. Afuera se oían muchos pasos y veces, y solo al llegar cerca de la puerta que daba a la habitación en que estaban ellos los pasos se hacían más sigilosos y las voces se convertían en cuchicheo. Bartley se atrincheró tras el diván en que estaba Scovell.

—Livia, usted debía retirarse a otra habitación más segura. Y si pudiera telefonar...

Herbert soltó una carcajada. Al mismo tiempo, allá afuera se oyeron varios disparos. Enseguida, golpear contra una puerta y otra vez los estallidos de pistola, pero acompañados del característico chasquido del proyectil al perforar la madera.

Apareció la señora McCullers, seguida de un hombrecito asiático.

— ¡Livia! ¡Livia! ¡Date prisa!... ¡Y usted también, señor... ni me acuerdo cómo se llama usted!

Alex y Livia acudieron a donde estaban ellos. Al mismo tiempo unos fuertes golpes contra la puerta les hicieron mirar al fondo de la habitación donde Mawi Fei y Yuan Kai permanecían apostados tras un montón de muebles. La barricada permitía dejar una pequeña abertura a la puerta a través de la cual Mawi vigilaba el pasillo. Empuñaba una *browning*, y en el momento en que Bartley corrió hacia ella acababa de hacer dos disparos hacia el pasillo.

Desde afuera contestaron con una rociada de impactos que fueron a clavarse contra el marco.

— ¡Mawi!... ¡Apártate de ahí! —pidió Alex.

—Deja... Desde aquí les puedo contener que pasen a la otra habitación. Si os dais prisa, podréis escapar todos. En la cocina hay un conducto secreto. Wan os lo indicará...

—Pero ¿y tú?

Mawi sonrió y se encogió de hombros.

—Alguien tiene que guardar la retirada.

—Me quedaré contigo —dijo Alex.

Y se dirigió a donde estaba Livia. En aquel momento la señora McCullers, con un brío extraordinario, ayudaba a Yuan Kai a mover un aparador.

— ¡Empuja con alma, chinito!... ¿Ves? ¡Estas cosas ya las veo más claras!

Bartley cogió a la muchacha de un brazo y le indicó a la vieja Wan y al hombrecito chino que aguardaban en la puerta de la cocina.

— ¡Livia! ¡Hagan lo que les indique aquella mujer! ¡Pero pronto! Livia había andado unos pasos, cuando se volvió.

— ¿Y usted, Alex?

—Que podamos escapar todos depende de la prisa que ustedes se den.

— ¡Alex! ¡Ese es el nombre! —decía la señora McCullers, mientras, cogida de la mano de su sobrina, corrían tras el hombrecito—. Y hasta nos guía un chino... ¿No te decía yo que habría misterio?

Tan pronto la señora McCullers y su sobrina hubieron salido, Bartley acudió al lado de Mawi Fei.

—Mawi... Voy un momento a ver a Scovell —y, al aludir a Herbert, su voz adquirió un matiz particular—. Márchate tú enseguida...

En aquel momento se oyeron los pasos precipitados de alguien que cruzaba el pasillo. Por el intersticio de la puerta se le vio pasar, un poco inclinado.

Bartley disparó, pero ya era tarde para alcanzarle.

— ¡Va a donde está Scovell! —dijo Mawi.

En cuatro saltos Bartley llegó a la otra habitación. Llegó en el momento en que desde afuera abrían la puerta. Bartley hizo tres disparos seguidos y se puso detrás del diván en que estaba Herbert.

— ¡Os advierto —gritó Bartley— que entre vosotros y yo está vuestro jefe!

La advertencia pareció surtir efecto, porque de repente en el pasillo no se oyó mover a nadie.

—No podrás escapar, Bartley —gruñía Scovell, inmóvil en el diván y de espaldas al policía—. Ya hace años te cruzaste en mi camino y te pudiste escabullir...

—También esta vez nuestro encuentro fue en Hong-Kong —

insinuó Alex, queriendo dominar su interés.

—Pero esta vez correrás la misma suerte que tu compañero... Tú también hubieras caído entonces, si yo no hubiese tenido la debilidad de reír vuestro infantilismo. ¡Con cañas queríais enfrentares conmigo!

Scovell se puso a reír. Tal vez no lo hubiera hecho si hubiese visto el revólver de Bartley apuntándole el cráneo, con el dedo presionando ya sobre el gatillo. Herbert confiaba demasiado en la rectitud moral y dominio de sí mismo que los Estatutos del F. B. I. demandaban de sus agentes.

— ¡Voy a acabar contigo! —rugió Bartley, fuera de sí.

Pero aún tuvo la suficiente serenidad para, en el último momento, desviar el arma y hacer que el proyectil fuese a dar en la pared.

Como si esto hubiera sido la señal, afuera, que durante unos momentos reinaba una extraña quietud, comenzaron a oírse pasos de un lado a otro y fuertes golpes contra la puerta inmediata.

Al mismo tiempo, por el lado en que se hallaba apostada Mawi Fei, sonaron varios disparos, contestados por la pistola de grueso calibre que Mawi acababa de quitarle a Yuan Kai, después de obligarle a que escapara.

— ¡Hasta pronto, Scovell! —gritó Bartley, en el momento de saltar a la otra habitación y disponerse a cerrar la puerta de paso.

Como esperaba que Herbert avisase a los suyos para que entrasen, comenzó a amontonar obstáculos contra la puerta. De pronto, sobre su cabeza oyó cruzarse varios proyectiles.

Al volverse vio a Mawi Fei en medio de la habitación, que acababa de disparar contra la puerta situada al lado de Bartley, y que, sin que este lo percibiera, estaba ya a medio abrir. Desde afuera aun hicieron dos disparos.

Bartley se lanzó contra la puerta y la cerró, al tiempo que arrimaba contra ella los muebles que habían sido un poco separados.

— ¡Mawi! ¡Retírate de ahí! ¡Escapa!

Mawi Fei, de pie en medio de la habitación, caído el brazo que empuñaba el arma, intensamente pálida, sonrió. La vieja Wan corría en ese momento hacia ella.

— ¡Vamos, niña! ¡Todo está a punto!

Por el conducto secreto instalado en la cocina —un pequeño ascensor disimulado en una nevera— apenas pedían transportar a dos en cada viaje.

La vieja Wan había cogido a la muchacha, quien apenas se resistió. Ya cerca de la cocina, Mawi se volvió.

— ¡Alex, querido mío!... ¡Adiós!...

Bartley no se dio cuenta. En ese momento procedía a cargar el arma mientras todos sus sentidos los tenía fijos en lo que ocurría afuera. Ya habían entrado en la habitación en que se hallaba Scovell. Se oía hablar rápido y en voz baja. Y gente que salía precipitadamente hacia el pasillo.

Bartley fue retrocediendo, hasta situarse en el sitio que Mawi Fei había defendido hasta entonces.

Durante unos momentos afuera todo permaneció en silencio, como si todos permaneciesen inmóviles o se hubiesen marchado, mas de pronto, y como obedeciendo a una señal comenzaron a oírse golpes contra todas las puertas al mismo tiempo.

Bartley retrocedió hacia la cocina. Lo hizo con el tiempo justo para que los otros no le alcanzaran con sus pistolas. Solo hizo entrar y cerrar la puerta, cuando una rociada de balas empezó a perforar la madera.

La nevera estaba abierta, y el chinito, puesto en cuclillas, aguardaba con su rostro impasible el regreso de la cabina. Bartley se había pegado a la pared, lo más próximo posible de la puerta, y cada vez que creía cerca a alguien disparaba.

— ¡Vamos! —oyó decir al chino.

Cuando los dos estuvieron dentro de la cabina, cerraron la puerta de la nevera. Tan pronto descendieron ellos, los compartimientos se desplegarían automáticamente, e iba a ser muy difícil que encontrasen el rastro. Bartley sonrió pensando en la cara que pondrían los que, al entrar en la cocina, viesan que habían desaparecido como fantasmas.

Ya habían empezado a descender. Como la cabina era bastante reducida de altura, tenían que ir agachados. Un momento que Bartley apoyó la mano en el suelo, se la notó mojada de algo blanduzco, de tacto característico.

—Aquí hay sangre —dijo—. ¿De Yuan Kai?

—De Mawi Fei —respondió el chinito—. Muy mal herida...

Y cuando le oyó sollozar, Bartley creyó que era el grito que él había ahogado el que estaba en el pecho del chinito, transformado en sollozos.

Mientras tanto, arriba, uno de los que acababan de entrar donde estaba Scovell, comunicaba:

—Spencer telefonea que la policía hace más de dos horas que se halla en “Cottage”. Y el inspector Rowley tiene apostados en Broadway varios G-men, esperándonos...

—Déjales que nos esperen —contestó Herbert, sin inmutarse—. Procurad terminar pronto aquí...

Acababa de ocurrírsele un sitio donde refugiarse aquella noche. Tan divertida le pareció la ocurrencia, que no pudo contenerse en soltar la carcajada.

Capítulo XI

MAWI FEI ESTÁ CANSADA

Al saltar de la cabina se sintió envuelto por un fuerte olor a humedad. Aquello estaba completamente oscuro y Bartley aguardó a que su acompañante terminase de dejar el ascensor en condiciones de que no pudiese ser utilizado desde arriba, en caso de que el conducto fuese descubierto. Pero el chinito, alumbrándose con un mechero, no terminaba nunca de tocar clavijas.

Bartley se impacientaba. Aquella obscuridad y aquel silencio ante sí aumentaban todavía más su inquietud. ¿Qué había sido de Livia? ¿Y Mawi Fei?

Oyó unos pasos que se aproximaban. En aquel momento el del ascensor había terminado y apagó el mechero. Alex empuñó el revólver y se hizo a un lado. Los pasos sonaban cada vez más sigilosos. Luego, dejaron de oírse.

El chinito, que se hallaba al lado del agente, emitió unos cuantos sonidos que igual podían ser vocablos como imitación de una lechuza. No muy distante, se abrió el círculo de luz de una lámpara automática.

—Vamos —dijo el chinito, echando a andar delante.

El chorro de luz fue volviéndose, hasta enfocar la boca de un estrecho pasadizo. Se metieron en él; el chino delante, en medio el de la lámpara y Bartley el último.

Al principio, el pequeño túnel iba descendiendo; luego hubo un techo recto; después, ascendía... Marchaban en silencio. Cada vez que la lámpara volcaba su luz al suelo, veíase un reguero de sangre, restregado a trozos por recientes pisadas.

El pasadizo tomó una dirección curvada, al mismo tiempo que su ascensión se hacía más pronunciada. Aquí el reguero de sangre veíase a cada dos o tres pasos cortado por grandes manchas, como indicando dónde se había parado el herido.

Después tuvo Bartley ocasión de comprobar que aquel subterráneo atravesaba toda la manzana de casas, desde donde

vivía Mawi Fei hasta donde estaba el “Race’s Club”. El subterráneo terminaba debajo mismo donde estaba la sala oriental. Por distintos y disimulados conductos se pasaba de la sala de espectáculos a los sótanos, donde estaban los cubículos de los fumadores de opio.

No obstante la preocupación que embargaba a Bartley en aquellos momentos, al salir del pasadizo y atravesar una habitación, de forma alargada, se dio cuenta de lo que a ambos lados de la estancia había, tras aquellas cortinas. Pero ya entonces recibió la impresión de que se hallaba en un estado de abandono; la mayor parte de las camas se veían sin colchones, otras estaban desmontadas, tiradas al suelo; algunas cortinas colgaban rotas, con el varillaje que las sostenía doblado, como si alguien hubiese tirado de ellas. Todo daba el efecto de haber pasado por allí un vendaval, o haber sufrido un cacheo policíaco. Siguiendo los ángulos que formaba el techo, unos tubos de luz rosa apenas lograban deshacer la penumbra.

Al final de la estancia, veíase una puerta violentamente iluminada. Hacia allí se dirigía apresuradamente el grupo que formaba Bartley y sus acompañantes. Pero seguramente habían advertido sus pasos y alguien salía a su encuentro.

Fue la señora McCullers.

— ¡Alex! ¡Dese usted prisa!

— ¿Qué ocurre? —preguntó, aunque ya se lo figuraba.

—Esa mujer...

La señora McCullers parecía muy impresionada y no encontraba de momento ningún calificativo adecuado con que designar a Mawi. No sabía su nombre, ni tampoco recordaba que fuese bailarina. Por lo demás, el calificativo de china le parecía un insulto.

—Se está muriendo... Y pregunta por usted...

Halló a Mawi Fei echada sobre un lecho bajísimo, casi a ras del suelo. De la cintura para arriba estaba desnuda: veíanse en un lado de la habitación trozos de su vestido arrancado a tijeretazos. Mamá Wan sostenía una palangana, mientras Livia pasaba suavemente un algodón en torno a los hermosos senos de Mawi Fei, encendidos de sangre. Yuan Kai, con los labios hinchados y sangrientos, permanecía a los pies de la cama, de rodillas, con los ojos cerrados.

En la habitación apareció un hombre chino, de bastante edad, y vestidlo a la usanza de su país. Precipitado, haciendo genuflexiones

a cada palabra, dijo en su típica pronunciación que el doctor vendría enseguida. El infeliz creía traer la salvación. Pero nadie de los que le escucharon se impresionó. Ya era demasiado tarde. Mawi Fei era la primera convencida. Hacía unos momentos que había reparado en Alex, y le miraba intentando una sonrisa.

— ¿Has visto... la sala?

E hizo ademán de señalar hacia el fumadero, pero Livia la contuvo.

—No se mueva. No hable tampoco.

—Sí... ¡Alex! Tú eres bueno... No les perjudiques... Mamá Wan te dirá...

Bartley se inclinó sobre ella.

—Sí, Mawi. No temas... No ocurrirá nada...

Pero ella, en un golpe de energía, hizo como si fuera a incorporarse.

—Les blancos no quieren a mi pueblo... Lo envenenan... ¡Yo quiero vengarme!...

Hasta en los últimos instantes el tóxico que tan fatal había sido para su raza, obsesionaba a Mawi Fei. Sin esfuerzo comprendía Bartley lo que en aquellos momentos casi de delirio ocurría en la mente de Mawi. Luego, en la información que se abrió sobre el significado de los sótanos del “Race's Club”, se vio a través de todo el asunto la acusada huella de Mawi Fei. Fue en los tiempos en que ella era el alma del “Race's Club”. Toda la ira contenida en su corazón contra la raza blanca la estaba descargando utilizando los mismos medios de los occidentales. Mawi se valía del influjo que su belleza y personalidad ejercían en torno, y la sala oriental del “Race's Club” fue punto de reunión de las grandes figuras, tanto en arte, como en finanzas y política. Pero lo que les atraía no era el esplendor y exotismo desplegados en el espectáculo, sino las fauces ocultas en los sótanos, aquella vorágine a la que muchos se veían irremediablemente lanzados.

Pero la guerra terminó entonces. Los Estados Unidos se habían instalado en el Japón, y la China nacionalista iba a entrar en una nueva fase. Se imponía una nueva táctica. Mawi ya no se sentía con los nacionalistas. Una de las fracciones rebeldes la había captado y otra vez sentía la fe de sus años primeros. El envío de armamento de los norteamericanos al ejército de Chiang-Kai-Chek presentaba

muchos fallos. Aparte de ser la administración china tan vulnerable, dentro de los mismos nacionalistas existían cómplices con otros sectores. Luego, entre los occidentales, tipos audaces y que no se detenían a examinar el fondo de las cuestiones, como Herbert Scovell, eran el broche para que cualquier combinación fuese posible. Cuando Mawi decidió trabar relación con Scovell, cerró el fumadero y abandonó el “Race’s Club”.

Mawi Fei se quedó mirando a Livia.

—No soy culpable... de lo que han hecho... con su padre... Es cosa de Scovell...

Y, sin dejar de mirarla, como si la cosa tuviera algo que ver con lo que acababa de decir, murmuró:

—Alex... es bueno...

Cerró los ojos, y permaneció inmóvil, intensamente pálida. Casi no se la oyó decir:

—Es mejor morir... Estoy cansada...

Entre Livia y la vieja Wan desplegaron la túnica de seda que había a los pies de la cama, subiéndola hasta taparle la cabeza a la muerta...

* * *

Desde el “Race’s Club” mismo, Bartley se puso en comunicación con el inspector Rowley.

No tardó mucho en llegar Rowley con sus G-men. Tan pronto Bartley les hubo informado, se dirigieron a la casa de Mawi Fei. Scovell y los suyos ya se habían ido. Solo encontraron el cadáver de Marlowe.

—No timen escapatoria —comentó Rowley—. Sabemos ya quiénes tripulaban el “Little Sea” y el “Yellow”, en el viajecito de marras... Hay noticias de otros transportes de armamentos todavía más recientes. Y el borrador del informe de Glemser ha sido hallado en “Cottage”...

Volvieron al “Race’s Club”. A aquellas horas de la noche el establecimiento ya estaba cerrado al público. Con casi todas las luces apagadas, el monstruo quimérico que había al final del espacioso vestíbulo tenía un aspecto todavía más horrible. Algunos de los G-men lanzaron jocosas exclamaciones.

Bartley iba pensativo, sintiendo una angustia que las risas de sus

compañeros parecían aumentar. Recordaba que unas horas antes había atravesado aquel mismo vestíbulo, llevando del brazo a Mawi Fu, y ya sintiéndose los dos tristes, como presintiendo el próximo final. Verdaderamente, en lo que se refería a la pasión que uno y otro sintieron un tiempo, no presentían su fin, porque ya sabían que aquello había pasado, por doloroso que fuese reconocerlo.

Bajando hacia los sótanos, Rowley decía, refiriéndose a Scovell:

—Esto está claro... Ya sé dónde atraparlo.

En eso se equivocaba el inspector.

Hallaron a la vieja Wan, Yuan Kai y al chino viejo arrodillados en torno a la cama en que yacía Mawi Fei. Permanecían doblados de forma que su frente tocaba en el suelo.

El policía que había quedado de guardia, dijo, al ver llegar al inspector:

—Querían vestirla al estilo de su país... Les he dicho que esperaran a que viniera usted.

—Que lo hagan... Antes de que amanezca vendrán a llevársela.

La señora McCullers y Livia vinieron en ese momento del lavabo.

—Podías acompañar a su casa a esas dos mujeres —dijo Rowley, distraídamente.

Bartley se acercó a Livia,

— ¿Nos vamos ya? —preguntó, con naturalidad.

Livia, sin decir nada, fue a coger el abrigo que tenía sobre un mueble. Mientras se lo ponía, su mirada estaba fija en la huella que levantaba en el edredón el cuerpo de Mawi Fei.

— ¿No se despide? —preguntó de pronto, volviéndose a Bartley.

Este avanzó hasta la cabecera del lecho. Apartó la seda y se inclinó a besar los fríos labios de Mawi Fei.

— ¿Qué haces? —preguntó el inspector, no pudiendo contener su sorpresa.

Pero cuando Alex levantó el rostro, al verle los ojos el inspector se volvió a hablar con la señora McCullers.

—No sé quién les manda a ustedes mezclarse en estos jaleos —empezó a decir Rowley, mientras subían la escalera del sótano—. Se lo advertí a su sobrina, pero ya veo el caso que me han hecho... Desde que anocheció que tengo gente esperando a ustedes en “Cottage”.

—Íbamos allí —respondió, vivamente, la señora McCullers—. Pero a última hora a mi sobrina se le ocurrió otra idea. Ya presentí yo que sus nervios nos acarrearían cosas...

— ¿Se ha asustado usted?

—No sé qué le diga. Al principio me impresioné, porque había cosas que no comprendía. Pero cuando empezaron los golpes, ya me pareció todo claro...

En el coche, yendo hacia casa, la señora McCullers casi se incorporó para tocar a Bartley en un hombro, que iba sentado en el *baquet*.

—Dígame usted, Alex... Una cosa que no me dejará dormir es si usted no me aclara cómo pudo sacar la pistola para disparar contra el otro, cuando no hacía mucho que le habían registrado.

Contestó Livia:

—Apenas entrar, la escondió en el sillón en que se sentó.

El sorprendido fue Bartley.

— ¿Me vio usted?

—Sí. Y estuve a punto de decírselo a Scovell.

A ninguno de los tres se le ocurrió preguntar por qué no lo hizo.

Capítulo XII

LAS CUENTAS DE SCOVELL

De buena gana Herbert Scovell se hubiese detenido hasta encontrar la solución de aquello que a sus hombres se les presentaba como un misterio tocado de magia. De sobra acostumbrado a las sutilezas de los asiáticos, cada vez que se veía ante un nuevo truco adoptaba una actitud de infantil curiosidad. Gozaba en esa búsqueda, y no paraba hasta resolverlo.

Estaba seguro de que ahora, de hallarse en otras condiciones, el conducto por donde desaparecieren sus enemigos lo hubiera descubierto. Pero teniendo que contener su impaciencia amarrado al diván, viendo como sus hombres iban de un lado a otro como imbéciles...

Además, no le convenía perder tiempo. Si lo que había comunicado Spencer era cierto —y ya se guardaría él de dar una noticia falsa— de un momento a otro tendría a la zaga a los del F. B. I.

— ¡Venga, salgamos!... —gritó, de pronto—. ¡Sois unos verdaderos idiotas!

Más que el peligro que corría, era el marcharse sin resolver el truco lo que le exasperaba. Intentó ponerse de pie, pero un fuerte dolor le obligó a sentarse de nuevo.

— ¡Acercadme un sillón! ¡Pronto!

En volandas sobre el sillón, lo llevaron al ascensor. Nadie pensó en recoger a Marlowe,

Abajo aguardaban dos coches. Mientras descendía el ascensor, Scovell hizo la distribución de sus hombres. Seis irían en el coche grande, Broadway arriba, hasta la calle Treinta y Tres. Se detendrían unos minutos en la estación de Pennsylvania, y luego, por la Séptima Avenida, se dirigirían a Greenwich. Allí ya cada uno podía apearse a discreción. A las ocho de la mañana todos debían procurar la conexión con Spencer, quien ya les comunicaría las nuevas órdenes.

Scovell saldría en el coche pequeño. Le acompañarían Maurer y Brooke. No dijo qué dirección, pensaba lomar.

Herbert aguardó a que el coche grande partiera. Brooke aguardaba con el motor en marcha, sin decidirse a preguntarle al jefe.

—Invéntate un pequeño rodeo para salir de aquí. Luego, directos a la Avenida de Lexiton.

Se hallaba medio tendido a lo largo del asiento trasero. Al arrancar el coche, el dolor de la pierna alimentó. Reparó entonces en que, el que le había herido, Yuan Kai, un muchacho, había estado bajo su poder, incluso con las manos atadas, y así y todo se había escapado.

— ¡Maldito chino! ¿Por qué no lo aplasté?

Su cólera aumentaba por momentos y sus pensamientos se ensombrecían. Ya no le parecía tan divertida como al principio la ocurrencia de esconderse donde se dirigía. No, había que convencerse de que las cosas no marchaban nada bien. Desde luego, aun contaba con recursos. Scovell estaba acostumbrado a verse en situaciones todavía más difíciles. Pero él mismo reconocía que entonces tenía más bríos. El abismo que aquella noche se había abierto entre él y Livia ya era definitivo.

—Nos hallamos en la Avenida de Lexiton —anunció Maurer—. ¿Hacia dónde?

—Calle Veintiséis —contestó Scovell, secamente.

* * *

No tuvieron necesidad de detenerse en la estación de Pennsylvania, porque si lo que pretendía Scovell al darles esta orden es que sirvieran de cebo, antes de llegar a la calle Treinta y Tres ya lo habían conseguido. Un coche les seguía.

Aceleraron la marcha, y en tanto unos preparaban las armas dispuestos a repeler cualquier ataque, otros comenzaron a manifestar su disconformidad, que desde tiempo les estaba royendo.

—Al jefe le van mal los asuntos y nos echa como carnaza —manifestó uno de voz gorda, que iba, al lado del conductor.

— ¡Cállate! —cortó otro de los que iban atrás, junto a la ventanilla izquierda.

En aquel momento pasaban bajo la zona de luz que proyectaba

sobre el asfalto la fachada de una sala de espectáculos. A la velocidad que iban, más los escasos transeúntes que a aquellas horas había en las calles, era muy difícil pudiera percibir nadie la disposición de los que iban dentro del coche. No obstante, cada vez que pasaban una zona de luz, los que estaban situados a las ventanillas torcían un poco el cuerpo, ocultando el arma. Uno de ellos empuñaba una ametralladora ligera “Thompson” calibre 45.

—Los renegados... —empezó a decir el que se hallaba en la ventanilla de la derecha. Pero notó un fallo en la “Parabellum”, y se dedicó a corregirlo, sin acordarse de terminar la frase.

—Pero lo que ha manifestado Carson es verdad —intervino otro, adhiriéndose al que iba al lado del conductor—. Ya hace tiempo que no me gusta nada lo que hace el jefe. Lo que esta noche dijo el muchacho chino es verdad. Él embarcó a Kent y a los suyos, y luego se deshizo de ellos. Es un cochino asunto.

—Y peligroso —añadió el de la voz gruesa, pero ahora hablando con énfasis sabiendo que tenía una adhesión—. Kent no estaba solo, y ya veréis cómo nos ponen el rabo.

— ¡Bueno, cállate ya! —gritó el que empuñaba la ametralladora. En realidad, él estaba tan disgustado como el otro, pero no se atrevía a mirar de cara su disgusto.

Durante unos momentos llegaron a creer que habían despistado al coche que les seguía. Tras varios rodeos, consiguieron salir a la ancha pista que bordeaba North River. Parecía en realidad que el coche sospechoso les había perdido, o que todo había sido una falsa alarma.

Se hallaban cerca del túnel Lincoln. Alguien propuso meterse en él para, dando un largo rodeo, regresar por el Holland. De allí a Greenwich había solo dos pasos. Cada uno entonces podía hacer lo que quisiera. Es lo que había ordenado el jefe.

El que iba al lado del conductor volvió a tomar la palabra. En Greenwich Village, en un bar que hacía esquina a Gansevoort, había caído Kent. ¿Para qué quería el jefe que fueran allí?

— ¡Ahí está ese otra vez! —gritó el de la “Parabellum”—. ¡Acelera!

— ¡No! —opuso el de la ametralladora—. Para, y veamos de una vez qué es lo que quieren.

La ancha pista a aquellas horas estaba solitaria.

Tal como iban quedaba a su derecha North River. Luces temblonas sobre el río negro, y de vez en cuando la sirena de algún *ferry-boat* ululando a la tenebrosidad de la noche.

El coche que venía detrás también disminuyó la marcha, y un momento pareció que iba a detenerse. De repente aceleró, y, antes de llegar a donde aguardaba el otro, con las luces apagadas, comenzaron a disparar.

Los hombres de Scovell se agazaparon un poco, resguardándose tras las planchas blindadas. Sucesivas ráfagas de pistola ametralladora puntearon la carrocería, y los cristales quedaron en una arruga interior, como si dentro de ellos hubiese quedado inmovilizado un estallido de agua.

— ¡Síguelos!

Pero, cuando el que conducía se disponía a arrancar, una gran llamarada se levantó ante el parabrisas. El líquido inflamable lanzado sobre el motor erguía ante los seis hombres encerrados, transformado en un monstruo de fauces horribles que dejándose caer de lo alto, fuese a devorarles.

El primero en saltar a tierra fue el que llevaba la ametralladora; luego, el chófer; después, el de la voz gruesa... Ninguno de estos tres pudo darse cuenta de dónde venían los disparos. Apenas pusieron pie en el asfalto sintieron como un cuchillazo que les segara el vientre. Uno de ellos cayó de espaldas, casi sentado sobre el estribo, y con la cabeza dentro del coche.

Los tres que quedaban dentro estuvieron unos momentos indecisos, sin saber por qué lado lanzarse. Las llamas eran cada vez mayores. Aparte de que su permanencia en el interior del coche se hacía por momentos más difícil, estaban dando tiempo al enemigo a que se apostara con toda tranquilidad.

Lo primero que había que hacer era atravesar la zona de luz que las llamas proyectaban. Luego... Luego, la nada. En torno a la antorcha que formaba el roche incendiado, quedaron tendidos los seis hombres de Scovell.

Momentos después de que los seis cayeran, un coche, con los faros apagados, trazó un círculo en torno a la pira. Ninguno de los que iban dentro era policía.

—Si Kent puede verlo, estará contento —comentó uno, sin dejar de mirar hacia los cadáveres.

—Falta Scovell.

—Ese...

Iba a pronosticar el fin de Scovell, cuando observó que a toda velocidad avanzaban hacia ellos unos potentes faros.

— ¡Tuerce a la derecha! —dijo el mismo, que era el que parecía llevar la iniciativa.

Sin proponérselo, se metieron precisamente por Gansevoort.

Pasó, vertiginoso, el coche de los potentes faros. Pasó, sin detenerse, junto al coche incendiado. La pista volvió a su soledad y quietud, más sola y quieta que nunca, con la luz de aquella pira y la presencia de aquellos seis muertos.

Un poco más allá, North River, con sus luces bamboleantes, con sus *ferry-boats* ululando a la tenebrosidad de la noche.

* * *

Desde que se produjo el atentado contra el general Glemser, hasta el momento en que la señora McCullers, Livia y el agente especial Bartley salieron del “Race’s Club” para volver a casa, habían transcurrido poco más de veinticuatro horas.

Toda vida, por metódico y vulgar que sea su desarrollo, tiene infaliblemente que enfrentarse con alguna etapa cuya intensidad parece va a acabar con la más fuerte resistencia. Cada uno de esos minutos lleva concentrada tal carga de energía, que diríase que, a partir de entonces, los nervios van a quedar laxos, estragados para ninguna otra excitabilidad. Un hombre que en el frente ha visto varias veces la muerte de cerca, o ha sufrido la incomodidad del cautiverio, al hallarse en casa no debía inmutarse porque al ir a ponerse las zapatillas no las halla en su sitio. Sin embargo, ocurre así.

Así al menos le ocurría a la señora McCullers.

Sin duda, una de las mayores alteraciones de nervios que durante aquellas intensas veinticuatro horas sufrió tía Henrietta, fue, al regresar a casa, no encontrar a su marido esperándola.

El criado le dijo que a eso de la media noche el señor se había levantado, porque no podía dormir. Antes de acostarse estuvo llamando a “Cottage”, sin conseguir comunicar. “No me gusta esto”, le oyó decir el criado.

— ¡Muy bien! —interrumpió la señora—. Y como no le gustaba,

decidió acostarse.

—A media noche se levantó —repitió el criado, como queriendo disculpar a su señor—. Hará cuestión de media hora llamaron de los almacenes, y el señor se fue...

—Alguna tontería de los vigilantes, como si lo viera. Cuando no son ellos, es mi marido quien va a molestarles... ¡Dichosos Veinte Departamentos! ¿Se da usted cuenta, señor Bartley, lo que significa para mi marido? Ahora va usted a dispensarme unos momentos. Me es absolutamente necesario cambiar de ropa. Y tú también, Livia. ¡Uf! ¡Dios mío! Estamos para que nos retraten...

—Yo voy a marcharme —dijo el agente.

— ¡No! ¿Por qué? Mientras nos cambiamos, que le prepare Nichols alguna cosilla. Tengo necesidad de hacerle a usted algunas preguntas.

— ¡Pero, tía! El señor Bartley querrá descansar.

—Que se acueste aquí. De todas formas, yo sé que no va a poder dormir esta noche, después de lo que ha pasado. ¿Verdad, señor... Alexis? Perdóneme, pero me gustaría llamarle Alexis.

—Puede hacerlo.

—Espérenos, Alexis. No creo que a estas horas esté en ninguna parte mejor que aquí. Échese en ese diván si quiere. Nichols le preparará un whisky, y en cuanto salgamos veremos de cenar, porque supongo que estará usted desfallecido. Y tú también, Livia. Estas cosas suelen abrir un apetito atroz.

Alex, medio echado en el diván, aguardó durante un rato a que la señora McCullers y su sobrina salieran de arreglarse. Al lado tenía el vaso de whisky que Nichols le había preparado.

Bartley se daba cuenta de que si continuaba en la misma posición el cansancio acabaría por apoderársele. Pero no se movió.

Con los ojos medio entornados se quedó mirando un reloj incrustado en una pequeña escultura de mármol, situada en la cornisa de la chimenea. Eran las cuatro y diez...

Cuando despertó eran más de las nueve. Se hallaba tendido a todo lo largo del diván, el cuerpo envuelto con una colcha y la cabeza descansando sobre dos almohadones. Al intentar incorporarse sintió fuertes pinchazos y una especie de quemazón en el brazo izquierdo.

Se levantó y con dificultad consiguió quitarse la chaqueta. El

vendaje se le había corrido y la herida presentaba una gran hinchazón. En las horas febriles de la noche anterior, apenas tuvo en cuenta la lesión. Tampoco hubo tiempo para ello.

—Buenos días, señor Bartley.

Era Livia, que acababa de entrar. A Alex se le antojó más alta y más delgada que horas antes.

—No debieron consentir ustedes que me durmiera —dijo Bartley, tratando de hallar una disculpa.

—Nos pareció un crimen despertarle... Aunque le advierto que mi tía lo hubiera hecho sin remordimiento alguno. Su gusto hubiera sido estar charlando hasta el amanecer... A ver el brazo.

—No es nada. Un poco de irritación.

—No debe usted descuidarlo. Se le está infectando. Voy a ver si encuentro con qué vendarle.

Salió, y Bartley se acordó entonces del día anterior, de un momento idéntico a este, en la biblioteca de la casa de Livia, momento que él aprovechó para substraer los documentos del escondrijo de la mesa.

Instantes después, cuando Livia terminó su nuevo vendaje, volvió a insistir, ahora con marcado interés, que no descuidara el tratamiento del brazo y, sobre todo, que procurase tenerlo en reposo unos días. Bartley se admiraba de que una cosa tan baladí tuviese preocupada a Livia. Esto, al principio, le llenó de gozo. Luego se enfrió un poco al considerar que acaso ella se interesaba tanto por aquel rasguño porque se sentía algo responsable, ya que fue producido socorriéndola.

Bartley se dispuso a marcharse. Quería conectar cuanto antes con el inspector Rowley, a ver qué tal había ido la captura de Scovell. Casi le disgustaba que en tan breve espacio todo estuviese resuelto. Cuando aquello estuviese definitivamente liquidado, emprendería otro asunto, acaso a muchas millas del área en que se desenvolvía Livia. Tentado estuvo de manifestarle su temor.

Pero, en vez de eso, se limitó a preguntar:

—Y su tío, ¿tardó mucho en aparecer?

—Un poco después que usted se durmiera. No sé cómo no le despertó la pelotera que tuvo con mi tía. Pero de nada ha servido. Hoy se ha ido a la oficina más temprano que nunca.

Hasta el mediodía, Bartley, no pudo hacerse con el inspector. Todo el buen humor de la noche anterior había desaparecido.

—Ese Scovell es gato viejo y nos va a dar trabajo. He removido todas las madrigueras, pero no he conseguido más que llenarme de polvo. ¿Dónde habrá podido meterse?

—Un bicho como ese tiene muchos agujeros —respondió Alex.

—No tantos como tú crees. Cuando se va cuesta abajo, los mismos que te seguían al subir se vuelven en contra. Scovell tiene a muchos de sus secuaces a la espera de saldar cuentas antiguas.

—Antigua es la cuenta que yo tengo con él —manifestó Bartley, súbitamente serio—. Y no sé por qué, tengo la confianza de que he de ser yo quien se la cobre por todas.

Capítulo XIII

LOS PRESENTIMIENTOS

Después de los funerales del general Glemser, Livia continuó viviendo en casa de sus tíos. Durante algunos días estuvo yendo por las tardes a su casa, para ayudar al inspector Rowley y a Alex en la reconstrucción del informe. No era tarea fácil. Muchos datos se habían perdido, aparte de que los que aportaba Bartley señalaban nuevas ramificaciones.

Cuando el informe estuvo terminado, Rowley se trasladó a Washington. Llevaba conclusiones de tal trascendencia, que preveíanse repercusiones en el Senado y en la Cámara de Representantes. Los columnistas de los grandes rotativos pusieron la cuestión de China en primer plano. El “Informe Glemser” era un aldabonazo al Departamento de Estado y al Gobierno en pleno. Un cambio de orientación en la política exterior, en particular la que se refería al Extremo Oriente; un severo control en la inversión de fondos destinados al reforzamiento del ejército de Chiang-Kai-Chek... De lo contrario, Asia se escurriría de la hegemonía norteamericana.

Los días empleados en la preparación del informe fueron los más dichosos para Alex. Sobre todo las tardes, cuando se trasladaba a la casa de Glemser, se encerraba en la biblioteca y se ponía a trabajar. Un poco después llegaba Livia. A veces también les acompañaba el inspector, pero se marchaba enseguida. La captura de Scovell le tenía obsesionado. Por eso no metía mucha prisa a Bartley porque terminase el informe. El servicio completo sería coronarlo con la detención del motor principal.

A medida que el trabajo llegaba a su fin, el ánimo de Bartley se ensombrecía. Conocía el propósito de Livia de marcharse una temporada a Texas, de donde era su padre. Allí poseía algunas tierras y una hermosa finca rodeada de árboles, que siempre había sido el sueño del viejo general: acabar allí sus días.

La víspera de que el trabajo estuviese terminado, Bartley, en un

momento en que quedó mirando a través de los cristales de la biblioteca el delicioso sol de invierno que doraba el jardín, volvióse hacia Livia, quien permanecía sentada a la máquina de escribir, en espera de que Alex continuara el dictado interrumpido.

— ¿Por qué no salimos, antes de que el sol nos vuelva la espalda?

—Por mí no existe inconveniente —respondió Livia—. Pero me parece que el inspector se va a enfadar, si ve el trabajo interrumpido.

—No. Hemos convenido en que mañana por la tarde estará todo terminado. Exactamente el plazo que me señaló desde un principio: lo que durase la convalecencia de mi brazo. Como usted ve, una infección no siempre resulta perjudicial; gracias a ella, he tenido unas vacaciones. Mañana por la noche Rowley saldrá para Washington con el informe, y yo volveré al servicio activo.

Descendieron la pequeña escalera que comunicaba con el jardín. Al bajar, Livia miró instintivamente hacia su izquierda; huyendo mirar el sitio en que cayó muerto el hombre que hirió a Bartley. Siempre hacía lo mismo.

—Si se marcha usted —empezó Alex, apenas entraron en uno de los senderos más dorados de sol—, es casi seguro de que no sienta deseos de volver a Nueva York.

—Muy posible... No me llevo muy buenos recuerdos...

—Sin embargo...

Pero no se atrevió a decir lo que en aquellos momentos se le ocurría.

—Yo también me marcharé —siguió él, intentando explicar sus sentimientos desde otros ángulos—. Cuando haya “liquidado” esto...

Sin querer, había hecho alusión a Scovell. Desde la noche del “Race’s Club” los dos parecían tácitamente de acuerdo en no aludir a Herbert. También el inspector, cuando Livia estaba presente, contenía sus impaciencias referentes a Scovell.

Livia no rehusó ahora tratar la cuestión directamente.

—Pero ¿es que va usted a dedicarse a la busca de ese hombre?

—Hay que terminar el servicio.

—Pueden terminarlo otros... Usted ya corrió los primeros riesgos...

Bartley hubiera querido en aquellos momentos volverse y coger

a la muchacha de los hombros y preguntarle a flor de labios: “¿De verdad, Livia, te preocupa mi suerte?”. Y antes de que respondiera ahogarle la respuesta con un beso.

No lo hizo. Con otra mujer no hubiera dudado. Pero era gracioso lo que le ocurría con ella desde el día en que la vio por primera vez, en el aeródromo, cuando fue a despedir a su padre. Siempre temía pecar de osado, rebasar límites que confirmaran la impresión que ella tenía formada de él, influenciada por la opinión de su padre. No, Bartley no era un frívolo.

Lo dijo en alta voz:

—Nos separaremos. Acaso no nos volvamos a ver. Y usted seguirá teniendo de mí la opinión equivocada que formó en un principio.

— ¿Qué opinión? —preguntó Livia, verdaderamente sorprendida.

—Que soy un frívolo... un veleta...

Ella rio.

— ¿Y eso le preocupa?

Él la miró valientemente.

—Que usted lo crea, sí.

Un momento quedaron los dos en silencio, mirándose profundamente. Ella fue la primera en apartar los ojos.

Callados continuaron andando. De pronto, Livia comenzó a hablar, de cosas indiferentes, con el claro propósito de deshacer aquel silencio embarazoso.

Pero Alex acababa de sentirse por unos segundos anegado en la inmensidad de aquellos ojos azules, y era ya difícil contenerle. Apresuradamente se metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y sacó la cartera. En el departamento transparente, donde se veía una tarjeta de identidad, hizo que la cartulina se corriera a un lado. Debajo apareció un retrato.

—Vea si la conoce.

Era Livia. Miró a Bartley, enormemente sorprendida.

— ¿Cómo tiene usted...?

—Se la quité a su padre —interrumpió él—. Al segundo día de estar juntos, camino de Hong-Kong.

Livia había enrojecido.

—Al principio su padre creyó que la había perdido, pero al final

yo creo que sospechaba de mí. Mas nunca me dijo nada. Creyó más conveniente, al llegar a Formosa, deshacerse de mi.

Ella había vuelto la cabeza mirando a un lado del jardín, como queriendo evitar que Alex sorprendiera su alegría. Pero él la cogió de los hombros, y ahora sí que dijo a flor de labios:

— ¡Livia!... ¡Créame!... ¡La quiero!...

Y otra vez, sintiéndose anegado en la inmensidad de aquellos ojos azules, envuelto por un extraño vértigo, pegó su boca a la de Livia.

Despertó segundos después, cuando Livia, habiendo retrocedido unos pasos, clavaba en él unos ojos llenos de dureza, y le decía, con una frialdad cortante:

— ¡No debió hacerlo, señor Bartley!... ¡Ha cometido usted un gran error!

Se marchó. Bartley no se atrevió a seguirla.

* * *

Al día siguiente, a las cinco de la tarde, Bartley ya tenía el trabajo terminado.

Encendió un cigarrillo y comenzó a pasearse por la biblioteca. De un momento a otro llegaría el inspector Rowley para recoger el informe y salir inmediatamente hacia Washington.

Allá afuera oíase trajinar a Úrsula, la vieja criada de los Glemser, y el marido hacía unos momentos había salido a abrir la verja del jardín, donde un claxon acababa de llamar.

Bartley se aproximó a mirar por la ventana sin ninguna esperanza. Efectivamente, del coche solo se apeó el inspector.

—Qué, ¿está eso? —preguntó Rowley, apenas entrar, y yendo directo al montón de pliegos que había sobre una mesa...

Miró solamente las últimas páginas.

—Conforme. Apenas tengo tiempo para coger el avión. A Masters le he dejado instrucciones, aunque si quieres esperar a que yo regrese de allá... Me temo que me van a recibir con un rapapolvo. ¡Ese maldito Scovell!

Ya bajando la escalera, preguntó:

— ¿Y la señorita Glemser?

—No ha venido esta tarde —contestó Alex, procurando una voz natural.

—Salúdala de mi parte.

— ¿Tardará usted mucho en regresar?

—Tres días calculo yo...

Se estrecharon la mano. El coche se puso en marcha...

—Hasta pronto, inspector.

— ¡Hasta luego, Bartley!

Días después el inspector comentaría: “¡Fue una ironía! Me marché en el preciso momento en que iba a saberse que las cosas estaban cambiando”.

Es que al quedar Bartley solo en el jardín, se le ocurrió encaminar sus pasos hacia el sendero donde la tarde anterior tuvo la escena con Livia. Cada vez que pensaba en ello su ánimo se ensombrecía más. A medida que pasaba el tiempo, su actitud le parecía más injustificable. La precaución de tantos días para no comportarse de manera impropia, en unos segundos había quedado derrumbada.

Livia no había acudido aquella tarde. Era lo más natural. Como también resultaba lo más lógico que él saliera de aquella casa, donde nada tenía que hacer. Si durante los primeros días era necesario, porque el trabajo lo requería... (En realidad, nunca fue absolutamente imprescindible que la redacción del informe se efectuase allí; era Bartley quien procuraba el pretexto para que Livia estuviese cerca.)

Lo mejor que podía hacer era marcharse.

Luego pensó que nada tenía de particular que dejase caer en casa de los McCullers, a saludarles, y de paso, si hubiese oportunidad de hablar a solas con Livia... Si él pudiese justificarse, deshacer aquella “mala opinión”... Despedirse por lo menos como amigos...

Media hora después entraba en el piso de los McCullers. Le recibió tía Henrietta.

— ¡Por fin se deja ver, Alexis! ¡Ya me estaba enfadando con usted! No creo que una cosa esté reñida con la otra, para que deje de venir a vernos.

Alex enrojeció, creyendo que las últimas palabras de la señora McCullers encerraban una alusión a lo ocurrido con su sobrina. Bartley, no sabiendo qué decir, preguntó por su marido.

— ¡Oh! Él, ya se sabe: en sus Veinte Departamentos. Y como si

el mundo fuese un huevo, y él fuese a absorberlo, se pasa casi las veinticuatro horas del día en su oficina. Nunca he visto a mi John tan fiera como en estos días. No le extraña a usted oír un día que he presentado demanda de divorcio... Pero ahora que caigo, no le he preguntado por qué mi sobrina no ha regresado con usted.

—Su sobrina no ha venido por allá esta tarde —contestó Bartley.

—Entonces, está claro —aceptó, distraída, la señora McCullers.

Pero enseguida, reparando más detenidamente en la respuesta del agente, volvió a preguntar:

— ¿Qué ha dicho usted? ¿Que mi sobrina no ha estado esta tarde en su casa?

—No.

— ¿Está usted seguro?

—Ahora vengo de allí.

La señora McCullers quedó pensativa.

—Es extraño.

— ¿Por qué es extraño? —inquirió Alex, sin intentar ocultar su interés.

—Porque al salir me dijo que iba allí...

—Habrá cambiado luego de idea.

La señora quedó un momento observándole.

—Mi sobrina no es de las que cambian fácilmente de idea, Alexis. Se lo digo por si ello puede servir de algo a su tranquilidad. No sé si debía decirle... Bah. Es casi seguro que no debo decírselo. Pero ya estoy absolutamente convencida de que he de terminar mis días hablando de lo que no debo hablar, y arrepintiéndome de haber hablado. Me parece que a todo el mundo le ocurre lo mismo, ¿no cree usted?... Esta mañana se me ha acercado mi sobrina con una cara distinta a la de todos los días. “Quiero contarte algo, tía”. “Lo sé —le he interrumpido yo—. Y ya sabes que no me gusta que me llamen tía”. Naturalmente que yo sabía lo que quería contarme mi sobrina. Si lo llevaba escrito en toda la cara, y no había más que mirarle los ojos... “Y tú, ¿qué opinas?”, ha vuelto a preguntarme. A mí siempre me han divertido estas preguntas. Vamos a ver: ¿cree usted absolutamente necesario que los demás opinen, cuando los interesados ya tienen decidido qué criterio es el que ha de prevalecer? Solamente le he dicho esto: “Me alegro, porque veo que mis presentimientos se cumplen. Lo presentí desde el primer

memento... cuando supe que se llamaba Alexis”.

Al principio Bartley no quiso manifestar sus “presentimientos”. Pero una hora después, ya de noche, cuando la señora McCullers hubo agotado las llamadas telefónicas a puntos donde la presencia de su sobrina hubiese sido posible, tiró el auricular sobre el listín del teléfono, y declaró:

— ¡Presiento que a mi sobrina le ha ocurrido una desgracia!

— ¡Eso se va a averiguar enseguida! —exclamó Bartley, no pudiendo ya contenerse—. No descuide el teléfono. Intermitentemente comunicaré con ustedes.

Eran poco más de las siete cuando se marchó. A las once de aquella noche Bartley había comunicado con los McCullers unas diecisiete veces. A las once y veinte, cuando la llamada telefónica llegaba al número dieciocho, la voz de la señora McCullers cambió el ritmo a las cosas.

— ¡Venga usted enseguida, Alexis! ¡Es importantísimo!

Momentos después Bartley se hallaba de nuevo en casa de los tíos de Livia. Al salir del ascensor se encontró que la señora McCullers le esperaba en la puerta del piso.

— ¡Estoy esperándole una eternidad! ¡Pase, Alexis!... ¡Va usted a hacerse cargo de la desgracia que nos ha caído encima!

En el estado de ánimo en que se encontraba Bartley, sin necesidad de oír a la señora, cualquier detalle era suficiente para desesperarle. Después de la infructuosidad de sus primeras averiguaciones en centros de policía y socorro, se había dirigido a Masters, que había quedado como sustituto del inspector Rowley.

—Eso es cosa de Scovell —le había dicho este, a bocajarro.

—Eso me temo —manifestó Bartley, casi sin voz.

Masters, reparando en la palidez de su compañero, preguntó si es que estaba enfermo. Pero Alex, en vez de contestar, dijo:

—Esta noche me incorporo al servicio. Ponme al corriente de las últimas pesquisas hechas contra Scovell.

Cuando el otro le hubo informado, se fue al hotel. Desde allí llamó a la señora McCullers, luego a otro sitio. Después, vestido, se echó sobre la cama. Parecía dormido. No obstante, cuando media hora más tarde llamaron muy suavemente a la puerta; él se incorporó enseguida.

— ¡Adelante!

La puerta se abrió lentamente.

— ¡Pasa, Yuan Kai! —mandó Alex, sin haberle visto.

El muchacho apareció por etapas: primero la cabeza, luego el tronco, después todo entero.

—Yuan Kai: te he llamado porque necesito tu ayuda.

El chinito apenas había osado avanzar dos pasos dentro de la habitación. Permaneciendo en una actitud encogida, dijo:

—El buen amigo de Mawi Fei sabe que mi vida le pertenece.

Bartley intentó decir en broma una cosa que estaba pensando muy en serio:

—Yuan Kai: estoy en un momento en que preciso de todos mis ahorros... y voy a gastarme hasta tu vida. Es contra Scovell.

Los ojos oblicuos parecieron forjar una forma redonda, sobre la brasa de unas pupilas irritadas.

Una hora después fue cuando la señora McCullers lanzó su llamada.

* * *

— ¡Algo horrible, Alexis! ¡Algo horrible! ¡Ahí tiene usted a John!

El señor McCullers parecía engullido por el sillón en que se hallaba sentarlo.

— ¡Es algo que nunca podré explicarme! ¡Nunca! ¡Aunque mi Alexis naciera y se encarase conmigo gritándome que su padre es un hombre normal... no lo creería!

Por unos instantes Bartley creyó que su alarma iba a quedar reducida a presenciar una tontería matrimonial. Pero pronto vio que no.

— ¡Vea usted, Alexis! ¡Vea si le arranca el porqué de haber tenido escondido a Herbert en su oficina!

Alex palideció. Palideció de rabia contra sí mismo, porque tan pronto oyó decirlo se convenció enseguida que era verdad. Le pareció oír la risa seca del viejo Glemser: “¿Usted es agente especial?”.

Durante varios días había tenido a Herbert Scovell delante de sus narices.

— ¡Explique eso! —pidió Bartley, con aspereza.

John McCullers empezó a referir, con voz débil, lejana, como si hablara desde dentro de un pozo o de un sueño. Bartley solo

atendió el principio, cuando en la madrugada en que murió Mawi Fei el señor McCullers recibió una llamada desde los almacenes. Esto solía ocurrir a menudo, y no se extrañó. Pero ya abajo, se encontró con Scovell y dos desconocidos. Herbert estaba herido, y le pedía ayuda. Él se la dio.

— ¡Pero ese hombre había asesinado a tu cuñado! —clamó su esposa—. ¡Tú sabes que aquella noche pudo asesinarme a mí y a tu sobrina! ¿Por qué no le denunciaste?

John McCullers guardó silencio. Parecía aplastado por una gran fiebre, y gruesas gotas de sudor, canalizadas por profundas arrugas de la frente, se le corrían a las sienes.

— ¿Cuánto tiempo estuvo escondido abajo? —preguntó el agente.

—Hasta esta madrugada.

— ¡Claro! ¡Y hoy mismo secuestra a nuestra sobrina! ¡Esa es tu obra! —y con tal saña miraba a su marido, que diríase que de un momento a otro el orondo John iba a estallar como la goma de un globo.

—Señora McCullers —dijo Bartley, impaciente por las interrupciones—, esa cuestión ya la trabaremos más tarde. Lo que interesa ahora es recoger detalles que nos orienten... Dígame lo que hacía Scovell... Pero sería mejor que nos trasladáramos a la oficina. Vamos...

McCullers se levantó, sin objetar nada.

—No será absolutamente necesaria mi presencia, pero les acompañaré —dijo su señora Y fue la primera que salió del piso.

Bajando en el ascensor, Alex preguntó:

— ¿Cuántos vigilantes hay?

—Uno para cada cuatro departamentos, y uno para las oficinas. El de las oficinas fue cambiado al día siguiente por uno de los que acompañaban a Scovell...

— ¿Y se llamaba...?

—Maurer.

Ya en el despacho de McCullers, este mostró la habitación donde había estado Scovell. Era un pequeño gabinete que John tenía destinado a su archivo reservado. A un lado veíase un diván, con ropa de cama, descuidadamente plegada, encima; en un rincón, restos de comida e infinidad de colillas.

— ¡Cuánta porquería! —exclamó la señora McCullers—. ¡Así olías tú estos días!

En otro rincón, había una bola de gasas y algodones sucios de sangre envueltos con un periódico que se rompió al darle el agente con el pie.

— ¿Vino alguien a curar a Scovell?

—A primeras horas de aquel día vino el mismo doctor que ya estuvo por la noche en casa, cuando hirieron a Herbert en el pasillo de mi compartimiento.

— ¿Cómo se llama?

—No sé. Ellos le llamaban “Mecánico”.

— ¿“Mecánico”? Yo sé algo de eso —intervino la señora.

Y, reparando en la mirada impaciente que le dirigió Bartley, agregó, con el calor de quien cree que va a dar la solución:

— ¡No me mire usted, Alexis! Creo que es importante lo que le voy a decir. Cuando entraron a Herbert en casa... ¿Recuerdas, John? Entre tú y Nichols lo acostasteis en la habitación rosa... Al decir, no sé si fuiste tú, de llamar al doctor, Herbert te mandó que telefonaras a... no sé qué número, sé que era un bar y que preguntaras por Spencer. De eso me acuerdo bien, porque enseguida pensé en Spencer Tracy. A mí no me gusta ese artista, no sé si es por hacer la contra a todo el mundo... Sí, recuerdo perfectamente que te dijo: “Llama a Spencer y dile de mi parte que mande al “Mecánico” y alguno, operarios... ¿Te vas acordando, John?

— ¡Sí! Y el número del teléfono era de un bar, cierto... Pero ¿qué número? —y McCullers quedó suspenso, prendido ya en la intriga.

—No perdamos tiempo... —cortó Bartley—. Ese Spencer está bien localizado. Me interesa más saber qué clase de gente venía a ver a Scovell.

—No venía nadie... por lo menos durante el día.

— ¿Habla por teléfono?

McCullers sonrió, pasándose de listo.

—Da la centralilla se hubieran dado cuenta, ¿no cree?

—Usted conversaría a menudo con Scovell...

—Muy poco. Me tenía prohibido, durante la jornada de trabajo, entrar en su habitación. Alguien del personal podía venir a buscarme... Únicamente a primeras horas, cuando todavía no había

nadie, y por la noche, cuando ya se habían marchado todos.

— ¿De qué hablaban?

—Solía preguntarme lo que se decía de él... Especialmente, lo que más le interesaba era saber qué hacía mi sobrina. Yo no quise decirle que estaba ayudando a ustedes a preparar el informe...

— ¿Por qué? —preguntó, rápido, el agente.

—Porque ya estaba tranquilo —contestó McCullers, casi sin pensar—. Scovell me engañó al principio. En el informe no había nada contra mí.

Bartley se agarró.

—A ver: tenga la bondad de aclararme eso... ¿Qué podía haber en el informe contra usted?

— ¡Sí, es absolutamente necesario que nos expliques eso, John! ¡Oh! ¡No me hagas presentir cosas horribles!

¿Cosas horribles? John McCullers se atrevió a mirar de frente a su esposa. La miró casi con odio, con un maligno deseo de hacerle daño, aunque con ello él mismo se hiriera. Sí, iba a saber qué clase de marido era el suyo: sus trapisondas, sus piraterías... Todo iba a decirlo, para que se avergonzara. Y si de ello el agente hacía uso, y lo detenía, mejor, más vergüenza aun... Y John McCullers refirió cuanto había tenido con Herbert Scovell.

Cuando terminó, quedó con la cabeza gacha, exangüe. Ya todo estaba perdido.

Naturalmente, la primera voz que se oyó fue la de su esposa.

— ¡Pero John! ¡Querido! ¿Tú contrabandista? ¿Es posible, querido mío?

Y se lanzó sobre él, para casi estrujarlo con su abrazo.

— ¡Qué feliz soy!

Se volvió a mirar al agente, y dijo, con todo el énfasis:

— ¡Alexis! ¡Prométame ahora, cuando la suerte de mi sobrina es tan incierta, que si todo sale bien y se casan ustedes, hará que el proceso de mi marido tenga los máximos honores con la máxima publicidad! ¿No crees, John? ¡Que sepan todos quiénes somos los McCullers!

* * *

Aquella noche Bartley volvió a entrevistarse con Yuan Kai. De lo recogido en casa de los McCullers, lo que él consideraba más

importante era saber que el que estuvo de vigilante nocturno en las oficinas se llamaba Maurer. Él debía ser el enlace de Scovell.

—Lo conozco —dijo Yuan Kai—. Y usted también.

Maurer era uno de los que llevaron al chinito atado para ponerlo a presencia de Mawi Fei.

Después que Alex le hubo informado de lo que creyó que le podía interesar, Yuan Kai le habló de sus gestiones. Los suyos le habían prometido ayudarle. Estaban tan interesados como la policía en encontrar a Scovell. Pero ponían una condición.

—Quieren que les asegure que irá usted solo.

—Dales a todos tus amigos las máximas garantías de que no pretendo sorprenderles. Solo me interesa localizar a Scovell.

—Yuan Kai le asegura al buen amigo que hoy mismo sabremos donde está.

Capítulo XIII

EL ÚLTIMO PELDAÑO

El hidroavión amaró en el sitio convenido, pero lo que falló fue el *ferry-boat* que había de transportar a Scovell hasta la aeronave. Fue por un error de Brooke; y Scovell estaba dispuesto a hacérselo pagar caro.

No tendría más remedio que aguardar otra noche, y Herbert no se hallaba en situación de desperdiciar el tiempo. El cerco que sus perseguidores habían formado en torno a él iba siendo cada vez más estrecho. Las noticias que Maurer le traía, por momentos eran más negras. Los sabuesos ya casi llevaban una dirección recta hacia él. ¡Maldito Brooke! Si no hubiera confiado en su imbecilidad, a estas horas Scovell ya podría divisar desde su hidroavión las rocosas islas frente al puerto de Hong-Kong.

Su impaciencia le hacía ver más insoportable el sitio donde se hallaba refugiado. Todavía más insoportable que la celda en las oficinas de McCullers. Se hallaba en los sótanos de un viejo almacén de pescado, a orillas del Hudson. Los sótanos estaban muy por debajo del nivel del río, y la humedad, más la macilenta luz que apenas lograba filtrarse por la sucia claraboya que había en un ángulo de cada covacha, hacían que los pensamientos de Scovell por momentos fuesen más sombríos. En vano, por animarse, se recreaba en la maravillosa realidad de tener a Livia bajo su poder. Aun sabiendo que era cierto, le parecía de pronto tan inaudito, tan fantástico, que no podía refrenar el impulso de acercarse a mirar por las rendijas de la puerta, tras la que se encontraba Livia. A veces iba despacito, como si tuviese temor de molestarla; otras, era Herbert Scovell el que avanzaba, poderoso, inexorable, y abría de un empujón la puerta.

— ¿Qué? ¿Seguimos de mal humor?

Livia no le contestaba. Ni se movía siquiera. Sentada sobre un cajón, bien arrebutada en su abrigo, permanecía un poco ovillada, inmóvil, como una estatua.

—Abrígate con esas mantas. La humedad te va a pudrir.

Pero Livia no se movía.

— ¡Su odiosa terquedad!...

Y Scovell se marchaba, dando un tremendo portazo. Otras veces se la quedaba mirando con unos ojos llenos de diabólica alegría.

— ¡Me vas a querer! ¡Me sobran medios para hacer que me adores!...

* * *

Fue al atardecer cuando Maurer anunció, muy pálido:

— ¡Bartley viene hacia aquí!

Scovell se incorporó tan bruscamente, que derribó el cajón en que se hallaba sentado.

—Pero viene solo —agregó, queriendo apaciguarlo. Esto enfureció más a Herbert;

— ¡No digas idioteces! Esos perros nunca van solos a ninguna parte.

Scovell, seguido de Maurer, treparon por la estrecha escalera que conducía a una nave llena de pilas de cajas, lonas enrolladas y dos enormes montones de chatarra. A lo largo de la estancia, a ambos lados, había una hilera de ventanas, con reja y cristales sucios. A una de esas ventanas se asomó Scovell...

—Está llegando a la verja —indicó Maurer.

—Le veo.

Scovell siguió observando. Después:

—Dile a Brooke que lo deje pasar. Una vez dentro, procurad reducirlo... pero no me lo dejéis “inservible”. Se van a lucir si es que me lo mandan como cebo. Tú, luego, cuando yo quede con él, preparas la canoa, para tan pronto se haga de noche...

Ya se había alejado Maurer unos pasos para cumplimentar las órdenes, cuando Scovell volvió a hablar:

—No es menester que le digas a Brooke nada de la canoa. Y si hay que aguantar algún golpe, ten vista y que sea él...

Pero no hubo necesidad de golpes, porque cuando Bartley hubo entrado en el primer departamento del almacén, al verse apuntado por la pistola de Maurer, no hizo ningún signo de sorpresa. Levantó los brazos y dijo con naturalidad:

—No llevo armas. Podéis cachearme.

— ¡No nos vengas con trucos! —rechazó Maurer—. Compruébalo, Brooke.

Maurer esperaba que al acercarse Brooke, Bartley saliera con una de las suyas. Pero no ocurrió nada. El agente permaneció quieto mientras lo cacheaban.

—Y ahora —dijo, tan pronto el otro hubo terminado—, llevadme a presencia de Scovell.

—Pero, ¿es que está aquí? —intentó disimular Maurer.

—No perdamos tiempo. A él le interesa más que a mí que esta entrevista termine pronto.

— ¿No tendrás inconveniente en que te atemos?

—Podéis hacerlo —dijo Bartley, con indiferencia—. En todo caso, si me interesa, ya me desataré.

—Eso me gustaría verlo —rio Maurer—. Apúntale tú, Brooke. Vamos a ver este fanfarrón...

Momentos después Bartley tenía atadas las manos por detrás, además de los brazos, por una serie de anillos tan firmemente enroscados a su tronco, que apenas le dejaban respirar.

—Vamos, ya que dices que hay tanta prisa. Desde luego, yo también creo que esta entrevista terminará pronto —dijo con sorna Maurer, al tiempo que obligaba a andar a Bartley.

— ¡Bien, hombre, bien! —fue la acogida de Scovell. Y volviéndose a Maurer—: Déjanos. Brooke que quede vigilando, y tú, a lo que te he dicho. Terminamos enseguida.

Al quedar solos, Herbert comenzó a pasearse, un paseo que lo mismo podía ser de frío que de nervios en tensión.

—Vienes, naturalmente, a despedirnos... y en particular a ver por última vez a la hermosa Livia. Tú siempre tan galante. Siéntate. Ella saldrá de un momento a otro.

—Scovell: déjate de ironías y escucha lo que te voy a decir. He venido solo, pero tengo gente que espera cerca de aquí. No, no son quienes tú te figuras. Mi presencia aquí tiene un carácter particular, y ninguno de los que me aguardan es policía. Son más peligrosos todavía: los partidarios de Kent, quienes no reconocen más trámite que el de la acción directa.

Scovell forzó la sonrisa que tenía iniciada en su gesto, pero una oleada de palidez se la borró. Quiso hablar, pero previendo que su voz no tendría la firmeza que él quería, guardó silencio.

—Vengo a proponerte que sueltes a Livia, y a cambio, tendrás una tregua hasta el amanecer.

Herbert soltó una carcajada sincera:

— ¿Da quién es esa preposición?

—De ellos y mía.

—Que sea tuya, no lo dudo... Pero no veo por qué ellos tengan que guardar ninguna deferencia a Livia.

—La misma deferencia que le guardaron los que solamente dispararon contra su padre.

Herbert no replicó. Durante unos instantes pareció pensativo. De pronto, reparando que la obscuridad de la covacha ya casi era completa, encendió el mechero y lo aplicó a una lámpara de petróleo que había sobre unos cajones. Un disco tembloroso se proyectó sobre la pared del techo.

—Escucha, Bartley. Sería tonto que yo intentara hacerte creer que mi situación no es difícil, pero sabré salir de ella. No es la primera vez que me veo en un trance como este. Por otro lado, la satisfacción de ver que la tuya es todavía más desesperada, me consuela. Dentro de unos minutos me verás salir llevando del brazo a Livia. Si no puedo romper el cerco, caeremos juntos, ella y yo. Si consigo escapar...

Herbert se interrumpió, y unos instantes pareció entregarse a una embriaguez de sueños.

—En Oriente reconstruiré mi poder. Y Livia me adorará... Emplearé otros métodos, y ya no tendré que esperar más.

Bartley no pudo evitar un estremecimiento al entrever el propósito de aquel loco de emplear las nefastas drogas que convertirían a Livia en un ser inconsciente.

— ¡No lo harás, Scovell, porque antes le mataré! —gritó Bartley.

Si Herbert hubiese visto lo que desde que entró Alex hacía con los músculos de los brazos, no se hubiera reído.

En aquel memento entró Maurer:

— ¡Cuando quieras, Scovell!... Todo está a punto. ¿Aviso a Brooke?

— ¡Deja a ese imbécil que nos guarde la retirada! Si conseguimos llegar al embarcadero de Lucken, estamos salvados.

— ¿Y este? —preguntó, indicando a Bartley.

—Espera, no hagas nada hasta que yo pase con la muchacha.

Se fue hacia el departamento en que se hallaba Liria. En el momento en que acababa de abrir la puerta, oyó cerca dos disparos. Seguramente Maurer, que no habría querido esperar. Pero no era situación de detenerse en detalles.

Casi no se distinguía la silueta de Livia, de pie, en la pared del fondo.

— ¡Vámonos! —mandó Scovell.

Pero ahora Livia sí que habló:

— ¡Herbert! ¡Si das un paso, dispararé!

Lo más absurdo que Scovell podía oír es que Livia poseyese un arma. No le parecería tan absurdo si la última vez que estuvo en el departamento de ella hubiese levantado las mantas que Brooke le había llevado.

Brooke, por quien la noche anterior falló el *ferry-boat* que lo tenía que llevar al hidroavión. El mismo individuo que hacía unos segundos acababa de disparar contra Maurer, en el instante en que este, observando que Bartley se había casi desatado, se disponía a agredirle. Brooke, el que tenía que quedar guardándoles la retirada, y pagar los vidrios rotos, como acostumbraba a hacer Scovell con sus subordinados...

Pero esta vez el soldado raso se adelantó, y desde el día anterior estaba de acuerdo con los de Kent.

Nada de esto pudo comprobar Herbert, porque cuando se disponía a acercarse a Livia, sin preocuparse de su amenaza, se sintió cogido del cuello en una llave que enseguida le hizo pensar en Marlowe cuando fue cogido por Bartley.

Sonaban pasos precipitados, y cada vez más cerca. Bartley, teniendo sujeto a Scovell, retrocedió hasta la covacha donde estaba la lámpara.

Varios individuos acababan de asomar en lo alto de la escalera. Delante iban Brooke y Yuan Kai.

Cerca del cadáver de Maurer estaban las cuerdas que Bartley se había quitado.

Tres individuos se lanzaron sobre Scovell, y Bartley corrió a socorrer a Livia.

Momentos después, cuando iban a transponer la verja que circundaba el almacén, oyeron que Yuan Kai gritaba:

— ¡Mirad! ¡Mirad qué lengua!

Pendiente del árbol grande que hacía esquina al edificio balanceábase la silueta inconfundible de Scovell.

Bartley hizo que Livia mirase a otro lado y que apresurara el paso. De todas formas, si Alex hubiese querido evitarlo, ya era tarde. Además de que no hubiera podido.

EPÍLOGO

Livia y Alex, desembarazados del traje de ceremonia, y va con ropa de viaje, se disponían a subir al coche que los llevaría a Texas, donde pensaban pasar gran parte de la luna de miel. En aquel momento tía Henrietta se abrazó llorando desesperadamente a su sobrina y exclamó, mirando a Alex:

— ¡Nunca te perdonaré si no me la haces feliz!

—Descuide, “tía” —contestó Alex, besándola fuertemente en ambas mejillas.

—Es que presiento...

— ¡Por favor, tía Henrietta! —pidió Livia, en cómica desesperación.

—De todo tendría la culpa Alexis, por no cumplir su promesa.

— ¿Qué promesa no ha cumplido ese pollo? —intervino el inspector Rowley.

—La de procesar a mi John y darle al asunto la máxima publicidad.

— ¡Ah!, si es eso, no se preocupe, que ahora es cuando nos vamos a ocupar de ello.

John McCullers miró al inspector a ver si lo decía en broma. Pero Rowley estaba serio.

El coche hacía ya unos momentos que había partido. Todos permanecieron unos instantes callarlos, viendo el vehículo como desaparecía en el torrencial tránsito de East River.

— ¡Mi mayor felicidad sería —siguió tía Henrietta— que ustedes me lo multaran hasta el extremo de que solo le quedase un Departamento! Así recuperaría a mi John, un John contrabandista... y eso bien vale los diecinueve Departamentos.

Mientras tanto, en el coche; Alex estaba completamente convencido de que haría feliz a Livia, pese a no haber cumplido la promesa a tía Henrietta.

—Te besaría —dijo, mirándola perdidamente enamorado—. Te besaría, sin importarme el chofer ni los que ahí fuera puedan vernos. Tero temo que vuelvas a tu “opinión equivocada”.

— ¡Qué tonto! —contestó Livia, enfocándole con sus preciosos ojos—. Bésame... no sea que verdaderamente tome mala opinión de ti...

FIN

**¡SIEMPRE TRIUNFABA DE SUS
ENEMIGOS!**

Gracias a su portentosa astucia y a su familiaridad con aquellas inhóspitas regiones, donde la muerte asomaba constantemente su repelente carátula amarilla. Tal era

La Zorra del Desierto

que es también la más reciente producción
del célebre novelista
TONY WANTON

que publicará en su próximo número la siempre interesante Colección.

SERVICIO SECRETO

¡Recomendamos sin reservas!

La Zorra del Desierto

COLECCION SERVICIO SECRETO

TITULOS PUBLICADOS

1. — La brigada de los suicidas. *Peter Debry.*
2. — Entre tinieblas. *Jack Grey.*
3. — Servicio especial. *Tony Wanton.*
4. — Sirenas tropicales. *Peter Debry.*
5. — El hotel de los crimenes. *Jack Grey.*
6. — Los cuatro ases. *Peter Debry.*
7. — La noche de Bright Garden. *A. Rolcest.*
8. — El castillo de los ahorcados. *Peter Debry.*
9. — Contraespionaje. *Tony Wanton.*
10. — Peces de platino. *Peter Debry.*
11. — La hiena blanca. *Jack Grey.*
12. — Gangsters en Casablanca. *Peter Debry.*
13. — Una mano en la sombra. *F. P. Duke.*
14. — Valses tétricos. *Peter Debry.*
15. — La libélula de cristal. *Kent Miller.*
16. — Los huitres negros. *Peter Debry.*
17. — El monstruo. *Jack Grey.*
18. — En busca de una cabeza. *Peter Debry.*
19. — El gas R 650. *Kent Miller.*
20. — La atómica en Hollywood. *Peter Debry.*



EDITORIAL BRUGUERA
BARCELONA

Colección BISONTE

ULTIMOS TITULOS PUBLICADOS

99. — Sangre celta. *Fidel Prado.*
100. — Un hombre sin marca. *Peter Doom.*
101. — La loba mansa. *Raf Segrram.*
102. — Cuadrilla de expoliadores. *Fidel Prado.*
103. — Viento del Oeste. *Peter Doom.*
104. — La última oportunidad. *Raf Segrram.*
105. — La última voluntad de Harry Hich. *Fidel Prado.*
106. — Tom O'Day compra un rancho. *Peter Doom.*
107. — El rey de Nevada. *Raf Segrram.*
108. — Riña de lobos. *Fidel Prado.*
109. — Tres hombres juntos. *Peter Doom.*
110. — Huracán de odios. *M. de Silva.*
111. — Al volver a la vida. *Raf Segrram.*
112. — Ráfagas del desierto. *R. C. Lindsmall.*
113. — El que quiso ser pistolero. *Fidel Prado.*
114. — Un torbellino. *Peter Doom.*
115. — Tres amigos de verdad. *Raf Segrram.*
116. — Borracho de pólvora. *M. de Silva.*
117. — Campo dorado "city". *Fidel Prado.*
118. — Peligro en la ruta. *A'one Gregory.*
119. — El domador de potros. *Peter Doom.*
120. — Jeff, el invencible. *Raf Segrram.*
121. — El valle de los siete ojos. *John F. Abbott.*
122. — Pueblo de ventajistas. *M. L. Stefania.*
123. — En el camino de Dodge. *J. de Cárdenas.*
124. — El peor de los "cow-boys". *M. de Silva.*
125. — El final del sendero. *Fidel Prado.*
126. — Uno que vale por cien. *Raf Segrram.*
127. — ¡California Kid! *Francisco Escaño.*
128. — Jugando con la muerte. *Peter Doom.*
129. — Cara de póker. *Fidel Prado.*
130. — Duro de pelar. *Raf Segrram.*
131. — A mil dólares, la vida. *M. de Silva.*
132. — A cara o cruz. *Peter Doom.*
133. — ¡Estaba escrito! *Fidel Prado.*
134. — El grandullón. *Raf Segrram.*
135. — Un equipo tejano. *M. L. Stefania.*
136. — Una bala para tres. *R. C. Lindsmall.*
137. — El fugitivo. *Peter Doom.*
138. — Entre fieras. *Raf Segrram.*
139. — ¡Adelante, Willy! *M. de Silva.*
140. — Los pastos del río. *Joe Bennett.*
141. — El fantasma de tierra amarilla. *J. de Cárdenas.*
142. — Mercaderes sin ley. *R. C. Lindsmall.*
143. — El justiciero. *Raf Segrram.*

144. — Perdonavidas. *Peter Doom.*
145. — El que mató a Duncan Suiza. *Alonso Gregory.*
146. — Ciudad de plata. *R. C. Lindsmall.*
147. — El desesperado. *Raf Segrram.*
148. — El pistolero del sudoeste. *M. L. Estefania.*
149. — La ruta de los malditos. *Fidel Prado.*
150. — Un pobre diablo. *Raf Segrram.*
151. — Seis cartuchos. *M. L. Estefania.*
152. — El drama de una vida. *Fidel Prado.*
153. — Titanes del Oeste. *M. de Silva.*
154. — Alias Montana *Alonso Gregory.*
155. — La sombra del muerto. *Raf Segrram.*
156. — El imperio del "Colt". *M. L. Estefania.*
157. — Pistoleros a sueldo. *Fidel Prado.*

Últimas novedades de
EDITORIAL BRUGUERA



**COLECCIÓN
 PIMPINELA**

- Núm. 216 - Corín Tellado
 PORQUE NO ERES COMO TODOS!
 Núm. 217 - Carmendia G. González
 KALAY LA SALVAJE
 Núm. 218 - María Adela Durango
 LLIGO EN EL TREN DE LAS DOCE
 APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTS.



**COLECCIÓN
 ROSAURA**

- Núm. 56 - M.^a Nieves Graells
 SUBLIME DOMINIO
 Núm. 57 - Mercedes Muñiz
 TE TRASPASO MI MUJER
 Núm. 58 - M.^a Pilar Carreñ
 UNA HISTORIA VULGAR
 APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTS.



**COLECCIÓN
 MADREPERLA**

- Núm. 112 - Sergio Duval
 CORAZONES CAUTIVOS
 Núm. 113 - L. Masadín
 PELUSILLA
 Núm. 114 - Nythome
 LANIETA DE MISTER MORGAN
 APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTS.



**COLECCIÓN
 BIDENTE**

- Núm. 157 - Fútil Prado
 PISTOLEROS A SUELDO
 Núm. 158 - M. de Silva
 EL SECRETO DEL GUN-MAN
 Núm. 159 - Raf. Segarra
 EL DOMINADOR
 APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 4 PTS.



**COLECCIÓN
 SERVICIO SECRETO**

- Núm. 21 - Kent Miller
 LA ONDA MORTAL
 Núm. 22 - A. Rollett
 MISIÓN EN EXTREMO ORIENTE
 Núm. 23 - Tony Wankton
 LA ZORRA DEL DESIERTO
 APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTS.



**COLECCIÓN
 AUTORES FAMOSOS**

- Núm. 9 - Zane Grey
 EL VALLE DE LOS CABALLOS SALVAJES
 Núm. 10 - Zane Grey
 A ORILLAS DEL RÍO ROGUE
 Núm. 11 - Zane Grey
 LOS CABALLEROS DE LA LLANURA
 APARICIÓN BIMENSUAL. PRECIO 10 PTS.

Últimos volúmenes aparecidos

Volúmenes de próxima aparición

Precio 5 pts.

